EL GAUCHO FLORIDO

OBRAS DE CARLOS REYLES

EL EMBRUJO DE SEVILLA — nueva edición, 30 millar.

EL TERRUÑO — nueva edición, retocada.

LA RAZA DE CAIN — (agotada).

BEBA — (agotada).

PRIMITIVO — EL EXTRAÑO — EL SUEÑO DE RAPINA — novelas cortas (agotadas).

LA MUERTE DEL CISNE — literatura filosófica, cuarta edición (agotada).

DIÁLOGOS OLÍMPICOS: APOLO Y DIONISOS — edición de gran lujo, ilustrada por Lopez Naguil.

DIÁLOGOS OLÍMPICOS: CRISTO Y MAMMON — edición de gran lujo, ilustrada por Lopez Naguil.

Estas dos últimas obras, edición popular.

EN PREPARACIÓN

A BATALLAS DE AMOR, CAMPO DE PLUMA — novela.

COGITO ERGO SUM — reflexiones.

DIÁLOGOS OLÍMPICOS: PALLAS Y AFRODITA — filosofía.

CARLOS REYLES

EL GAUCHO FLORIDO

LA NOVELA DE LA
ESTANCIA CIMARRONA
Y DEL GAUCHO CRUDO

"IMPRESORA URUGUAYA", S. A.
CERRITO Y JUNCAL MONTEVIDEO

ES PROPIEDAD

Reservados todos los derechos.

Copyright by "Impresora Uruguaya", S. A.
Cerrito esq. Juncal. — Montevideo

I

EN la densa negrura de la noche, noche brava, tres bultos sonámbulos vagaban sacudidos y arrollados por el ímpetu del pampero, que parecía pasar sobre las cosas, achatándolas y estirándolas a modo de un enorme rodillo aplanador. A intervalos breves el relampagueo vestía el fantástico paisaje de lívidos clarores: tintas tétricas, descompuestas, cadavéricas, y entonces aparecía en lontananza un rancho trémulo, un ombú furioso, un pajonal epiléptico, un llano que se encogía y alargaba cual si fuese de goma. Luego el tronerío, deshaciéndose en bombas atronadoras, hacía retumbar el cóncavo parche del cielo e iba rebotando de cuchilla en cuchilla cada vez más sordo, cada vez más lontano, hasta expirar, allá muy lejos, entre los anchos brazos del ventarrón.

El campo se vestía de agua. Por las sendas de los ganados corría a borbollones y remolineaba airada

en las zanjas. De tiempo en tiempo un estampido rajador, precedido de un latigazo de fuego, y quedaba una vaca, blanca generalmente, con las cuatro patas al aire. De cuando en cuando una pausa cada vez más larga. Amainaba la lluvia, aplacábase el viento. Al cabo de cierto rato la tronada oíase sólo como un rezongar de perros detrás de las nubes.

De súbito una llamita azulada y bailadora surgió en las tinieblas como un milagro. Los troperos del Tala Grande habían logrado hacer un fueguito. Esta tarea tan simple les costó arduo trabajo. Llegaron casi anochecido a aquel pastoreo, forzosa etapa de sus frecuentes viajes arreando hacienda gorda desde la estancia a la Tablada. Casi a tientas tuvieron que juntar bosta seca y leña de la resaca del arroyo. Después abrieron con los anchos cuchillos un pozo en la fangosa tierra, lo rellenaron de combustible, y protegiéndolo del lado del viento con una carona dispuesta a manera de biombo, hicieron brillar a fuerza de fósforos, sebo y pulmones aquella llamita inquieta como un fuego fatuo, que fué robusteciéndose y creciendo hasta convertirse en viva y retozona llamarada, una pupila roja en el rostro negro de la noche.

Los troperos, en cuclillas, se amontonaron alrededor de la alegre fogata. Ateridos de frío, los ojos duros, los dedos tiesos, sentían ahora cerca

de la lumbre y dentro de los ponchos de invierno, de grueso paño azul y forro de bayeta roja, un goce animal, un goce de cueva. Habíanse cubierto la cabeza con espesos cojinillos puestos del revés, y el agua resbalaba sobre los curtidos cueros e iba a chapotear en la tierra encharcada. Eran cuatro criollos, color maní tostado, y un negro trompudo, lampiño y de ojos lumbrosos. Éste puso la caldera sobre el fuego y empezó a preparar el mate. Los compañeros permanecieron inmóviles, cuajada la expresión del rostro en un gesto soporoso, la boca entreabierta, la mirada fija, pesada, corpórea, asándose sobre las brasas como un churrasco. Pero aunque amodorrados y enteleridos, tenían el oído alerta, un oído de zorro, que les permitía, sin mirar, ver las cosas a distancia. Así percibían, sin esfuerzo, los lejanos silbidos de los rondadores y los veían tiritando de frío y chorreando agua mientras giraban alrededor de la tropa, o distinguían el cencerro de la yegua madrina, la overa azuleja, y se la representaban al punto pastando en tal o cual precisa parte seguida de los caballos.

El segundo capataz de la tropa, Florido, aprovechando la intermitente y temblona claridad de los relámpagos, levantaba la vista y divisaba los novillos apretados los unos contra los otros a fin de protegerse mutuamente, las cabezas gachas, las ancas al viento.

—Sírvase, capatás — le dijo el negro brindándole el mate. Por finura lo cogía con la punta de los dedos a pesar de ser una galleta mayúscula.

Florido lo sorbió concienzudamente, y al devolverlo exclamó, para no ser menos comedido que Juan:

—¡Rico el simarrón!—Y así como desentumecida la lengua por el nacional brebaje, continuó:—Tiempo fieraso. Como no tengamos disparada mañana al mover la tropa... ¿Se acuerdan al salir 'e la querensia? Si no la remoliñamos a juersa de pechadas y ponchasos ai no más se nos hase humo. Suerte qu' estaba el patrón. El hombre, sorro viejo, maliseó la cosa y me dijo: — "ganá la punta, Florido. La hasienda viene alborotada, es muy chúcara y al pasar la portera va' clavar la uña". Y así jué, pero l'atajamos el pasmo a tiempo.

—Con la marcha de hoy y la atravesada del Río Negro a nado, mañana va' quedar como una seda —afirmó Viraqué, un tipo aindiado, de escaso bigote, barba de chivo, nariz picuda y frente estrecha y huída.

Hacía veinte años que tropeaba. Era muy campero y bien mandado, pero no había salido nunca de peón porque le gustaba empinar el codo. Como todo el mundo, tenía el indio, aunque rústico, tres o cuatro personalidades distintas. En la estancia

distinguíase por lo comedido y reservado. Le daba el don a todo el mundo, pero sólo tomaba mate en la cocina de los troperos o en su cuarto. Andaba siempre muy limpio y fumaba tabaco negro en naco y papel de chala, que alisaba con el lomo del cuchillo antes de liar. Cuando tropeaba mostrábase comunicativo y hasta solía reir. En las jugadas de taba echábase el gacho sobre los ojos y enmudecía. Si andaba con un trago demás, antes que se le aflojasen las piernas, compraba medio litro de caña, íbase derechito a su caballo y volvía al trotecito a la estancia. Encerrábase en el cuarto y bebía y fumaba hasta desplomarse como muerto en el catre de guasca peluda. Tropeando no bebía.

—Con todo, le desconfeo — replicó Florido, — Viene un novillo blanco, ansina lo parta un rayo, que se lo pasa el día hasiendo atropelladitas pa' juir. Cuando pasamos la portera jué el primero que emigró. Le pegué en las aspas dos mangasos de mi flor y una pechada de órdago, que lo tumbó. Cuando se levantó quiso tomar la punta. ¡Bicho porfiau! Y a vos qué te parese, Juan de Dios, ¿tendremos disparada?...

El negro descorrió las espesas cortinas de sus belfos, mostró los dientes blancos y paletudos como los de un potrillo, y con un candombe en cada ojo, respondió, mientras ponía sobre las brasas un pedazo de pulpa:

—Por mí, que dispare, llendo bien montau... Una disparada es má divertido que un bailongo. Miedo, eso sí, le tengo a las mojaduras. A mi poncho lo atraviesa el agua, estoy calau hasta los güesos. ¡Vida perra esta!

Callaron pensando en las penurias y malandanzas de su fatigoso oficio. Siguiendo el paso lento del gànado marchaban durante días de interminables horas, soportando indiferentemente las chuzas de las lluvias invernales o las lanzas del sól canicular; las madrugadas heladas, las siestas de fuego y las noches lóbregas, llenas de temerosos ruidos, en las que solían ser presa de una especie de terror mágico, revuelto limo de las creencias religiosas inculcadas por las chinas viejas en las noches de tormenta junto al fogón del rancho paterno. Entre las tinieblas, los troperos, gente dura y descreída en general, recordaban algo del más allá sentido en la infancia a la lumbre del fogón, lejano y misterioso como la lámpara de una capilla. El fogón, la capilla gaucha. A la cocina, rincón protector y consejero, iban a buscar el amparo de la luz y el calor mujeres y gurises, mientras afuera, apretado por las sombras frías, sacudido por el viento y amenazado por el rayo, el pobre rancho temblaba. Entre una Santa Bárbara bendita y un signo de la cruz, oíanse las historias de luces malas, aparecidos, lo-

bisones y otras supercherías con que las paisanas, sin sospecharlo, limitan y le ponen como un marco al misterio infinito de que carece el día y está preñada la noche campesina.

Era la partida un romper las cadenas roñosas de la servidumbre. Alejábase un instante el trágico fastidio del hombre frente a sí mismo a que toda inveterada costumbre lo condena. Entre rotundas carcajadas tusaban y desvasaban los troperos sus pingos más gordos y lucientes; ponían en las maletas de lienzo el parvo equipaje, compuesto generalmente de dos mudas de ropa blanca, otra de ropa exterior, pañuelos y zapatillas brasileras. El poncho de invierno lo llevaban arrollado en su funda y atado a los tientos, el de verano puesto. Además, nunca les faltaba la clásica caldera del gaucho caminante sujeta por el cinchón bajo la barriga del caballo. Montaban, les cerraban las piernas a los fletes, que hinchaban el lomo y tiraban algún salto de puro viciosos, e iban a arrollar la tropa ya formada y pronta para partir. El patrón le daba al capataz las últimas instrucciones, ponían en marcha el ganado con la tropilla por delante y se alejaban lentamente, fundiéndose poco a poco en las turbias lejanías; agrias sierras, cuchillas desoladas, lomas borrosas, llanos sin arboledas, animados solamente

por algún sórdido rancho o alguna puntita de ovejas o algún grupo de vacas...

El cambio de vida y la independencia de que gozaban lejos de los patrones los mantenía alegres durante los primeros días, pero después de algunas noches de ronda y de no interrumpidas marchas, los ganaba el fastidio y la modorra. Iban la mayoría dormitando, arrullados por el cencerro de la yegua madrina y el monótono *jopa, jopa* con que estimulaban los compañeros despiertos el tranco episcopal de las reses. Y así recorrían grandes extensiones sin ver, sin mirar siquiera los poblados cerca de los cuales pasaban. Nada les llamaba la atención. El diminuto mundo que ellos percibían de ordinario se arrugaba y retraía más aún. No admiraban la aurora saliendo desnuda y tiritando de frío de entre las sábanas húmedas de la niebla; no veían las puestas de sol en las cuales los seres y las cosas parecían agonizar dulcemente y disponerse para el último sueño, paisajes apenas esfumados por las tintas crepusculares y que se desvanecían como paisajes de cine. Sólo levantaban la vista de tarde en tarde para seguir el majestuoso vuelo de una cigüeña o contar al cruce, eso sí en un periquete, el número de cabezas, señales y marcas de la tropa que pasaba. Con el permiso del capataz algún peón solía ir a tomar mate *de a caballo* a tal o cual rancho conocido, o dejando

pastar la hacienda en una ladera suculenta iban todos a las pulperías, que visitaban en todos los viajes, para engullir media libra de pasas de higos y nueces remojadas con vino seco, mientras contemplaban, a través de los barrotes de hierro del mostrador, los artículos suspendidos del techo y cubiertos de polvo, telarañas y moscas.

—Yo tamién le desconfeo al ganau este. Tuavía nos va' pegar un susto. Hase dos años, aquí mesmo tuvimos una disparada 'e mi flor—dijo Zabana, un *gaucho sin yel pa' el trabajo y la diversión,* según decían en la estancia.

Y dejándose llevar de la locuacidad del paisano cuando anda de buena vuelta, prosiguió:

—La cosa susedió de madrugada, al ponerse la tropa en marcha. Apenas se vía; el frío cortaba; yo diba con los dedos engarrotaus. Los novillos empesaron a tranquear despasio. Pero de un repente, asustaus por tres ñanduses, que salieron de entre los cardos gambeteando con las alas abiertas, bufaron fiero y clavaron la uña. El finau Benito y yo ganamos la punta. Las guampas les sonaban a los franqueros como matracas y se nos venían ensima arrollandonós, pero como dibamos bien montaus le jugamos risa al peligro y empesamos a culebrear delante de ellos pa' asujetarlos. Aquí pego con el poncho, allí un mangaso con el arriador, a éste una

pechada en las paletas, al otro una clavada de espuelas en el lomo, y nada, no sejaban, paresía que teniba el demonio en el cuerpo aquella novillada bruta. De pronto, ¡virgen bendita!, mi mancarrón pechó un alambrau y me voló lejos. Esa jué mi suerte, si caigo serca no cuento el cuento, como el pobre Benito. El indio rodó y salió corriendo, pero ai no más lo alcansó un novillo y lo desgarretó. Dende que lo vide caer lo conté entre los muertos. Cuando conseguimos arrollar la hasienda y fuimos a levantarlo estaba como hecho picadillo por las pesuñas de las reses. Teniba las tripas salidas y un carrillo cáido sobre la boca. Lo llevamos a un rancho pa' que lo velaran y le diesen sepoltura. Nos lavamos, porque estabamos negros de polvo, y seguimos viaje. Y ai está, solito en lo alto de aquella cuchilla.

—Y todo pa' no salir de pobres...

—Ansinita es — confirmó Mansilla.

—Ansinita mesmo — corroboró el negro.

—Pobres son los que no tienen ande caerse muerto. A ninguno de nosotros le pasa eso. Tenemos linda tropilla e' pelo, güenas pilchas; nunca nos falta un peso en el sinto, ¿y pa' qué má? No todos dibamos a ser ricachos— replicó Florido—. Yo hasta que no cumpla los sincuenta no pienso rejuntar cobres. Vean como son hechas las monedas: redonditas pa correr.

Todos pensaban del mismo modo y por eso soltaron la carcajada. El viento, después de despachurrar y barrer los nubarrones, acariciaba suavemente las calvas sierras; la luna tramontaba un cerro; el cielo lucía como recién lavado. El fogón clásico, el fogón gaucho, el fogón de las patriadas y las cocinas cimarronas, consolador de tantos achaques y penurias, animador de tantas almas sombrías, amigo fiel del paisano como el caballo y la daga, flameaba alegremente comunicándoles a los troperos íntimo goce, que les hacía cosquillas por dentro y daba gana de hablar y reir.

—Y vos, ¿qué te vas a comprar esta güelta? — le preguntó Florido al negro.

Este reflexionó breves instantes y respondió:

—¿Yo...? otro reló.

—¿Y pá' qué querés dos reló?

Juan repuso gravemente:

—Pa' alternar en la sosiedá.

Sus tres compañeros se echaron a reir como si les hicieran cosquillas. Florido, pegándole un amistoso manotazo que casi lo tumba, exclamó:

—¡Negro bárbaro! Pa' eso con uno tenés de sobra.

—Despasito por las piedras—, replicó el negro riendo también y accionando con las manos abiertas y tiesas como pantallas — antes de condenar el jues escucha. Oigamén y vean si rumbeo o no rumbeo.

Cuando un pobre negro como yo va bien empilchau y tiene reló de plata tuito el mundo le da el don, aunque al llegar a los ranchos lo inviten a pasar a la cosina y no a la sala por el aquel de que es negro. Pero si está entre los mirones en la puerta de un bailongo y pela, como quien no quiere la cosa, reló de oro, las chinas se le vienen como moscas al dulse y le disen que dentre. Yo quiero tener dos reló, uno, el de plata, pa mirar la hora, y el de oro pa dentrar. Tengo entendido que el presumir no es pecau.

Florido, Zabana, Mansilla y Viraqué lo manotearon y sacudieron en señal de aplauso, mientras Juan de Dios reía orgulloso de sentirse tan bárbaro.

—¿Y vos, Viraqué, qué te vas a comprar?

—No tengo hecha mi elesión tuavía. Dispués que cobre veré. Quisiera no comprar nada y amontonar riales, porque ya voy pa' los cuarenta. Siempre me digo lo mesmo, hay que juntar, y güelvo sin un cobre.

A todos los troperos del Tala Grande les sucedía lo propio. Después de dos o tres días de fiesta y jolgorio en el Paso del Molino y de comprar algunas relumbrantes baratijas, regresaban a la estancia con los cintos vacíos, pero eso sí, cargados de pañuelos de seda para quedar bien con el chinerío. Había quien gastaba mes a mes el producto entero de su trabajo en componerse, alhajarse, ser elegante y re-

galador. Y lo hacían porque en el evangelio gaucho estaba escrito el presumir y galantear. El ahorro les parecía cosa de gringos roñosos.

Sobre todo los que trabajaban con Florido, estimulados por la prodigalidad de éste y el prurito de imitarlo en el vestir, veíanse en serios apuros para salvar algunos pesos en cada viaje. Florido era para ellos el prototipo del gaucho, el paradigma del criollo que tenían embutido en los sesos; lindo mozo, liberal, decidor, buen compañero en todas suertes de lances, suertudo con las hembras, capaz de hacerle la pata ancha a un escuadrón y por añadidura camperazo. Facciones muy regulares y viriles, ojos azules, agresivos o reidores, según; el cabello dorado, el cuerpo largo y flexible como la caña de bambú. Y por modelo lo tenían en el pago entero. Por eso no lo llamaban Florido a secas, sino el gaucho Florido, como si quisieran expresar que era la cristalización perfecta del gaucho, el espejo de una raza en que el paisanaje se veía de cuerpo entero.

Todos querían ser compadres o aparceros del mozo, y en los ranchos en que se apeaba de vuelta del Paso lo recibían los dueños con no disimulado gozo. Las estruendosas carcajadas y la labia retozona y resbaladiza de Florido les placía como un licor dulzoso y fuerte que sólo saboreaban de tarde en tarde. Los viejos repetían sus dichos y chusca-

das, las mozas lo nombraban riendo y haciéndose guiños, al recordar las cosas que, de refilón, les decía al oído. Pero no se ofendían porque era Florido, el gaucho más apuesto y pico de oro que conocían. Sin confesárselo le concedían todas, aun las más ariscas, el misterioso derecho de apretarlas bailando, y algunas llevaban su condescendencia hasta dejarse besar sobre los labios pulposos, rojos y húmedos como la ancha y abultada herida de las brevas que se rajan de puro maduras. Sin muchas palabras preparatorias, les tomaba la cara entre las manos, y metiéndoles los ojos en los ojos acercaba lentamente su boca a la de ellas. Los labios de éstas se entreabrían y él los rozaba apenas con los suyos, lo cual le daba una envidiable fama de atropellador y *delicau* a la vez.

"A la primera las beso.

"A la segunda las rindo.

"A la tersera... si te vide no me acuerdo."

Solía cantar bromeando, mientras ensillaba uno de sus pingos, los mejores de la estancia. Pero cuando abrazaba amorosamente la vihuela, estuviese solo o acompañado, dejaba caer la cabeza sobre el instrumento, y su voz, desgarrada adrede por el lejano sollozo andaluz, ya aterciopelada y cariciosa por el gemido del viejo payador, vertía en las coplas honda emoción, así como un temblor, así como un lloro que

venía de muy lejos, de los abismos del alma, y en suspiros se le subía a la boca.

Los compañeros de Florido se esforzaban en imitarlo. Todos ambicionaban tener estribos de campana, cintos con broches de plata y oro, frenos con punteras y virolas de los mismos metales, fina daga. Quién se perecía por copiarle los floreos y *puntiaus* tocando la guitarra; quién le tomaba los puntos en el sentarse a caballo o jinetear de *pierna abierta* al potro más bellaco, o llevar el chiripá de merino negro con franja celeste, porque era blanco como *costilla de bagual,* medio arrastrando como él lo usaba para darse el costoso gusto de picarlo con las espuelas. Interiormente se avergonzaban de ser tan presumidos y gastadores, pero mirándose en los azogues vivos de los arroyos: "De todas maneras no hemos de salir de pobre", decíanse y sonreían entre alabándose y compadeciéndose. Su verdadero nombre era Zoilo Mozo y el apodo Florido, que le daban por andar siempre con una flor en la boca o el sombrero. Tenía la ventana del cuarto adornada con macetas de claveles y malvones. Le gustaban las flores. Caso único entre la peonada. Galopando por el campo solía dejarse caer hasta tocar el suelo con la mano y se enderezaba con un puñado de margaritas.

II

ANTES de salir el sol llegaron los troperos al Paso de Bustillos; dejaron tenderse la hacienda para que pastase algo y se dispusieron a tomar algunos mates y churrasquear. Juan y Viraqué habían hecho un fuego grande y puesto varias pavas a calentar. Ensartados en los asadores, dos costillares de oveja se doraban lentamente a un metro del fogón. De vez en cuando el negro los rociaba con salmuera.

En el cielo limpio y lustroso no se veía una nube. Los hombres y los animales, destacándose nítidos sobre el ancho espacio, semejaban figuras recortadas y puestas sobre incoloro pergamino.

—¡Mañanita cantora!— exclamó Florido esparciendo la mirada en derredor y respirando hondo como un ronquido hacia dentro.

—¡Tibia y lindasa! — apuntó Zabana. Y dirigiéndose al primer capataz, Saldivia, un paisano ve-

jancón y grandote como un cerro, preguntó:— ¿A qué hora pasamos el río, no sabe, don?

—Dejuro en cuanto caliente el sol. El patrón me dijo que venía' haser noche al puesto con toda la peonada. Aurita no má me manda un chasque.

En efecto, media hora después salían de la espesura del monte tres jinetes y se dirigían hacia el fogón. Apenas se veían; no obstante el capataz los reconoció.

—Mi compadre Esquivel, Rufino y el pardo Banega.

Dos quedaron en la linde del monte, y el llamado Esquivel, al trotecito, se dirigió al fogón.

—Patos al agua, ¿no?— le gritó Saldivia antes que llegase.

—Tuavía no, compadre. Güenos días pa' todos. Don Fausto dise que churrasquén despasio y que a eso de las nueve vayan arreando la tropa a la picada.

—Dese contra el suelo y tome un simarrón.

—Me ordenó pastorear la hasienda pa' que no se llene mucho.

—Con los dos hombres que ha dejao ahí pa' que no dentre algún novillo al monte basta y sobra. El ganau ya está echau, ¿no ve? Comió temprano.

Esquivel le bajó las riendas al tuviano negro que montaba, y después de atarles el pesado rebenque y tirar éste al suelo, fué a sentarse junto al capataz.

Él lo era también y sabía guardar su puesto.

—¿El río está muy cresido?

—Campo ajuera... y con una correntada bárbara. Allá quedaron los muchachos aprontando el bote grande y las canoas. La breva va' ser dura de pelar.

—¿Qué te parese, Florido?

—La pelaremos, si Dios quiere; pero el bañito va' ser de órdago. Suerte que no hase frío.

—Vamo haserle una entradita al asau. De morir, que sea con la pansa llena — y de un tajo certero y rápido cortó un buen trozo.

Sus compañeros lo imitaron. Comían despacio, en silencio, revolcando en la fariña la carne antes de llevársela a la boca. Un tajo y una dentellada. Y todo hecho con limpieza y agilidad, sin pringarse otra cosa que las puntas de los dedos. Concluída la pulpa le entraron a las costillas. Una vez peladas las arrojaban por encima del hombro. Limpiaron los cuchillos en las botas o en el pasto, volvieron a circular los mates y se reanudó la charla.

Algunos cuervos se posaron en los talas y espinillos más cercanos; los chimangos pasaban y volvían a pasar; un carancho trazó sobre el grupo de los troperos varios majestuosos círculos y fué a posarse en la punta del coronilla que por aquella parte dominaba al monte. El sol iba subiendo tramo a tramo la escala del día. Saldivia lo miró y dijo:

—Son las nueve.

Juan consultó su reloj:

—Clavadas — confirmó.

Montaron y pusieron en movimiento la tropa hacia la picada. El patrón les salió al encuentro montado en su bayo naranjo. Era un hombre alto, bien parecido y apuesto. Llevaba poncho de vicuña, espuelas de plata y grande chambergo. Los ojos un tanto hundidos y de mirada fuerte, la nariz aguileña, los labios finos y la expresión enérgica del rostro, que encuadraba una barba de ébano, redonda y bien cortada, delataban la firmeza del carácter y el hábito del mando. Empero, cuando sonreía parecía brotarle de los ojos y la boca así como efluvios de bondad.

Los capataces se acercaron con el sombrero en la mano.

—Buenos días, cubransé. Y qué tal, ¿viene la gente con ganas de echarse al agua? Si entre los troperos hay alguno medio chapetón, que gane el bote.

—Todos son güenos nadadores y acostumbraus a estos bailes. Aura entre la peonada de la estansia que nos acompañaron hasta aquí, no sé. Dejuro ño Froilán los ha elegido de la pata.

—¿Y vos, no estarás medio pesado para una gauchada de estas?

—No, patrón. Por mí no va' quedar. Como las canoas arrempujen...

—Oiganmé: Esta hasienda es muy chúcara. Vamos a llevarla de un saque desde la barranca hasta la picada con los bueyes por delante y abrigada por los troperos y los peones que le voy a mandar. Ya pueden arrear la caballada al Paso. Muden de flete, eligiendo los más veteranos, echen los aperos y las ropas en el bote grande y se vuelven aquí desnudos y en pelo.

Dió media vuelta y se alejó. Estribaba largo, los pies, paralelos al vientre del caballo, acompañaban, como dos péndulos, el ritmo del galope.

El cuerpo erguido caía a plomo sobre el recado de cabezada de plata, como los estribos y el freno.

—Mire, patrón, que hay mucho tucu tucu — le gritó Saldivia.

—No le hase — respondió él sin volver la cabeza, al tiempo que el bayo metía una mano en el suelo arenoso y se daba vuelta.

Don Fausto echó el cuerpo hacia atrás, arrolló las piernas y se dejó despedir sin asomo de apuro.

Saldivia y Florido corrieron hacia él mientras el caballo se levantaba resoplando.

—¡Linda parada, patrón! — exclamó Saldivia — se hiso un ovillo el bayo. Créiba que lo apretaba.

El patrón, rascándole la frente al caballo, contestó sonriendo:

—¡Qué me había de apretar! ¿Cuándo has visto vos que tu patrón se deje las piernas en las casas?— luego montó y volvió a tomar el galope.

—Sierto no má. Dende que trabajo con él lo vide pegar sinfinidá de rodadas y en todas salir corriendo con la rienda en la mano. ¡Pucha digo!

Florido lo contemplaba alejarse en silencio.

Los dos capataces empezaron a impartir órdenes. Luego, con la tropilla por delante, descendieron el largo y agrio barrancón que los separaba de la orilla. Al doblar un recodo el río se tendió ante ellos, negro, desbordado y torrentoso, arrastrando ramas, troncos viejos e islotes de resacas y camalotes. Parecía una disforme y lustrosa boa deslizándose entre dos montes.

—¡Pa' los pavos que el Negro viene roncando juerte! — exclamó Florido—. Los que tengan la barriga aujereada que abran los ojos — y las carcajadas retumbaron, ahogando el rezongo del río.

Ya estaban prontos el bote y las canoas. Los remeros desnudos mostraban las musculaturas resaltantes y lucientes como los postes esquineros de ñandubay donde se rascan las reses. Los troperos cumplieron las órdenes del patrón, montaron de salto y tornaron a subir la barranca, acompañados de una

veintena de peones, también en cueros, y del capataz de la estancia, un tipo aindiado, retacón, recio de espaldas, el rostro cuadrado y como tallado a hachazos y la mirada hosca. Una vincha punzó le sujetaba la lacia y renegrida melena. Era mellado y mostraba un diente paletudo y blanco, lobo en la puerta de su guarida. Al llegar al recodo de la picada se detuvo y barbulló, porque las palabras le salían por la abertura del labio partido como enredadas y corcoveando:

—Saldi...via, aguai...tá con la tro...pa arro...llada en la pun...ta mesma de la barran...ca. Cuando te haga seña te vení — concluyó chicoteando el dedo índice contra el pulgar con un movimiento rápido de la mano y el antebrazo, signo que quería decir "a todo meter".

En la costa el patrón tomaba las últimas disposiciones. De tiempo en tiempo se detenía, miraba el río y arrugaba el ceño. Era temeraria la aventura que iba a intentar, pero estaba tranquilo, confiado en su pericia y la bravura de su gente. En la orilla opuesta se veía un señuelo compuesto de veinte novillos blancos, más abajo otro de overos negros. Estaban allí situados de exprofeso para servirle de guía a la tropa. Las torcazas pasaban de una orilla a la otra. El sol calentaba de firme y ponía grandes man-

chas de luz en las abras y los claros del monte de árboles criollos, achaparrados y espinosos.

Don Fausto se quitó las botas y desnudó. El pardo Ramón, su criado de confianza y cocinero, le alcanzó las zapatillas.

—En aquella alturita te ponés con el niño para que vea bien. Es bueno que vaya aprendiendo. Tené cuidado no se te vaya a escapar y se tire al agua. Es muy capás.

Y subió al bote, sentándose en la proa. Llevaba los calzoncillos arremangados y el cuerpo desnudo bajo el poncho de vicuña. La caballada se azotó al agua sin trabajo, arreada sólo por Lucero, Juan y Viraqué. El Mellau hizo la señal convenida y la tropa de mil novillos se desprendió de la altura entre el griterío de la peonada. Florido, Mansilla y Zabana iban meneando picana en el sitio de más peligro, entre la tropa y los bueyes. Las pezuñas de las reses levantaban nubes de arena, chispitas de diamantes, que se les metían a los hombres por ojos, narices y boca. Pero no cesaban de gritar y el monte resonaba de voces, relinchos, mugidos y algarabía de pájaros, que de los árboles se levantaban en bandadas. La hacienda seguía rodando barranca abajo, con rotundo estrépito. Éste se hizo mayor al caer aquélla al agua, formando bullentes remolinos, cascadas espumosas y líquidas columnas, que se elevaban como ansiosas

de subir al cielo y, a cierta altura, desilusionadas, se venían abajo como muertas. Cuando toda la tropa perdió pié y empezó a nadar se produjo impresionante silencio. Florido volvió la cabeza y considerando el tendal de cornudas testas decapitadas por el río:

—Vamos lindo, aparsero — le gritó a Mansilla.

—¡Lindo! — contestó la voz lejana de aquél.

Y empezó de nuevo el griterío "hopa, hopa, hopa". El río corría de izquierda a derecha. Por este lado, para sujetar la hacienda e impedir que se fuese corriente abajo, bogaban alineadas las canoas y buen golpe de jinetes, las riendas flojas, las manos prendidas de las crines. En la culata de la tropa iba el bote y más hombres. Avanzaban sesgando para ir a salir a la picada donde estaban los bueyes blancos, y si no podían a la otra, tres cuadras más lejos. Después no había más salida. Los pingos de los troperos, avezados a pasar arroyos y ríos fuera de cauce, nadaban amusgando las orejas y resoplando ruidosamente. Pavas del monte, bandurrias, patos, atraídos por aquel inusitado movimiento, trazaban en el aire vertiginosos garabatos. Las palomas no se detenían, pasaban, tornaban a pasar. Un águila se fijó aleteando sobre la tropa y lanzó estridente graznido, un tajo en la seda azul del cielo. La tropa seguía avanzando penosamente. Desde la orilla, montado en su

petizo, el hijo del patrón contemplaba ansioso el espectáculo, los ojos muy abiertos, la boquita crispada. A fin de hacerlo desistir del empeño furioso de pasar el río y evitar la consiguiente rabieta, el padre lo hizo creer que desde aquel sitio él dirigiría la maniobra, haciendo las señas del caso con el pañuelo, y lo revoleaba con la misma convicción que el director de orquesta la batuta. De tiempo en tiempo los novillos se le convertían en soldados atacando no sabía qué, y entonces murmuraba:

—¡Adelante, tisa y hacha, meta y ponga!

—Al llegar a la mitá del río va' ser la cosa — dijo el pardo Laderecha.

—¿Por qué?

—La correntada es más juerte, niño.

El chico lo miró extrañado.

El mulato parecía ansioso. Faustito irguióse en los estribos y le puso la mano en el corazón:

—Vos lo que tenés es miedo — dijo categóricamente, y luego, volviendo a sus imaginaciones, continuó: — Adelante, métanle no más.

Los caballos y los bueyes habían llegado a la canal del río y luchaban con la correntada, que les ponía en los cogotes un collar de espuma.

—El barsino viene tragando agua por detrás y se nos va al fondo — gritó Florido.

—Ya lo vide, no tiene cura.

El buey retrocedía haciendo esfuerzos desesperados por mantenerse a flote. Sólo se le veía fuera del agua la punta del negro hocico y las fauces rojas. El último resoplido levantó dos burbujas y se hundió hinchado como un odre.

Parado en la proa el patrón observaba ya la caballada, ya el ganado que iban atravesando la zona más peligrosa del río, ya el trabajo de las canoas, ora los bueyes blancos de la otra orilla, ora la culata de la tropa, a donde retrocedían los novillos más pesados o flojos y que se agrandaba de modo alarmante. Dn. Fausto, haciendo bocina de una carona arrollada, les gritó a los remeros:

—Aguanten,... — y a los jinetes de la culata — arreen, arreen...

Y los hopa, hopa se multiplicaban, aunque ahogados; parecían salir de los abismos del río. De pronto, un árbol, arrancado de cuajo y arrastrado por la corriente, se venía sobre la tropa girando sobre sí. En las ramas aullaba un gato montés muy flaco. Descorría los belfos, enseñaba los dientes y volvía a cerrarlos como una sonrisa, que de pronto se petrifica. Haciendo muecas e hinchando el lomo pasó en su arca de Noé, partiendo la tropa en dos, volcando una canoa y produciendo grande confusión. La parte delantera siguió avanzando tranquilamente, la otra perdió el rumbo y empezó a remolinear.

—Se puso fierasa la cosa — vociferó Florido.— Vamos a resbalarnos de los fletes pa' desenredar el ovillo.

Don Fausto apreció la situación de un golpe de vista rápido y perforante. Con la improvisada bocina ordenó:

—Al agua los de a caballo; hay que hacer mirar los novillos a la costa. Agárrenlos de los cuernos y la cola y denlos vuelta.

Y quitándose el poncho rápidamente se arrojó al río y empezó a practicar él mismo la faena que había ordenado. A tirones de las astas y las colas y cachetazos en las quijadas los ponían en el buen rumbo. Era un cuerpo a cuerpo entre tritones y bestias. Algunos novillos forcejeaban y tiraban peligrosos derrotes. A éstos los troperos los montaban y manejaban de las guampas como si fuesen riendas. De pronto Florido se vió apretado entre un montón de cornúpetos; cuando lo creyeron perdido el rubio se dejó ir al fondo y salió más lejos riendo a carcajadas. De la boca abierta le saltaba el agua como el chorro del mascarón de una fuente. Zabana y Mansilla anduvieron por los aires; el Mellau, de un hocicazo quedó sentado en el testuz de un novillo. El patrón lo sacó de apuros. Algunos animales empezaron a puntear, otros los siguieron; el remolino se desenroscaba deslizándose sobre el lomo del río al

modo de la serpiente cuando, arrollada, empieza a avanzar.

—Vamos a errar la picada, patrón, ¿no cree? —interrogó Saldivia.

—Saldremos por la picada vieja. Allí tenemos un siñuelo y gente. No ves, ya rumbeó la hasienda, ahora se va solita.

—Bien pensau, patrón. La corrimo y la ganamo. Pero qué arriesgón. Solito un novillo se refugó.

—La Tablada está muy buena; hay que aprovechar.

—Voy a desirles a los muchachos pa' que se dejen dir no má.

—Ya les hise señas.

Y se dió vuelta nadando de espaldas para observar a Faustito, que seguía haciendo signos con el pañuelo.

La mitad de la tropa salió por la primera picada, que era el verdadero paso; la otra por la segunda, donde estaban los bueyes overos negros y una media docena de hombres. Otros más llegaron trayendo de tiro los caballos abandonados por los troperos, que se habían juntado con el resto de la caballada.

Cuando el último novillo salió del agua Faustito elevó las manos y aplaudió. El caballito — lo tenía muy al piste a fuerza de espuelas — se le escabulló de entre las piernas y lo dejó sentado en el suelo.

El chico, como si tal cosa, se acomodó el sombrero y siguió aplaudiendo. Del otro lado del río ya flameaban los fogones.

Don Fausto tornó a subir al bote, se puso el poncho y le ordenó a Saldivia:

—Dejá descansar la hasienda y mañana de madrugada te ponés en marcha con quinientos novillos. A Esquivel que salga pasado con el resto. Hasta la vuelta. Yo voy a ver si hago otra tropita.

III

EN la volanta de cuatro ruedas regresaba el patrón a la estancia, examinando de paso los rodeos que le tenían parados. Siempre hacía lo mismo. Cuando de madrugada salía para el Puesto de Bustillos les echaba un vistazo a los ganados que le quedaban a la izquierda del camino y de retorno a los de la derecha. La peonada salía con el cielo estrellado aún para ir arrollando la hacienda. Don Fausto bajaba del coche, montaba en el caballo que le traía el tape Brítos y daba una vuelta rápida por el rodeo.

Era muy pulcro. Siempre andaba paquete y lustroso, aunque sin afectación. Las riendas con pasadores de plata, el freno, los estribos de campana, las cabezadas del recado brillaban, pero como sin ostentación ni grosería, porque todas las prendas parecían reducidas a su menor tamaño. Aquel hombre tan tranquilo y paciente no podía soportar la más

pequeña mancha en la ropa, ni los caballos con el tuce largo, ni la gente desaseada. Cuando veía un peón medio rotoso le regalaba diez pesos para que se comprase pilchas nuevas.

El Mellau lo alcanzó y le dijo:

—¿No va' ver l' ha...sienda del Se...rro Chato? Pa mí que hay no...villos gor...dos.

—Ya te dije que no parasen ese rodeo. Ayer, a la pasada, ví que no había hasienda para apartar. ¿Donde tenés los ojos, Juan Manuel? Mirá esos novillos que bajan a la aguada. ¿Caminan ligero o despasio?

—Li...gerito no má; meta tran...co lar...go.

—Bueno, si fuese ganado gordo bajaría al agua tranqueando corto. Ya sabés para otra vuelta. ¿Y Ramón?

—Allí viene a media rien...da, engüel..to en una pol..vadera ma...chasa.

Después de partir el patrón, el pardo se había dado una buena panzada de sandías en la cocina, mientras platicaba retozón con las chinas del rancho. Éstas le reían las gracias y se dejaban manosear, unas por gusto y otras porque el tenorio era todo un personaje en el mundo de la estancia, gracias al puesto que ocupaba junto al patrón. Éste sólo podía comer los pucheros y los churrascos que Ramón le hacía. Y a pesar de las travesuras malignas, abusos y fan-

tasías del pardo lo quería entrañablemente y no podía pasarse sin sus servicios.

Por la tarde Ramón se bañó, y con el sol declinando montó en su blanco zarco, y en vez de salir a raja cincha para la estancia y aprontar la comida antes que llegase el patrón, se puso a dar, entre caracoleos y sentadas de garrones, voces de mando como si hiciera maniobrar un escuadrón frente al rancherío.

—Armas al hombro, errchs! — y al trotecito pasaba por delante de las líneas de soldados que él veía, acariciándose la marcial pera, el jipi japa sobre la nuca, el gesto dominador. — Conversión a la derecha, errchs...!

Las chinas reían mientras la puestera lo exhortaba a partir.

—Mirá, pardo loco, que va' dentrar el sol antes que salgás d' aquí. Y el patrón va' desir que te entretenemos.

Pero él no oía. Mitad en serio mitad en broma, sentíase jefe, el que manda *derecho viejo* y puede meterle la lanza hasta la media luna al más pintado. —"Cosa soberana", decíase. Su visión del jefe, señor de vidas y haciendas, fué el substracto que le quedó de la vida de soldado. Había servido con Rivera y estaba acribillado de heridas de bala, lanza y sable. Eso creía él que le daba derecho a mandar,

aunque sólo fuera a ejércitos imaginarios, y a hacerlo con los desplantes y mirar retador de los caudillos auténticos. Recordando las palabras históricas de un jefe, gritó vibrante de ímpetu bélico:

—Carabina a la espalda y sable en mano!

—¿Pero no ves, cristiano, que tenés el matungo bañau en sudor? Se te va' plantar por la mitá del camino.

—Muchachos, quitensén los ponchos, que en el otro mundo no hase frío. ¡Carguen!

Y partió como una exhalación revoleando el pesado rebenque de puño de plata y manija de cuero de lobo. Las anchísimas bombachas blancas y el pañuelo colorado de golilla flameaban al viento. Las nazarenas de plata, las copas y las punteras mayúsculas del freno, los estribos, las cabezadas relampagueaban. Llevaba un enorme e historiado puñal atravesado sobre la barriga, dos pistolas de cabo de marfil a la cintura y facón caronero. Y en aquella facha, tirando rebencazos a derecha e izquierda, cual si fueran tremendos golpes de sable, pasó por delante del patrón, sentó el pingo de garrones y revolviéndolo sobre sí siguió viaje.

—Cuanto más viejo más loco — exclamó riendo Dn. Fausto—. Y no vayas a creer, Juan Manuel, que es pura chacota. El hombre viene sableando al

enemigo. Si te le ponés delante te baja de un sablaso.

Ramón entró galopando al cuadro. Era el único en la estancia que gozaba de tal privilegio. El peón casero, muy solícito, le bajó el apero al caballo, le echó un balde de agua sobre el lomo, y después de rascárselo a contra pelo con el cuchillo, lo soltó. Entre tanto el pardo impartía órdenes entre las chinas y las mulatas, que lo ayudaban generalmente para sacarle pan y bizcochos.

—Estoy mi apurau. A ver si se mueven. Vos, Martina, cuidá el puchero. — Levantó la tapa de la olla y añadió: — Ya sabés, bien espumadito, y cuidau no se te vaya a quemar el arrós. Vos, Siriaca, a los postres: orejones y dulse de leche. Y vos a los platos, los cubiertos y el mantel. Pueden poner la mesa. Paso de carga, sacudan las pulpas, no me anden arrastrando las chancletas, errchs!...

Entró a un cuarto y se aseó con mucho esmero y mudó de ropas.

Al anochecer, cuando llegó el patrón, estaba la mesa puesta, y el pardo, muy emperegilado y lustroso, tocaba la guitarra y cantaba en medio de la cocina, repantigado en un cómodo sillón de hamaca. De cuando en cuando se interrumpía para dar una orden. Mientras andaban las mujeres en el tragín él les daba libre escape a sus ímpetus bélicos y líri-

cos. No sabía tocar, ni cantar, pero hacía lo uno y lo otro sin lástima de los oídos ajenos... A veces eran tan destempladas sus "rilaciones" que las chinas se tapaban los oídos y gritaban. Entonces las obsequiaba con un sermón, adoptando los gestos y las actitudes peculiares de los predicadores, o buenamente decía misa a su manera, pero con tan exagerada unción y ademanes tan solemnes que aquéllas no sabían si reir o caer de rodillas. Poseía una especie de grotesco don imitativo y cierta fantasía deformadora de la realidad. Ésta era y no era a la vez, por lo cual resultaba cómica.

El caserío de la estancia parecía un oasis de la vida civilizada en la hurañez de las cuchillas. Los principales edificios, de ladrillos revocados y blanqueados, formaban un gran cuadro o patio en medio del cual veíase un aljibe mayúsculo. A los costados del cuadro, menos por el frente y a cosa de cincuenta metros, se erguían en hilera, humildes y hoscos, algunos ranchos y varios galpones, montándole la guardia a los heteróclitos edificios. Las poblaciones habían ido aumentando a compás de las necesidades, como órganos visibles de alguna nueva función, determinada por el desarrollo económico de la estancia. Así nació la pulpería y los depósitos de cueros y lanas; el galpón de las esquilas, los establos de los toros y los carneros finos; luego la carpintería y la

escuela; después la huerta, las arboledas, los grandes bretes para las ovejas y las mangueras de palo a pique; y por último la grasería, una atropellada de la industria en la estancia. Con la grasa de los animales que morían y de los caballos deshechos y las yeguas viejas o feas se hacía jabón.

Cuando Dn. Fausto tomó posesión del campo, adquirido a la vuelta de sus correrías por el Brasil, en aquel lugar sólo había un ranchito abandonado y un tala grande. Allí acamparon él y su gente, y allí se propuso fundar la estancia. Donde prendió el primer fogón construyó más tarde el aljibe. Alrededor de él hizo levantar las provisorias viviendas, que poco a poco fué sustituyendo por otras de cal y canto. Y al mismo tiempo que formaba la universidad rural, donde los gauchos, arrancados a la vagancia y al cuatrerismo, aprendían a trabajar y se hacían ciudadanos útiles, iba domando el campo bruto y la hacienda arisca. Lo primero fué poblarlo de ganados, que traía de Entre Ríos. La Guerra Grande dejó la campaña sin haciendas. Buena parte de ella se había hecho cimarrona y vivía a monte. Hubo que sacarla, empleando el lazo, el fuego, los perros, y amansarla a fuerza de pararle rodeo. En una de aquellas faenas le mataron al patrón, a cornadas, en un solo día tres caballos. A la vez, por medio de cercos de piedra — no se conocían aún los alambra-

dos — cerraba la propiedad y la dividía en grandes potreros. Aparecieron las aguadas o tajamares donde, por la división, quedaba el campo sin ellas. Aprovechando los declives del terreno hacía construir Dn. Fausto paredones de piedra que embalsaban las aguas. Pero había antes que profundizar a pico y pala la ahondonada natural y que allanar las orillas para hacerle fácil al ganado el bajar a beber. Al mismo tiempo quemaba grandes extensiones de campo con el objeto de destruir el espartillo, los yuyos y los pajonales, y plantaba miles y miles de álamos y sauces a fin de secar los bañados. Fueron los trabajos de Hércules y los tiempos homéricos del "Tala Grande". Y todo ello en medio de las guerras, revoluciones y revueltas que continuamente convulsionaban al país. A pesar de las hordas de bárbaros, que destruían en un santiamén lo que había costado años construir, el latifundio, de cuya psicología y función constructiva el mismísimo Dn. Fausto sólo llegaba a tener vagas vislumbres, se transformaba de cosa cimarrona en obra civilizada y civilizadora. Surgió una especie de diminuto Estado con su capital: la estancia; sus departamentos, los potreros; un gobierno central: el patrón, los mayordomos, los capataces, y las jefaturas: los puestos. Esta repubiqueta, por su naturaleza orgánica y viva, establecía un orden, un principio de cultura.

En las tardes ardorosas Dn. Fausto solía sentarse en el ancho brocal del aljibe y allí se estaba largo rato tomando el fresco y leyendo los diarios. A veces, contemplando el agua quieta, se le antojaba que en el fondo brillaba el fogón primogénito y que toda la estancia era como la prolongación de aquel fuego legendario.

IV

TODAVIA con el sol alto, los troperos, de vuelta de la Tablada, divisaron las poblaciones del Tala Grande. El aire del pago les dilataba el fornido pecho.

—Aparecieron las palomitas blancas — exclamó Juan de Dios — y los ranchos chatos y sebrunos. Con el trote parese que se movieran como peludos buscando macachines.

—Mi compadre Juan no tiene yunta pa' las comparansas y los retruques.

—Miren quién habló... Si a usté, compadre Florido, le salen brincando como los riales del sinto. Y digamé, ya que es el más letrau y escribido de nosotros, ¿por qué será que a cada viaje dejamo la estansia retosando e' gusto y la golvemos a ver con má gusto tuavía?

—Yo letrau, ¡de ande yerba...! Vaya el diablo averiguar. Pero es ansinita mesmo. — Hizo una

pausa, y luego, pegando un cabezazo para echarse el sombrero a la nuca, añadió riendo:— Estoy por desir que salimos alegres pa' comprar cosas y chinear en el Paso del Molino, y damos la güelta contentos y alarifes pa' lusirlas o regalarlas. A ver de no por qué venimos tan empilchaus: pura bota y golilla nueva y las maletas preñadasas de pañuelos de seda, dedales de plata y sintas de color.

—Y vos, Juan, con dos reló — exclamó Zabana —¡ah tigre!

—Cómo se va' poner aquella que te dije cuando pelés el d' oro, ¡pucha digo!— agregó Saldivia riendo más fuerte.— Ya la veo dando güeltas alrededor de vos con el marlo alsau.

—Y mi compadre,— concluyó Florido — ¡oigalé esa maula!, más serio que un moniato dejándola dirse en sangre.

Avanzaban al trotecito con la tropilla por delante. Al estallar las estruendosas carcajadas los mancarrones tomaron un rebotante trote largo. Entre las risas, las exclamaciones y las chuscadas, a las que respondía el negro con otras, porque como decía su compadre, "Era como tiro e' pistola pa' retrucar", ordenó Saldivia:

—Vamos a prenderle galope hasta llegar. Ustedes tienen mucho regalito que repartir y yo que entriegarle al patrón las cuentas. Siguro que el chinerío

nos ha visto, y Juan tiene que pelar el reló antes que dentre el sol. De no, le falla el tiro.

Tornaron a sonar las carcajadas. Por el camino real redoblaban tambores los cascos de la tropilla. A los troperos les parecía que el caserío en masa les salía al encuentro. A cada instante lo veían más distinto. Los árboles, los edificios iban destacándose del informe montón y proyectando siluetas sobre el horizonte, marcado por la lividez de la muerte. El sol, por detrás de los gauchos, se apeaba del cielo y ponía en las poblaciones tenues rosas y desmayados oros, pinceladas de estampas japonesas. Graves y silenciosos avanzaban los troperos, con el gacho sobre la nuca para ver y respirar mejor, los ojos alucinados, los labios prietos y, como velándoles el rostro, la máscara nublada y tristona del crepúsculo.

Después de un silencio largo dijo Saldivia:

—Han empesau las esquilas. Allá va, con su majada peladita, el manco Bernabé. Y má lejos, arriando el depósito de los capones, ño Serapio. ¡Pucha que están gordas! Aura sueltan las finas, qué lindura... El carnero padre costó tresientos pesos. ¿Le han parau rodeo alguna ves a tresientos pesos? Yo sí, pero eran ajenos. El patrón, que es güenaso, me dise siempre, "Juntá, Saldivia, juntá", pero qué voy a juntar. Las chinas y los naipes me dejan el sinto vasido güelta a güelta. Él no juega, ni pita, ni

matea, ni tiene parejeros. Nunca lo vide de manos crusadas. ¡Cristiano bárbaro pa' el trabajo y pa' gastar serros de esterlinas en toros, carneros, garañones pa' las manadas burreras, alambraus, sercos, calsadas, ¿qué se yo?... Viene una rigolusión y le mistura la hasienda, le voltea los alambraus, le carnea las vacas finas, y él güelta a empesar sin echar un taco siquiera. Es como el ombú, no lo desacomoda ningún ventarrón. Eso es un hombre, nosotros pobres gauchos no má ¡pucha digo! Y a gatas, porque a gauchos mesmo nos tira lejos. Naides lo vido rodar sin salir parau, ni errar un tiro de laso, ni un tiro de bolas, y eso que aura enlasa o bolea sólo pa mostrarnos cómo se hase. Yo maliseo que es pa' dispuntar el visio. Y nos deja de jeta colgando. Y pa' mandar, nunca una palabra más alta que otra, serenito no má. ¿Diganmén si alguno lo vido enojau? Lo mesmo en las ocasiones que toca arriesgar el cuero, tranquilo viejo. Yo lu he visto en cada una... Y la mano siempre abierta pa' l nesesitau. Criollo lindo, ¡pucha digo!

Los otros asentían:

—Ya te creo.

—Es verdá.

—Ansinita mesmo.

Cerca de las casas pusieron los caballos al trotecito. Las ovejas salían de los bretes brincando, un

grupo de peones, de vuelta del campo, desensillaba y soltaba los matungos sudorosos. Algunos se revolcaban y sacudían el polvo al levantarse, mezclando sus clarines al balido de las ovejas que se alejaban y al blando mugir de las lecheras frente al corral del tambo, donde quedaban durante la noche encerrados los terneros. Suspendidas como lámparas en el aire graznaban las lechuzas. El horizonte parecía manchado de puntos blancos, eran las majadas que volvían a los puestos o venían de ellos para la esquila. Oíanse carcajadas, dichos alegres, tacos y retruques. De pronto se levantó el ladrerío de la perrada al que pronto hicieron coro las exclamaciones de las chinas. Los troperos avanzaban marcialmente por la ancha calle, formada por los edificios principales y el rancherío. Iba desde los bretes y las mangueras hasta la ramada y los corrales, que se levantaban en el extremo opuesto. Saldivia y Florido apoyaban de punta el arreador sobre el recado cual si fuese un cetro. Los peones, detrás de aquéllos y en hilera, abrían las piernas y hacían escarcear los pingos.

—¿Cómo les ha ido?

—Lindo no má...

—A ver qué nos train.

—Dejen que les bajemos las maletas a los mancarrones.

El mujerío no los dejó llegar a la ramada y tuvieron que apearse en la calle. Una negra grandota, pulpuda y de mota apretada, acercóse a Florido y le preguntó:

—Desí, rubio, ¿me trajiste mi encarguito?

—Aquí está, ña Pancha; las traigo en el bolsico porque es cosa delicada,— y destapando una cajita le enseñó un par de carabanas de historiada plata y adornos de coral.

La negra las cazó al vuelo con las dos manos y luego las mostró muy orgullosa en los grupos que se habían formado alrededor de cada tropero. Juan de Dios miraba la hora a cada instante en su reloj de oro, y llovían las exclamaciones, las risas, los gritos y los manotazos.

—Con esa prienda, Juan, ¿qué china te va resestir?

—Eso mesmo digo yo. Y dispués este collar pa' la que me pone el corasón como garganta 'e sapo. ¿Y ande está? Si quiere haserse derrogar se lo encajo a otra.

—Jué a empaquetarse y ai viene sacudiendo las sarasas. ¡Mulatita comadre! Parese que va disiendo: "Uso cola larga pa' que alguna me la pise". Y quién se la va' pisar, si es como víbora pa' l picotón. ¿Pero 'tás seguro, Juan, que 'l collarsito es de plata 'e ley como mis carabanas? Mirále la marquita no

má; el tuyo no tiene. Pa' mí que es sólo compo...nete y vamo al baile. Si tu prienda desconfea te va' poner overo.

El negro, cariacontecido, daba vuelta el collar entre los dedos.

—Yo lo pagué como güeno; si es falso voy a quedar como mate lavau,— pero de súbito sus ojos relampaguearon.— Aquí está la marca, plata 'e ley tuita la vida.

Pancha le preguntó a Florido, que había desensillado y entraba el apero a su pieza:

—¿Y el cachimbo pa' Gregorio? Lu está esperando como agua del sielo. Allá está en la cosina de pata estirada, cortando guascas. Tiene un pie sacau de una rodada. Estuvo cuatro días en cama y ¿quedrás creer vos? El patrón venía a verlo un ratito todas las tardes. Vení pa' la cosina, te voy a sebar un amargo.

La cocina, espaciosa, era una de las once que había en la estancia para la peonada. Allí se reunían los troperos y los antiguos servidores del patrón: el negro Gregorio Abrojo, el pardo Barranca y Saldivia, que según decía Pancha, "Había sido ruano en su juventú y gateau aura". La negra sabía hacerse respetar y los manejaba a todos como si aquellos taitas fuesen gurises. Era muy limpia y le gustaba que le alabasen los pucheros, asados y guisos que

hacía. Ella misma iba a elegir la carne a la carnicería y las papas y los zapallos a la huerta, sin que el peón casero, a quien llamaban el "Entecau" por su pobre físico, ni Genaro el quintero, un italiano que andaba rezongando siempre, le hicieran la más pequeña observación. Al contrario, era ella quien los hacía andar en una pata. Si algún tropero caía enfermo, Pancha lo cuidaba. En los días de amasijo lo ayudaba el pardo Ramón y traía para su gente algunos panes criollos, tortas y bizcochos. Sabía hacer buñuelos y empanadas. Y en las esquilas y las hierras los vendía por docenas. El patrón le tenía mucho afecto, y por ayudarla no permitía que otras los vendieran, pero Pancha hacía que, las más necesitadas, la ayudasen y repartía las ganancias. Todos la querían y respetaban, hasta el pardo Ramón. Un día quiso propasarse y toquetearla, y la negra le coloreó las motas con el rodillo de amasar y le dió tanto palo en los brazos y las muñecas que el pardo, aunque lo intentó, no pudo quitarle el arma.

Junto a la ventana, Abrojo cortaba tientos. Era un gigante, el pie medía medio metro.

—Güenas tardes, ño Gregorio, ¿cómo le va diendo? Lo apretó el caballo, ¿no?

—Güenas, si Dios quiere. Estoy pesau pa' salir corriendo como en mis güenos tiempos. No te rías. Preguntále a Saldivia; él vió mi última rodada y

hasta aura está asombrau. Se me clavó el matungo y chicoteó con el anca en el suelo. Salí corriendo, casé el laso y de un seco puse patas pa' arriba al novillo gordaso que traiba enlasau. Cuando se paró ya estaba yo montau y tironeandoló pa' que no se juese sobre el patrón. ¡Ay juna, qué tiempo! Aura sólo sirvo pa' hachar leña. Los matungos se me dueblan bajo el peso. Y a vos, rubio, ¿cómo te ha ido? ¿A que te olvidaste del cachimbo?

—Qué m' había de olvidar. Aquí lo tiene, es de sereso y con tapita. Saquelé lo desparejo.

El negro lo contempló extasiado.

—No tiene desperdisio; lindo por donde se mire. Mañana me voy a la quinta con él enarbolau pa' jorobarlo al gringo Genaro. Ta muy entonau con su pito viejo.

Florido se sentó en un banquito de ceibo. Pancha le ofreció el mate hirviente y se sentó también. En una olla grande barbotaba el puchero. Los habituales de la cocina fueron entrando y formando rueda. El último, Barranca Abajo,— así lo llamaban porque bebía y además andaba siempre empeñado — de ancho que era no cabía por la puerta.

—¿Y mañana la ganamo o la perdemo?

—El overo de Manduca de juro va' salir. Lo vide correr dos veses y es ligeraso. Pero no le va' sacar ni el pescueso a mi gateau. Y ande entren a funsio-

nar los rebenques, mano a la plata — contestó Barranca, accionando muy a lo vivo. Al concluir soltó una carcajada que tenía algo del rugido del león, del mugido del toro y del estampido del trueno.

Pancha se levantó y cerró la ventana.

—¡Cristiano bárbaro! ¿no ves que está el patrón de lus prendida?

—Entonses ¿es una fija?

Barranca se puso grave y sentenció:

—En carreras no hay fijas. Yo creo, eso sí, y de ai no me saca naides, que debemos ganar. Hoy le dimos con Bailique el último apronte al gateau y está como lus.

—¿Quién corre el overo?

—Benjasmín.

—¡Que le sebe! Es como lus pa la pata.

—Pero corremos con andarivel.

—¿Y el sentensiador?

—Ño Justo, ese criollo mentau que sentensea en tuitas las carreras del pago.

—Es un hombre de respeto — aseveró Mansilla.— Lo conosco hase años. Nunca lo vide hablar ni rir. Degüelve los güenos días con la cabesa no má y pa' sentensiar le pone el rebenque al ganador en el cogote y ya está. No al cuete lo llaman el Callau.

—Al que le tengo reselo es al comisario. Es entonau y gritón. A dos por tres pela la lata. Pero el

Callau no es d'arriar con el poncho. Y dispués ¿pa' qué estamos nosotros? Lo qu' es a mí no me carcha. Soy clarito pa'l juego. Si pierdo, abajo la cabesa; pero si mi taba echa suerte, ni el Mandinga mesmo me roba la parada. Ande quiera hago la pata ancha y peleo — y tornó a soltar su rotunda carcajada.

Después, haciéndose el chiquito y muy serio, añadió:

—Ansina me enseñó mamita.

—Perro que mucho ladra...— exclamó Abrojo, para buscarle la lengua.

Eran buenos compañeros desde muchachos y se querían, pero lo ocultaban como avergonzados de aquel afecto. Para disimularlo andaban siempre tirándose chinitas.

—Yo ladro y muerdo. Vos lo sabés. Cuando los dos, Laderecha y el negro Caruqueque sujetábamos en algún paso a una partida pa' darle tiempo al patrón que se hisiera humo con las onsas y los patacones, nunca me sacastes ni el hosico en el entrevero.

—Pero no desís qu' a veses te saqué a cuestas, y eso que pesabas lo mesmito que un güey.

—Eso tamién es verdá, yo...

—Dejáte de balaquear, pardo viejo, o te dejo sin choclo — interrumpió Pancha — tá sonando la campana, vayan asercándose al fogón.

Y empezó a repartir los platos de lata y las cucharas. Luego cada uno se acercaba a ella con su plato correspondiente, y con él rebosando de suculenta sopa tornaba a su asiento. Faltaban Saldivia, Juan y Lucero.

—Los muchachos se han quedau pastoreando el parejero. Tá suelto en el potrerito 'e las lecheras. Aurita no má voy a relevarlos pa' que vengan a comer. Soy sorro viejo pa' arriesgar que me roben y cansen el matunguito. A Saldivia, seguro lo tiene el patrón curtiendoló a preguntas. En eso no cambea.

Pancha volvió a abrir una rehendija de la ventana, vichó y dijo:

—El patrón ya está sentau a la mesa con el comisario y la comitiva que trai, puro pueblero de pantalón ajustau. Tá tamién el mayordomo, ño Froilán, muy aseadito y estirau, tomando la sopa de fideos con cuchara y tenedor pa' rempujar. Había sido finaso el hombre.

Uno a uno fueron asomándose a la ventana. Y reían como si les hicieran cosquillas, pero sin saber a punto fijo de qué. Barranca pegó un resoplido bagual, como siempre que acababa de comer, y salió provisto de caldera, yerba y mate. No era tan grandote y musculoso como Abrojo, pero más ancho, pechudo y cabezón. Caminaba balanceándose como si fuera en una hamaca. Absorbió una gran bocanada de

aire tibio y con olor a campo y miró el cielo acribillado de pocitos de luz. Algunos grupos de peones diseminados aquí y allá y de mujeres en las puertas de los ranchos tomaban el fresco yerbeando. De vez en cuando oíase el graznido de la lechuza, y más raramente, y como traído por un invisible hilo eléctrico, venía desde muy lejos el grito avizor del chajá. La luna no había salido todavía. Juan y Lucero hablaban despacito sentados junto a la portera. Habían hecho cama con los aperos y encendido un fueguito que parecía extinguirse y se mantenía siempre en el mismo ser.

—Vayan a comer ligerito; Pancha no está de güena güelta. ¿Y el gateau 'tá durmiendo?

—Allí lo tiene echau, meneando las orejitas.

—Aura le mando el barsino. En cuanto se acueste al lau de'l dentra el gateau a dormir. Vaya barsino...

El perro salió al trote y se echó cerca del parejero. Éste fué bajando la cabeza e inclinando el pescuezo hasta quedar tendido cuan largo era. Barranca, solo, sentóse con las piernas cruzadas adelante y empezó a disponer los enseres para matear hasta que le entrase el sueño. Todas las energías espirituales de que era capaz las tenía concentradas en la forma de correr al *gateau* el día siguiente. Generalmente no pensaba sino en lo que estaba haciendo. Y si no hacía nada no pensaba en nada. Sólo recordaba muy rara

vez que él era el único peón de la estancia de cierta edad que no tenía mujer propia ni estaba *amigau* con ninguna china. Jamás quiso ni sintió la necesidad de atarse a cualquiera de las mozas que le habían gustado en su juventud, ni menos después.

—Una cuarta 'e caña da má satifasiones que la mejor china. El casorio pa' los gringos, y los gurises pa' el maestro de escuela. Pa' mí los naipes, la caña y los parejeros. Eso es vida,— solía proclamar cuando discutían con Gregorio y Pancha sobre la conveniencia, para los gauchos vejancones, de tener quien les lavase la ropa y los asistiera en las enfermedades.— A la hora d' estirar la pata no ha de faltar quien me sierre los ojos. Y dispués yo no voy a gambetear pa' dirme al otro mundo. Disen qu' es más lindo. Con tal que haya parejeros, caña y lo de má...

Pancha lo ponía de hereje y desalmado que no había por donde agarrarlo, pero él le jugaba risa.

—Hereje no. Estoy bien con Tata Dios. No he robau, no he matau, sino en güena ley y pa' defender el cuero, ¿y de ai?...

Con los ojos clavados en el fogoncito decíase en aquellos instantes: "Con una prienda como la de Gregorio quisá me hubiera acomodau... Güena, guapa, lindasa. Cuando teniba veinte años daba calor, y aura mesmo. Negro suertudo... Pero mejor

es ansina, el gaucho solo se rebusca siempre. Y ¿qué le vi' a desir a Bailique pa' bolearlo a Benjasmín en la largada? Esa es la cosa. Pensala bien, Barranca.

Sacó de debajo del poncho un frasco chato lleno de caña y le pegó un par de besos largos. Después de dar vuelta la yerba, añadió: "Dejá, Bailique, que en las primeras partidas se deflore el overo. Haséle crer a Benjasmín que te va' sacar lus. Mostrate mal humorau. Dispués martillás el gateau, ya sabés la seña, y en cuanto te grite "vamo", ya corriendo, lo tapás. Esa es la cosa".

En las casas las luces iban apagándose una a una. No se sentía ningún ruido. Todos sabían que el crédito de la estancia dormía allí cerca y respetaban su sueño. Los que no habían contribuído a la parada, cien esterlinas reunidas entre los capataces y los troperos, proyectaban ponerle a las patas del gateau los patacones que tenían. Hasta las mujeres se proponían jugar. Barranca sentíase orgulloso de la confianza depositada en el pingo y el cuidador. "Y no al cuete me cren, porque les he puesto el gateau, que era denantes un matunguito de correr por tortas, en un estau que naides lo gana en su tiro. Van siete que llevo ganadas; mañana será la ocho, si Dios quiere. Y ha de querer no má, porque el viejo es buenaso. Con tal que Bailique comprienda. Esa es la cosa, la largada."

Y siguió tomando mate sin levantar los ojos, en la actitud petrificada del gaucho solitario. El fogoncito seguía igual. Se oyó un grito apagado de tero. Barranca levantó la cabezota.— "Le desconfeo a Manduca. A tramposo naide lo gana, y aura que tiene al comisario de yerno... pero a mí no me agarra durmiendo."

El potrerito de las lecheras y las tropillas era de cerco de piedra. Pegado a él y agachado echó a andar. Al cabo de media hora se detuvo y tendió de barriga en el pasto porque resollaba ruidosamente. Luego caminó otro poquitito y volvió a tenderse. A veinte metros de él empezó a vislumbrar algo insólito. Clavó las leznas de la mirada en la obscuridad y arrastrándose sigilosamente fué acercándose: dos hombres dormían boca abajo paralelamente al cerco y en sentido contrario, cabeza con cabeza reposando en los brazos cruzados. Barranca seguía avanzando ahora con la daga entre los dientes. "Angelitos", pensó cuando estuvo próximo, e incorporándose y saltando sobre los hombres le puso a uno el tremendo pie en el cuello y al otro la punta de la daga en las espaldas.

—¡Quietitos, hijos de perra!... o les empieso a meniar punta y hacha.

En un periquete los despojó de los anchos cuchi-

llos, que ambos llevaban atravesados en el cinto, y los tiró para el otro lado del cerco.

—Y se venían de maneador y freno pa'robarme y cansarme el gateau. Si no juera por el parejero, que 'tá durmiendo, les daba una soba de maneador doblau.

—M'augo — exclamó con voz extrangulada el que gemía bajo el pie de Barranca.

Éste agarró al otro por la pelambrera y de un tirón lo puso sobre su compañero.

—Quietito no má o los ensarto a los dos; a ver vo, crusá las mano sobre la espalda. Ansinita mesmo; ¡pucha que sos bien mandau!

Hizo lo mismo con el otro; después los ató pierna con pierna y ayudándolos a levantarse les ordenó:

—Aura marchen al tranquito y de güen modo, de no...— y les hizo correr la punta de la daga a lo largo del espinazo.

En el fogón ya estaban Lucero y Juan yerbeando.

—Malisié — dijo Juan al ver a Barranca — que andaba rondando, y vea con lo que se ha venido. Los agarró lindo.

—Durmiendo... ¡cristianos golpeaus! Miren qué par de patas pa' un banco tan pesau como yo. A ver, acuestensén. Al que se mueva lo chusean sin lástima. Yo voy a dormir un rato. Quiero darle tempra-

nito una media rasión al gateau. Uno por lo menos tiene que quedar 'e guardia.

Juan parecía tristón; notándolo le preguntó Lucero:

—Y... ¿viste a tu prienda? ¿Te agradesió, como Dios manda, el collar?

—Se lo puso muy contenta y me envitó a tomar mate dispués de comer. Pero en cuanto pasó Florido empesó a chacotear con él y medio a echársele ensima, y yo quedé de costau con reló y todo. Él no le llevaba el apunte y buscaba haserme lau, pero ella todo era querer hablarle de unas ricomendasiones de Mangacha. Y a mí me dejaba misturau con la vieja y las hermanas. Si yo juera rubio... Es triste ser negro, hermano. Vos tuavía sos medio clarote, pero yo... Y los negros en todas las pencas de la suerte comemos cola.

—Yo que vos le hablaba a Florido.

—¿Y pa' qué?

—Pa' aconsejarte. El rubio es derecho, sabe engatusar a las chinas y te va' desir cómo debés hablarle a Micaela. Dispués, no creas que a vos solo te pasa eso.

—¿Vos tamién...?

—Dejuro... De nantes me gustaba Micaela. Sé me atravesó Mansilla, y adiós mi plata. Dispués Sabana, y adiós Lusero. Primero tuve ganitas de pe-

learlos a los dos, pero ellos no teniban la culpa. Vos sabés que ella es de naides y de todo el mundo. Pensé enseguida en coserla a puñaladas. Pero ña Pancha me dijo:

—Mirá, Lusero, no seas loco. ¿Qué obligasión tiene de quererte esa mulatita? No es tu mujer, no estás amigau con ella. ¿Entonses? Enderesá pa' otra y se acabó. Y me la poblé a una hermana, la mayor, pero no quedé curau.

—Yo no puedo haser ni eso; la quiero, hermanito, ¡pucha que la quiero! A esta gusanera que yo tengo ninguna güelta de pisada la cura. Parese que me hubiera ligau.

Lucero lo miró y guardó silencio.

A eso de las tres cayeron al fogón Saldivia y Mansilla, y un poco más tarde Florido, Zabana y Bailique. Sólo velaba Juan de Dios. Éste les mostró los prisioneros y fué a echarse en su recado, donde se hizo un ovillo. Hacía fresco. Una media luna, como de lanza nueva, iluminaba tenuemente el paisaje dormido. Los troperos le ofrecieron al corredor el primer amargo. Habíase convertido en el hombre del día. Se daba cuenta de su importancia. Era pequeño y arrententinado. Los ojitos, agazapados en el fondo de las órbitas, brillaban como los de la lechuza en el fondo de la cueva. Cuando reía se le arrugaba todo el rostro.

—¿Y qué tal anduvo en el *apronte* el gateau? ¿Se la damos con queso al overo?

—¡Quién sabe!, los dos tienen cuatro patas—y devolviendo el mate, agregó: — El gateau está muy ligero, pero el otro no es manco.

—En consensia, a usté ¿cuál le gusta?

—A mí siempre me gusta... el que corro.

—Entonses, ¿le meto?

—Puede meterle... pa' ganar o pa' perder—y les hizo una seña indicándoles los prisioneros.

Cambiaron de conversación. Aclaraba cuando se levantó Barranca. Sin decir palabra dirigióse a los hombres que tenía atados y los puso en libertad.

—Vayansén ligerito no má. Si no son medio abombaos del todo diganlé a sus patrones, pa' que no desconfíen lu que ha pasau y los despidan por sonsos, que han dejau a mi flete de cama, y a escondidas le juegan algunos riales — agregó en voz baja.

Luego entró al potrero y dió un silbido. Caballo y perro acudieron al galope. En una carona le puso al parejero la media ración de maíz mezclado con alfalfa seca picada, a fin de que comiese despacio. Todos se levantaron para examinarlo.

—¡Pucha qu 'está lindo!

—El apronte de ayer lo ha dejau má levantau 'e barriga — observó Bailique—. No quería volcar el sinto delante 'e los forasteros. Aura les confieso

que si el overo no sale fásil me gusta de muerte el gateau.

—Como vos no lo dejés salir no sale — gruñó Barranca.

—Dejarlo... parau si puedo. Tengo una cuentita atrasada que arreglar con Benjasmín. Y se m' hase qui hoy va' ser la cosa.

—Mañereá pa' soltar, hasete el enojau, no armés al gateau hasta la última partida. Y dispués que esté bien confiau, sobre el *invite,* se lo largás.

V

MIENTRAS Barranca lo limpiaba, mucha gente de la estancia vino a ver al parejero. Hasta el chinerío hacía comentarios y les daba dinero a los hombres para que lo jugasen. Un grupo de jovencitas, desde la ruana hasta la morocha color de nuez, llegó con una manta que habían hecho y bordado ellas mismas y se la entregaron al cuidador.

—Aura le pongo la vieja, porque siguro va' echarse enseguidita que lo meta debajo de la ramada. Esta presiosura va' ser pa' dentrar a la cancha. ¡Ah, mi matunguito, quién te vido y quién te ve!

Los troperos se acercaron a las mozas, y quitándose el gacho les tendieron la mano, que ellas apenas rozaron en la punta de los dedos, la mirada puesta en tierra.

—¿Cuál le gusta más, Florido; el overo o el gateau? — preguntó la más agraciada y por eso la más atrevida de ellas.

—Primero me gusta usté y dispués el gateau.

—¿Me va' comparar con los parejeros? ¿Eso es lo que me trajo del Paso del Molino?

—Su china y su caballo, son las dos cosas que má quiere el gaucho.

—¿Y quien li' asegurau que yo soy su china? Dejuro no jué el cura.

—Un duende, mi tesoro, qu' en las noches negrasas me sale al encuentro y me dise: "Mangacha es pa' vos y vos pa' Mangacha".

—¡Había sido embusteraso!

—Me caiga muerto...

—Güeno, vamos a cambiar de caballo. ¿Me trajo lo que le encargué?

—Aquí está — contestó Florido desatándose del pescuezo un pañuelo celeste de grande tamaño—. Aura, mi prienda, se lo voy a poner como lo usan las puebleras.

Las otras muchachas miraban llenas de asombro el atrevimiento del rubio y la desusada tolerancia de la morocha. Micaela, conversando con Mansilla, los examinaba de reojo. Juan de Dios, mohino, daba vueltas de un lado para otro sin atreverse a interrumpir aquel diálogo.

—¡Pucha digo, le queda que ni pintau! — gritó Saldivia desde el fogón.

—¿Y cuánto cuesta? Yo no queriba una prienda tan lujosa.

—Nadita, es un ricuerdo; no me despresé, porque me voy a resentir.

—Por ser de su mano lo aseto — respondió Mangacha toda ruborosa.

—Compadre, venga a sacarme del pantano. Hasta cosquillas me hasen y no le puedo meter el laso a nenguna. Vos las ponés mansitas y a mí se me apotran todas.

Mangacha y Florido entraron en el grupo. Lucero tenía en la mano un pañuelo de colores vistosos, pero ninguna de las mozas quería dejárselo poner.

—Aquí tiene una que a usté le gusta... y ella gusta de usté. Dejáte poner el pañuelo, Pepa,—añadió hablándole al oído—. ¿No ves qui anda loquito por vos y es uno de los mosos más agrasiaus de la estansia?

Lucero le puso el pañuelo; las manos le temblaban. "Cristiano disgrasiau", — decíase—. "Si tuviera el cuajo y la labia del rubio cualquier día se me iban a dir de arriba".

Micaela, hablando y riendo en voz alta para llamar la atención, se fué acercando a Florido y Mangacha, seguida esta vez de Mansilla, Zabana y Juan. El rubio, como de costumbre, tenía una flor entre los dientes.

—Se vino la tormenta — anunció la morocha maliciosamente.

—Le voy' atajar el pasmo con tiempo. Deme un alfiler.

—¿A que no me da ese clavel? — le gritó Micaela riendo con toda la boca de dientes iguales y blanquísimos, una boca hecha para morder voluptuosamente, como un fruto, la carne viva.

—Mire — contestó Florido mostrándole el alfiler en una mano y la flor en la otra — acaba de pedírmelo esta mosa y se lo voy a prender.

—Otra ves tendré más suerte.

—Dejuro...

—...dispués que se canse de las gurisas vaya a mi rancho. La vieja ha hecho un biscochuelo de mi flor. Pa' ya vamos todos. La vamo a correr.

—Adiós, vieja — gritóle Mangacha.

—No te digo que vengás, Márgara, porque a tu vieja no le gustan mis riuniones.

—Luego nos veremos.

—Eso es.

Se puso las manos en las caderas ciñéndose las ropas al cuerpo, fino y elástico como el del jaguareté, y tomó el camino de su rancho. Debajo de la blusa los pechos le saltaban firmes y erectos al modo de dos grandes higos chumbos. Caminaba cimbreándose, mirándose los zapatos y sacudiendo la espesa melena de tiempo en tiempo.

—¿Va' dir? — le preguntó Mangacha a Florido,

enganchando sus ojos de terciopelo en los azules del paisano.

—Usté, ¿qué prefiere?

—Si no fuera tan burlón le desía una cosa. Pero no, usté dispués va' salir po ai dandóse corte.

—Le juro...

—No jure, qu' es pecau. Güeno, me gustaría que no juese.

Pancha clavó cerca del fogón los asadores donde venían doraditos y jugosos dos corderos. Después miró a las mocitas que parecían escandalizadas, miró alejarse a Micaela y dijo:

—A esta mulatita revoltosa y engreída en cuanto me saque otra güelta la lengua le voy a trillar la parva.

Micaela, como si la hubiese oído, se volvió y le tiró un beso.

—Andá no má — le gritó amenazándola con la mano — buscale sinco pies al gato y verás. Locasa la parda y engatusadora como no hay otra. Pero yo no soy peje de pescar con caña. Churrasquen a gusto los hombres. Y las mujeres vengansén conmigo. Las voy a regalar con mate' e leche y tortas fritas. — Y rumbeó para la cocina como una gallina negra rodeada de pollos de todos los colores.

Serían las ocho. La pulpería y sus alrededores estaban animadísimos. Los gringos jugaban a las bo-

chas, los criollos a la taba, los naipes y el tejo. Las chinas, luciendo los trapitos de cristianar, tomaban mate a la puerta de los ranchos, muy aseaditos, o se paseaban en grupos despidiendo un fuerte olor a Agua Florida. En algunas partes oíase el acordeón, en otras la guitarra. La pulpería hormigueaba de forasteros. Debajo de los eucaliptos y las acacias, que se erguían a la entrada de la quinta, churrasqueaba el grupo de Manduca y el comisario. Más abajo, resguardado por los milicos, que no dejaban acercarse a los curiosos a menos de cincuenta metros, dormitaba el overo, luciendo una manta muy ornada, que casí lo cubría hasta el suelo. Los paisanos, al parecer platudos, que iban llegando, agrandaban la rueda donde tronaba el corredor Benjamín, un tipo aindiado, como dorado a la parrilla por el sol, de escasa barba, mediana estatura y flaco. Cuando reía mostraba algunos dientes que parecían de loza de puro blancos, a los cuales les hacían contrapunto los ojos negros, redondos y chiquitos, como dos borrones de tinta.

—La jugada va' ser machasa, les vamo a juntar las cabesas. Lástima que haiga poca plata del lau contrario.

—No crea, a los de la estansia les gusta en fija,— observó Madeja, el compositor, del cual decían por el pago que, respondiendo al nombre, tenía más vueltas que el Río Negro para cerrar un trato. Ha-

ciendo un rápido guiño, añadió: — No malisean lo de anoche.

Ramón les trajo al comisario y su comitiva una canasta de bizcochos y otra más grande de panes caseros recién sacaditos del horno. El pardo vestía bombachas blancas anchísimas y muy almidonadas, bota de caña de charol, espuelas de plata y oro y el gorro típico de los cocineros. Depositó las canastas en el suelo, se cuadró, hizo la venia y se fué marcando el paso.

—¡Locaso el pardo! Yo me pregunto pa' qué quedrá en la cosina espuelas, boleadoras y daga.

Ramón se abría paso por entre los grupos de gauchos diciendo:

—Abran cancha, estoy mi apurau.

Así llegó a la pulpería y le dijo al pulpero, un vasco de recias espaldas, ancho cogote y rostro todo afeitado, excepción hecha de unas patillas cortas:

—El patrón dise que le pida a tuito vicho viviente las armas. Es la orden del comisario, y no quiere darle pie pa' que arme algún batuqe. Ya sabe cómo es de cascarilla y delicau el mosito.

—Pedir armas pediré, — contestó Dn. Bautista — pero la gente de Manduca entregar no, no.

Ramón siguió adelante metiendo las narices por los grupos de chinas y los ranchos donde andaban moceando los troperos y los peones criollos. A los

gringos las mujeres no les llevaban el apunte, salvo alguna vejancona que quería "casorio y comodidá".



A las cuatro salía el gateau para la pulpería, rodeado de toda la gente de Pancha más el Mellau. Abrojo iba adelante, ayudándose de una muleta. Pancha, imprimiéndole a su enorme corpachón un movimiento de canoa en el agua agitada, marchaba al lado de él. También le había metido al parejero de la estancia y pensaba meterle hasta los últimos reales que le quedaban. Los troperos avanzaban quebrándose, muy paquetes, muy jaques y con empaque un si no es provocador. Los más apuestos eran Florido, Zabana, Lucero, Mansilla y el negro Juan. El cuerpo alargado, flexible y musculoso de los tres primeros denotaba la fuerza y la agilidad. Barranca iba con el parejero de tiro, medio incomodado por las botas recién estrenadas. Bailique vestía chiripá muy corto, camisa de color, abierta sobre el pecho, y vincha. Las piernas y los brazos desnudos parecían fibrosos y secos como la cáscara del maní. Sus pasos eran muy cortos y rápidos. De cada muñeca llevaba colgando de la manija un rebenque de sotera corta.

Cuando Benjamín subió a la balanza, Barranca lo registró cuidadosamente y lo mismo hizo Madeja con Bailique. Los parejeros entraron a la cancha.

—Vamo a bajarles las mantas, si les parese, pa' que la concurrensia los vea. Así, medio de lejito no má—propuso Manduca—. ¡Que le sebe! ¿Sabés que tu pingo está afiladaso... pero medio chupaíto y con la barriga por el lomo? ¿No estará pasau de compostura, Barranca?

—No sé, señor, — contestó el mulato sombrero en mano — días atrás estaba más llenito. Pué que no le halla sentau el apronte de ayer. Estos parejeros improvisaus son ansina, en cuanto sienten un poco 'e rigor.

—¿No andarás hasiendoté el chiquito?

—No, señor, — exclamó el pardo riendo alegremente y con una grande expresión de humildad.

—Y vo, Mellau, ¿qué desís del overo?

—¡Ta lindo!...

—¿Podrá haserlo estirar siquiera el matunguito de Vds.?— Acercándose agregó:— ¿Quieren doblar la parada?

—Si nos da tres a uno...

—¡Digan güevo con la boca serrada!

—Cambiamo 'e caballo y yo le doy tres a uno;— exclamó Barranca, que de humilde se trocó procaz— ¿a que nenguno de ustedes agarra viaje?

Manduca, halagado por aquel homenaje que se le rendía a su caballo, respondió:

—Si jugara por negosio, sobre el pucho te serraba trato. Pero corro pa' divertirme y no quiero dir contra mi flete.

Los jinetes de uno y otro bando empezaron a cruzar las primeras paradas. A poco los del manchau daban dos a uno.

—No te dije, Madeja; no tenemo gente ni pa' empesar.

—Aquí tengo una platita pa' jugarle a las patas del gateau si me dan tres a uno — gritó Florido tendiendo el poncho en el suelo frente a la raya. Del otro lado del camino hicieron lo propio Zabana y Mansilla, y un poco más lejos Saldivia y Abrojo. Las chinas iban de un lado para el otro pidiendo que les llevasen algo en las paradas. Mangacha le dijo a Florido, sentándose cerca de él junto con Pepa:

—A ver si me coloca mi platita con buena usura. Aquí tiene sien pesos míos y veinte de Pepa. ¿Podrá?

—Ya te creo, si esos bárbaros se vienen como a comprarnos los visios. ¡No tener los sintos llenos pa volcárselos ai mesmo!

Los parejeros iban tranqueando despacio hacia la largada. Los jinetes, que querían ver las primeras partidas para jugar luego, los escoltaban. Incendióse

el campo en notas pintorescas. En los aperos relampagueaba el sol. Los fornidos cogotes de los hombres lucían golillas blancas, rojas, azules. Los pañuelos de seda y los percales del chinerío afloraban el pasto verde y lustroso. Miles de vellones de nácar cubrían la parte alta del cielo sin interceptar la luz. Florido lo contempló un instante y dijo mostrándoselo a Mangacha, mientras le agarraba la mano afectuosamente:

—El sielo nos está brindando una platada de pororó.

—No está a tiro 'e laso — afirmó muy grave Lucero, notando que Mangacha retiraba suavemente la mano.

Lanzaron la carcajada.

—¿Y usté qué sabe? — le preguntó riendo la linda morocha.

—Desía no má, sin malisia. Ya me delaté. Cristiano sonso pa' el retruque.

—Ya tengo quien me defienda, — exclamó Florido — ¿con qué quiere, amorsito, que le recompense?

—Jugándome bien la platita... y no hasiéndome rabiar en los bailes.

—Por eso no va' quedar. Va' empesar la junsión.

El Callau, con el sombrero echado sobre los ojos, se colocó en su puesto. Era un hombre alto, flacón, bien plantado. Vestía de negro, tenía sombrosos los

ojos, las cejas enredadas como un matorral y la barba recortada prolijamente. Con la mano tendida le hizo un ademán a la concurrencia para que despejase la cancha. Hasta Manduca y el comisario, que permanecían a caballo, obedecieron. Detrás de la raya se apiñaban los jugadores. Un ricachón de la comitiva de Manduca, irguiéndose en los estribos, gritó:

—Tres a uno al overo. De sincuenta patacones hasta' ande quieran.

—Paro por tresientos pesos — contestó Florido incorporándose.

—¿Y quién responde, mosito?

—Este que tá aquí, viejo — contestó mostrando el cinto—. Como forasteros a ustedes les toca depositar.

—Rasón...

—Con que, vuelquesé no má.

Se cruzaron otras paradas. Manduca se desprendió un cinto lleno de esterlinas y se lo dió a Madeja. Los ponchos de los troperos quedaron cubiertos de oro y plata. El comisario colocó un milico de guardia delante de cada poncho. La gente de la estancia ya no tenía más dinero que jugar cuando apareció el pardo Ramón con dos bolsas repletas de patacones. Y tornó a levantarse un remolino de voces. Por fin Zabana, montado en un flete rosillo con apero de plata, se abrió paso por entre la muchedumbre y propuso:

—Vamo a ver, caballeros, quién me copa este flete soberano con apero y todo, plata 'e ley — y con las piernas tiesas lo hizo girar como un trompo.

—Doy sien libras, apeesé.

—Ya está. Aquí queda el pingo en manos del pulpero. Vengan las doradillas. Si gano me devuelve el pingo por las sien.

Enseguida se las coparon. Todos apostaban con gesto airado como si fueran a pelear. Los estancieros del vecindario se enardecieron y empezaron a jugar fuerte. Y la jugada se hizo general.

Don Bautista había establecido frente a la sentencia una especie de mostrador cargado de botellas de cerveza y caña. En los cajones depositaba las paradas metidas en sobres con el nombre de los jugadores. Seis gurises corrían de un lado para otro vendiendo empanadas. Dos de ellos eran tan chúcaros que pregonaban la mercadería y pegaban una espantada en rumbo contrario, como asustados de su propia osadía. Esto ponía a Pancha fuera de sí. Encarándose con uno de ellos lo increpó:

—Gurí abombau; pegás el grito y juis de miedo que te compren los pasteles, dejuramente. Si pa' eso, pa' venderlos, te los he dau, pedaso de bobeta.

Mangacha y Pepa tenían las mejillas muy coloradas y los ojos lucientes. Habían jugado cuanto tenían y experimentaban, como los hombres, el ímpe-

tu belicoso, la embriaguez enardecedora del juego.

—No nos queda ni un cobre má, ¡pucha digo!— les gritó Saldivia desde el otro lado del camino.

—Lo mesmo estamos nosotro.

Y nosotro tamién — añadió Zabana, al que acompañaban Micaela y sus hermanas, Mansilla y Juan de Dios. Era el grupo más divertido. Allí se bebía caña y licores y comían empanadas y bizcochos.

—Les voy a juntar las cabesas — murmuraba de tiempo en tiempo Manduca, como si estuviese irritado contra los que apostaban, siendo eso lo que él quería.

Llegó Viraqué a media rienda al grupo de Florido; apeándose sin detener el caballo susurró:

—Dise Barranca que van a entrar a las obligadas. Aquí le manda veinte libras pa' que le meta al gateau. Asigura que le gusta de muerte.

—¿Vendemos tres meses de sueldo? — les propuso Florido a los troperos de los otros grupos.

—Vendemo — le contestaron a un tiempo.

Y cada grupo pudo jugar cincuenta libras más.

Salía el overo. El gateau parecía poco ganoso de correr. Bailique, tras de cada partida, apeábase para volver a la soltada. El crédito de la estancia, las orejas gachas, los párpados entrecerrados, lo seguía, tranqueando como sin ganas. En cambio el overo andaba en una pata y tascaba el freno con brío. Ben-

jamín, muy retozón, no cesaba de dirigirle bromas y pullas a Bailique. Éste callaba y se hacía el chiquito.

—No sé qué tiene mi caballo; parese que anduviera espiau — renegó Barranca, y muy prolijamente le examinó los pichicos, las coronas y los candados de los cuatro cascos.

—Qué espiau, ni qué espiau. Si siempre jué medio bichoco el flete — exclamó Benjamín riendo.

—Sale el overo con lus — se decía entre el gentío.

—Bailique está sorreando; verán cuando dentren a las obligadas — aseguró Abrojo incorporándose en medio de su grupo.

Pero llegaron las obligadas y siempre salía el overo. Ya no había quien le jugase ni un patacón al gateado.

Benjamín seguía bromeando.

—Yo que vos, Barranca, montaba y juía. Vas a dejar la pobre peonada de la estansia sin un rial. ¡Cristiano hereje!

A cada partida gritaba: "Vamo", pero Bailique no respondía y sofrenaba.

—Si no soltás voy a pedir bandera.

—¿Y cómo te voy a soltar si no me dejás llegar al cuadril siquiera?

—Te conosco las mañas, sorrito; esta güelta te voy' haser comer cola.

—Con má caballo no es grasia.

Hicieron otra partida fuerte. Cuando Benjamín invitó Bailique se arrolló sobre el gateado y sujetó enseguida. Benjamín soltó y fué a dar a treinta metros.

—Y d' aí, ¿por qué no soltaste?

—Cómo te voy a soltar si güelta a güelta te hasés humo.

—¿Querés que te largue de parau?

—Ni ansina mesmo arriesgás mucho.

—¡Oigalé esa maula! ¿Te confesás redotau? ¡Que habían sido flojo los del Tala Grande!

Barranca puso el perro frente a la raya y dándole una palmada en el anca musitó:

—Vaya, barsino.

El perro salió chato. Al verlo pasar el gateau meneó las orejas y relinchó bajito.

—Esta es la güena. Al montar golpeale la boca con el freno — le dijo Barranca a Bailique — el resto ya lo sabés. Si soltás como hemos hablau le vas a sacar lu. Luego le rascó la frente a su pingo. Era la seña.

Desde que se movió parecía otro caballo. Partieron fuerte.

—¡Vamo! — gritó Benjamín.

—¡Vamo! — replicó al mismo tiempo Bailique.

Fué tan rápida la contestación y la largada que en el pique le sacó medio cuerpo.

—Ya tenés la bala adentro, aura que te la saque el dotor — murmuró Barranca, y montando a prisa corrió hacia la raya con el rebenque en alto profiriendo gritos de júbilo salvaje y compadradas.

—Se vinieron, se vinieron.

—¿No les dije? — vociferó Abrojo — salió el gateau. Bailique viejo lo madrugó al taita Benjasmín. ¡Oigalé esa maula!

—D' ande yerba... ya lo tapó.

—Vienen pico a pico...

—Dudo que te desprendás, overito mentau.

—Pero, cristiano, ¿no ve que viene al freno?

—¡Al freno!... c... fuego dirá.

En medio del griterío oíanse los "jup, jup" de los corredores apilados sobre los parejeros. Bailique, hecho un ovillo, peinaba al gateado con el rebenque a fin de que el overo no le sacara ni el hocico. "No, es al ñudo que quieras picar al freno. No te voy a dar alse en ningún lau. Te tragaste el ansuelo hasta la bolla y aura venís resongando. Resongás al cuete; la espina no te la saca naides".

Benjamín, aunque atufado por el madrugón del zorro, después de igualar se creyó seguro de la victoria y procuraba mantener al overo enterito para ganar por ligerezas sobre la raya, pero Bailique no ce-

saba de hostigarlo. Al llegar a las trescientas varas éste castigó. Poco después Benjamín hacía lo mismo. Pronto los corredores, las riendas entre los dientes, emplearon los dos látigos.

—Aura te quiero ver, overito; ¿ande está el que asiguraba que venía al freno? Tomá freno. Entregaron el rosquete los forasteros...

—Había sido boca susia — le replicó uno de los compañeros del comisario.

—Pa' lo que guste mandar, ¿y d' aí? — replicó Abrojo con voz de trueno yéndosele encima. Saldivia lo contuvo a duras penas porque quería darlo contra el suelo para pegarle unos rebencazos.

—Mirá la carrera, negro, gosala; 'tamos en lo mejor.

Después de un cuerpo a cuerpo reñidísimo el gateado empezó a sacar el hocico, luego la cabeza, por último pasó la raya con un pescuezo de ventaja. Manduca atropelló al Callau gritándole amenazador con el rebenque de gruesa bola de plata en alto y la sotera envuelta en la mano.

—¡Ganó el overo, el overo no má! Mano a la plata, muchachos.

El Callau, como pidiendo silencio, levantó la mano bien abierta, que parecía una diforme araña peluda, y gritó con una vocecita aflautada y rota que nadie le conocía:

—Pa' todos, caballeros, ganó el gateau.

No bien habló cayó al suelo de un formidable mangazo. Era la primera vez que hablaba en el pago.

Se produjo una gritería de voces airadas. Los partidarios del overo atropellaron a los grupos de los ponchos. Los detuvieron las puntas de las dagas. Abrojo revolió la muleta como un ariete y volteó a dos o tres. Pancha le guardaba las espaldas amontonada en el suelo, facón en mano. Parecía una tortuga con la pequeña cabeza fuera de la caparazón.

—¿Y quién es usté pa' sentensiar? ¿Y d' ande saca que nos vamos a dejar esquilar como corderitos ni castigar injustamente como lo ha hecho con el sentensiador, el único que tenía derecho' hablar?— le gritó iracundo Florido a Manduca agarrándole el caballo por las riendas junto al freno.

—Gaucho trompeta, yo te voy a enseñar — respondió Manduca atropellándolo con el rebenque en alto.

Echándose a la derecha el rubio evitó el golpe; de un tirón sentó el caballo de garrones, de otro hacia un lado dió con Manduca en tierra. Al querer incorporarse, un hombre con la cabeza vendada, le pegó un mangazo en el rojo cogote y lo dejó quieto. Luego, levantando abierta la mano peluda, gritó:

—Pa' todos, caballeros, ganó el gateau.

Las carcajadas se mezclaron con los juramentos.

—¡Respeten a la autoridad, respeten — clamaba el comisario—. Abran cancha.

El gauchaje del Tala Grande, rostros iracundos, ceños arrugados, miradas torvas, bocas crispadas y como prontas a morder, lo rodeaban. Los milicos, que había puesto de centinela junto a cada poncho, yacían en el suelo desarmados. Frente a él tenía a Mansilla, y en los ojos le conoció que lo iba a bajar de una puñalada en cuanto echase mano al revólver, y lo mismo Zabana, que se le había puesto al lado y lo miraba siniestramente.

En su bayo naranjo y al galope pasaba Dn. Fausto. Viendo el tumulto se detuvo.

—¿Qué es eso? — preguntó mientras el griterío se ahogaba como en una laguna.

—Nada, Dn. Fausto; una discusión sobre si ganó el overo o el gateau—. Yo creo que fué puesta.

Barranca replicó golpeándose con los puños cerrados el combado pecho, al modo de los orangutanes furiosos. Había perdido el sombrero y la revuelta pelambrera le hacía más grande la cabezota.

—Tuito el mundo vido ganar mi caballo por un pescueso. Tuito el mundo.

—¿Qué dise el sentensiador?

El Callau se adelantó hacia el patrón, tornó a levantar abierta la mano peluda y volvió a repetir con todas sus fuerzas:

—Pa' todos, caballeros, ganó el gateau por un pescueso.

—Entonses no hay que haserle. Haga, comisario, que los perdedores entreguen la plata. Diviertansén, muchachos, pero no armen barullo, porque ya saben que no me gusta — y tomó el galope.

VI

POR la noche, mientras se jugaba al truco en la pulpería y el galpón de las esquilas, se bailaba en la casa de los mayordomos, los capataces y los ranchos. Sobre las negras paredes de terrón destacábanse nítidas las pupilas rojas de las ventanas. De tiempo en tiempo enturbiábalas la mancha tobiana de una pareja. Trenzas de oro o de azabache, cintas celestes o coloradas, golillas de todos los colores, ropas claras de las mozas, trajes obscuros de los hombres danzaban en abigarrado torbellino. Polcas con relación, mazurcas, valses vertiginosos, milongas querendonas y, de largo en largo, un nacional. En las puertas se amontonaban los mirones que no se mezclaban en el rítmico y sonoroso turbión. Las patronas seleccionaban a los bailarines escrupulosamente, y entre los mismos ranchos se establecían rigorosas jerarquías. Así, algunos paisanos que bailaban en la casa de Micaela, no hubieran podido hacerlo en la

casa del mayordomo. Los troperos sí, tenían entrada libre y eran recibidos con júbilo en todas partes, menos Juan, por el aquel de ser tizón, como decía él afligido. En el rancho de Pancha bailaban algunas paisanitas de cierta categoría y hasta Mangacha y Pepa alguna que otra pieza, porque la negra era mujer de mucho respeto y no permitía que nadie se propasase, ni siquiera Florido y Zabana, que eran los más diablones. Y después estaba Abrojo.

Sonaban las guitarras y los acordeones. Hasta las llamas cloróticas de las velas de sebo parecían danzar. Sólo el cuadro permanecía obscuro, recogido y silencioso como el claustro de un convento. El patrón tomaba el fresco sentado en el brocal del aljibe, mientras la peonada y los forasteros se divertían. El pardo Ramón hacía tiempo que había cerrado los portones. La música y el bullicio llegaban al patrón como con sordina. Aquel sitio y aquella soledad le eran muy gratos. En las noches muy calurosas, cuando no tenía que madrugar, sentábase allí y se pasaba las horas contemplando las estrellas, sus amigas. Conocía a las más visibles, como hombre que había caminado mucho de noche y sin más guía que ellas. Y aun sin ellas sabía rumbear. En las madrugadas obscuras o neblinosas arrancaba al trote largo delante de los peones y sin la menor vacilación llegaba al sitio que se proponía, causando el asombro de aquellos

gauchos acostumbrados a marchar de noche, pero al trotecito y tanteando. Llegaba a una portera; diez metros antes ponía los caballos al paso y ordenaba abrirla. "¿Cómo sabe que' ta ahí cuando no se ven ni las orejas de los mancarrones"?, preguntábase el tape Britos, siguiendo los faroles del coche.

—Patrón, hemos perdido el rumbo — solían advertirle alcanzándolo Dn. Froilán y el Mellau.

—Los que están perdidos son ustedes; vamos bien. Sigamén no más — contestaba, y proseguía la marcha.



A veces pensaba que del fogón primitivo habían salido muchos fogoncitos, que eran como el símbolo cada cual de una familia. Y dentro de su ingénita modestia sentíase orgulloso de ser el númen tutelar de tantas. Hacer el bien, darle de comer a mucha gente, auxiliar al menesteroso, dejarle una gran fortuna a Faustito eran los versículos de su evangelio. En el fuerte instinto de posesión, signo de potente vitalidad, de aquel hombre simple y bondadoso, que se traslucía en amor del trabajo y de la tierra, entraban como ingredientes en no pequeña porción, principios morales que nadie le había enseñado. El despliegue

de sus energías le era tan necesario como el juego a los niños. Experimentaba tanto gozo domando el campo bruto y transformando la estancia cimarrona en industria civilizada, como de mozo domando potros *reservaus* y haciendo de ellos pingos de llevar una moza en ancas.

La luna maga convertía el agua dormida en azogue. Don Fausto dió algunos paseítos por el cuadro, vió si Faustito dormía y subió a la azotea y luego al mirador. Casa de azotea y mirador era lujo inusitado por aquella época en el campo y aun en los pueblos. Corría un airecito manso y fresco. Tendió la vista en derredor. Los confines del Tala Grande se dilataban más allá de los horizontes de plata. ¡Ochenta suertes de campo! Sintió, como siempre que subía a la azotea y espaciaba la mirada en torno, una sensación de plenitud vital. "Linda cosa desirse todo esto es mío", pensó respirando una gran bocanada de aire. A veces, desde aquella altura, siendo más pequeño, le enseñaba a Faustito a distinguir los ásperos cerros, los puestos más próximos ahorquetados en el lomo de las cuchillas, y en lontananza al sur, el monte del Río Negro. Cierta vez, teniéndolo en brazos para que viese mejor, lo interrumpió el niño preguntándole con inocente crueldad:

—Papá... y después que tú te mueras todo esto será para mí, ¿no?

Por la mente de Dn. Fausto cruzó fulgurante la idea de arrojarlo de la azotea abajo, pero se dominó enseguida y, estrechándolo más, respondió dulcemente:

—Sí, mi hijito...

—Yo seré el dueño, el que manda...

—Claro... ¿Pero tú no querrás que me muera yo prontito para ser tú el dueño?

—¡Ah, no, papaíto! — replicó el niño echándole los brazos al cuello—. Yo no quiero que te mueras nunca, nunca.

—¿Entonses?...

El chico se encogió de hombros, miró al campo y tornó a abrazarlo.

—"Pobresito, aun me prefiere a todo, después...".

—Yo tengo mi estansia. Se llama el Tala Chico, pero es muy grande. Si querés vamos a medias en las dos y así no tiene nesesidad de morirse ninguno. ¿Qué te parese? Vení, te la voy a enseñar — y conduciéndolo de la mano le mostró en un rincón del patio su establecimiento—. Ahora estoy concluyendo las aguadas. ¡Pucha que dan trabajo!

Las vaquitas, los caballos, las ovejas eran de madera. Los diminutos alambrados de palitos unidos con hilo de coser; los montes de ramitas clavadas en el suelo. El campo estaba dividido en potreros como el Tala Grande. Por aquí y allá veíanse algunas casitas

de juguete, los puestos, estratégicamente diseminados; luego un apretado caserío, la estancia. Allí, en su mundo mágico, remedaba Faustito lo que veía hacer en la estancia. No faltaba ni el Río Negro. Sobre todo ello le dió a Dn. Fausto prolijos detalles. Oyéndolo éste pensaba: "Hase lo mismito que yo".

—¿Y cuántas cuadras tiene tu campo?

—¡Huy, miles, lo mismo que el tuyo — y lo miró no muy seguro de que Dn. Fausto lo creyese.

—Es grande.

—Ya te creo, y lo voy agrandar más comprándole a los vesinos.

"Lo mismito que yo", tornó a repetirse don Fausto.



Una mujer, que se acercaba a las casas, lo sacó de sus reflexiones. Aguzó la vista. En la diestra traía el pesado rebenque de Ramón. Lo reconoció por el pesado puño de bola y los gruesos pasadores de plata. Por entre los barrotes de la ventana el pardo le alcanzó la llave del portón. Ella lo abrió sigilosamente y enderezó al dormitorio de aquél. La puerta estaba entreabierta. Entró y volvió a cerrar.

"¿Qué significa esta extraña maniobra?", preguntóse Dn. Fausto. Ignoraba la tiranía sultanesca ejer-

cida clandestinamente por Ramón sobre el chinerío de la estancia, en particular sobre las mujeres que lo ayudaban en la cocina y el amasijo, de las que exigía absoluta sumisión en cambio de los favores que les hacía: regalos de comestibles, permiso del patrón para tener en el campo algunas vaquitas, que se multiplicaban prodigiosamente, dádiva de algún potro.

En la puerta de las negras, pardas o chinas de sus rodeos, clavaba Ramón un clavo. Todas las tardes se daba un paseito a caballo y colgaba el rebenque de alguna puerta en signo de amor y autoridad. La hembra elegida le traía sumisa el rebenque por la noche, entre nueve y diez. De madrugada el pardo se hacía cebar mate, regalaba a su pareja con bizcochos, guayaba, chocolate y otras golosinas, y antes de aclarar la hacía partir. No se mostraba celoso ni averiguaba si sus odaliscas le eran fieles o no. Lo que exigía era obediencia, la traída del rebenque, como signo de amorosa sumisión, y además que fueran, mientras compartían su lecho, complacientes, alegres y ardorosas.

Sólo las muy acreditadas con el patrón, como Pancha o Micaela, resistían a los caprichos donjuanescos del pardo. A las otras la necesidad las hacía claudicar y se entregaban ellas o, llorando, le entregaban a sus hijas. Nadie se atrevía a delatarlo porque era mal enemigo; no se paraba en barras para dañar y

todos conocían el ascendiente que, sirviéndose de embustes y artimañas, ejercía sobre Dn. Fausto. Los mismos mayordomos y capataces lo adulaban. Ramón se complacía en hacerles sentir a chicos y grandes su poder, particularmente a las chinas y a los que juzgaba incapaces de retobarse. A los otros, que eran la mayoría, muy rara vez les llevaba la carga. Dábase cuenta cabal de que el pleito, en última instancia, se resolvería a facón, y aunque valiente y muy pendenciero de mozo, al entrar en la edad provecta le había tomado mucho apego a su regalada vida, temiendo además que hubiera escándalo y que el patrón se enterase de sus tejes y manejes, porque de seguro habría estaqueadura o cepo como le había acontecido cierta vez que castigó a un turco mercachifle bárbaramente y sin motivo alguno.

—¿Por qué has hecho eso? — le preguntó.

—Tenía el diablo en el cuerpo, patrón.

—Está bueno; yo te lo voy a sacar. Te hago un servisio. Si te entregara a la polisía sería peor. Sabés que, hagás lo que hagás, no te voy a despedir, y abusás. Quiero haserte saber tamién que si la hasés la vas a pagar, y que yo no soy hombre de dejarme llevar por delante ni por ti ni por nadie.

Y sin irritarse, como quien cumple un sagrado deber, como le corregía a Faustito sus travesuras, ordenó que lo estaqueasen hasta hacerlo gemir y que el

turco le propinara cincuenta azotes. Cuando lo llevaron a su dormitorio ya estaba allí esperándolo la sorda médica, con los ungüentos y la salmuera. Durante quince días lo tuvo recluído, encargándose de la cocina Pancha. Esto hizo sufrir al pardo más que la estaqueadura y los azotes.

VII

EL torete enlazado salió de entre la hacienda hecho un ovillo, desenredándose en corcovos y gambetas. Un pial de volcao trazó en el aire fulgurante garabato. La armada verticalmente abierta por un movimiento enérgico y diestro de la mano gaucha, fué a buscar, como obedeciendo a una atracción irresistible, los miembros del animalito y subió cerrándose cada vez más hasta las rodillas. Luego un tirón mayúsculo y preciso lo hizo dar tremenda voltereta y medir el suelo con todo el lomo.

—¡Rubio bárbaro pa' el seco! Le sonaron las tabas al guacho — exclamó alguien.

Cuando lo sujetaron para castrarlo y ponerle la marca, Florido dejó el lazo y salió de la manguera de palo a pique, la cabeza baja, los brazos entreabiertos y medio arrollados en forma de asa, el paso breve y pulido. El sudor le pegaba la camisa al cuerpo, haciendo, junto con el culero que le ceñía las cade-

ras, más fina su ya esbeltísima silueta. Iba remangado de piernas y brazos; el chiripá muy subido, el pie desnudo. El broche del tirador, adornado con monedas de plata y oro, parecía ponerle una corona de estrellitas en el ombligo y delataba la presunción gaucha, que se manifiesta aun vestida de harapos.

A unos veinte metros de la tranquera, junto a los palos, había una ramadita. A su sombra D.ª Justa freía tortas y buñuelos para obsequiar al paisanaje, mientras Mangacha repartía caña y agua fresca a los que llegaban hasta ella chorreando sudor, sedientos y mascando polvo.

—Si me dan un poco de agua... Vengo echando los bofes. ¡Qué solaso! Lindo pa' secar orejones, ¿no le parese?

—¡Ave María!, tome antes un trago 'e caña; de no, se va' pasmar — observó D.ª Justa—. Si está hecho una sopa.

—Pasmarme... ni que fuera pan resiensito sacau del horno. Pero ya que usté me invita...

En los bailes que dieron en todos los ranchos de la estancia, festejando el triunfo del gateado, y luego en las fiestas de las hierras, los comentados amoríos de Mangacha y Florido pasaron por variadas alternativas. Él se divertía en darle cocos y hacerla rabiar y ella no podía devolverle la pelota, porque era *pa' pior*. El amor propio la llevó a mostrarse hu-

raña y díscola con el veleta, sobre todo cuando había testigos. Por nada del mundo quería que se fuese a creer... Estando sola con él solía hacerle reproches más o menos velados o se mostraba tristona. Entonces él la miraba con grande ternura.

—A usté le gusta atormentarme, ¿por qué?

—¿Porque me divierte chacotear con las mosas?

—Dejuro.

—No crea, prienda; no lo hago adrede.

A Mangacha le chispearon los ojos; entreabrió los labios y luego, dominándose, se alejó sin decir palabra.

—Mirá, rubio, que te estás pasando — le dijo un día Pancha a Florido—. No confundás la puerta con la ventana. Divertite con las otras, pero a Mangacha respetámela, porque de no vamo a tener una de a pie.

—Pero si es la única que me gusta.

—¿Y por eso andás güelta a güelta prendido del hosico hasta de las amigas? Había sido sinvergüensa de veras. No te riás, porque la cosa va de veras. En cuanto te descuidés te echo de la cosina.

Y lo decía como si lo amenazara con echarlo del paraíso.

—Ya estoy arrepentidaso, y aura digamé lo que debo haser pa' contentarla.

—No te hagás el chancho rengo; vos lo sabés me-

jor que yo. Pero tené cuidau, rubio; no te vayás a topar con el horcón del medio. Si la queré, y la queré no má, aunque te des corte de que no, ennoviate enseguida y dispué te das una güeltita por la iglesia. ¿Qué desís?

—Lo pensaré — contestó Florido muy grave, y soltó la carcajada y salió disparando porque Pancha se agachó buscando una piedra.

Por su parte Mangacha empezó a hacerle desaires y a coquetear con otros mozos. Pero él no se daba por aludido. De vuelta de los bailes la linda morocha no podía dormir.

Más amable que de costumbre, le dijo:

—Había sido güen pialador; no ha errau ni un tiro de laso. ¿Quiere un amargo?

—Siendo de su mano ¿cómo no? — y luego, clavándole los ojos, dos pocitos de malicia, añadió—: Entonses me ha estau llevando la cuenta 'e los piales? Yo créiba que no me quería mirar siquiera... Vean cómo son de engañosas las mujeres.

A Mangacha le salieron dos auroras en las mejillas. Era acentuadamente morocha, tirando a china. Mirándola de cerca, bajo la epidermis turbia parecía tener otra piel rosada. Florido la contemplaba con deleite. Aunque menos alta, poseía tan lindo cuerpo como Micaela, y en el rostro, perfecto y típico de la

criollita, un frescor de fruta. Hizo un gesto de impaciencia y respondió medio amoscada:

—A que se va a creer, y siempre buscándome la lengua. Le gusta enojarme al ñudo. Tome esta torta calentita y dejesé de agachadas.

—Asertó, tesoro; me gusta haserla rabiar, no al ñudo, sino porque se pone lindasa.

—No ve, mama; dígalé que no sea cargoso y engreido.

—Venga, Florido, — dijo la china, fresca y apetitosa aunque sobrada de pulpas — sientesé aquí, a mi lau, y estese quietito. Tiene rasón m' hija; en tuita ocasión l' anda toreando. Si ella juera yo, te ibas a divertir, rubio.

Florido devolvió el mate, adoptando después una actitud quebrachona: el sombrero sobre la nuca, ambas manos apoyadas en las caderas, una pierna adelantada y todo el cuerpo cargado sobre la otra. Chorreándole la risa por la barba de choclo, contestó:

—Disen que pa ser güenos amigos hay que pelearse primero. Yo maliseo que, a lo mejor, esta mosa y yo vamo a salir queriendonós. Estoy con gana de gritarle envido a ver si sobre el pucho me responde quiero.

—¡Pa' los pavos que está apurau el rubio! Dejuro se ha figurau que tengo un quiero en la punta de la lengua pa'cualquiera que me diga envido. Si se creerá

que soy como la parda Micaela. Grasias po' el favor.

—Bien retrucau — exclamó D.ª Justa con grande complacencia—. No, si no se la v' a llevar d' arriba.

—Sé que no para a mano y por eso mesmo la apreseo má. Diga, morocha, ¿cuándo me lo va' dar?

—¿El mate?... aquí lo tiene. No se vaya a quemar la boca.

—No, el sí...

Mangacha se encogió de hombros. Sus ojazos, que tenían el fuego de los diamantes negros, le pegaron al gaucho como dos trabucazos a boca de jarro. Florido ni pestañeó.

—¡Qué calor! — exclamó ella para cambiar de conversación.

—Y estando la mar tan serca...

—No sea atrevido, porque le voy a dar con la caldera entre las guampas.

—¿Entre las guampas?... ¡qué barbaridá! Pero si tuavía no nos hemos casau, prienda.

Florido desvió un poco la cabeza sin dejar de sorber el mate. La caldera pasó describiendo espirales de agua hirviendo y fué a estrellarse contra los postes de la manguera.

—Mangacha, ¿te has vuelto loca? Válgale la vista, Florido.

Éste recogió sin apurarse la caldera y se dirigió a Mangacha siempre con la bombilla en la boca. Ella

permanecía como petrificada, una mano en la cabeza, la otra sobre los menudos pechos.

—Aura pa' que la perdone y seamos amigos como el día 'e las carreras, ¿ricuerda?, yo siempre me acuerdo, me va' regalar ese clavel que lleva en el pecho.

La moza, temblando, le entregó la flor. Mirándose tierna y hondamente se entraron cada uno en el otro por la puerta de los ojos y a los dos les pareció que se veían por primera vez. Tomaron asiento sin decir nada. Silencio preñado de confesiones. Doña Justa tomó la palabra.

—Ansina me gusta, sentaditos juntos como dos novios d' adeveras. ¿A qué andar tirándose al codillo si ustedes han nasido pa' quererse y no pa' pelearse? No hay más que mirarlos. Y qué pareja de apalear porotos. Porque si usté, Florido, es, como hombre, que ni pintau, Mangacha, como mosa, no tiene desperdisio. Siendo así es cosa boba cosearse al ñudo. Vos, Mangacha, debés ser menos arisca y ligera pa' la pata. Y usté, Florido, menos busca pleitos. Yo sé que todo es floreo, arrastrar el ala, pero creamé — agregó haciendo un guiño cargado con toda la gramática parda adquirida en los campamentos — llega má pronto a conseguir lo que codisea el que hase rir que no el que hase llorar. No olvide que a

las mujeres nos gusta que nos hagan cosquillas...

—¡Por Dios, mama!...

—No te espantés m' hijita; hablo de las cosquillas en los oídos, no en los sobacos. Ya sabés que ni soy ni me gusta la gente safada, aunque sí, y muchísimo, la alegre. El gaucho lindo debe ser liberal, retosón, dicharachero y enamorau. Hombre entre los hombres; rendido entre la mujeres; juerte pa' el trabajo y la diversión; güen bailarín y güen pialador, quiero desir, campero y ladino. El paisano atorau me apesta. "¿Qué gusanera tendrá?", me digo, y me dan ganas de darle güelta la pisada. El augarse en poca agua, pa' lo gringos chapetones. El gaucho verdadero nunca se enrieda en las cuartas; sabe cuerpear la mala suerte y jugarle risa a todo, como quien anda siempre bien montau. Aura el paisanaje no es tan alegre como en mi mosedá. El rancho en que yo me crié era el más divertido del pueblo. Mis hermanas y yo, siete por junto, lavabamos y planchabamos todo el santo día la ropa de los melicos. Viviamos muy serquita de un cuartel. Por las noches baile. Y al baile cáiban los ofisiales, los troperos del Tala Grande, gente de mi flor, y los mosos más destenguidos de la sosiedá. Y cómo no, si las siete eramos lindas y de güen trato. Los pretendientes se venían como las moscas al dulse. Y a eso iba, Florido; siempre le llevabamos el apunte al más alegre y disidor.

Tengaló por sabido: el que hase rir a una mosa ya le ha ganau el lau del enlasar. ¿No aprueba?

El gaucho la oía con delectación. Cuando terminó, se dijo: "China tora", y luego en voz alta:

—Hay muchas maneras de matar pulgas. A mí se me hase que mucho dulse pica los dientes. Al que se muestra muy rendido las chinas lo dejan de lau, como cosa sigura de la que, en cualquier apuro, se puede echar mano pa' remediar. Es como el mancarrón nochero, siempre al palo y al que chicos y grandes le pueden poner el basto. El pingo no se deja jugar las lloronas por cualquiera. Qué quiere que le diga, patrona. Apruebo los caramelos y el mucho amor, pero con un poco de juersita.

—¡Oigalé al rubio! Había sido dotor de letra menuda — declaró D.ª Justa, y soltó su carcajada, redonda, cristalina, que no cesaba sino con sus fuerzas; una carcajada de muchos rollos, según decía Florido, que iban deshaciéndose en el aire uno tras otro, hasta quedar estirado todo el lazo.

—A mí me gustan má las naranjas que los limones — se atrevió a decir la morocha, avergonzándose luego de su propia osadía.

—A mí al revés — replicó el travieso Florido clavándole la mirada en los túrgidos pechos — me gustan má los limones...

Ella bajó los ojos y enrojeció. Entonces la mirada del gaucho tornóse dulce y casta.

Doña Justa lió un cigarrillo de tabaco negro con anís, lo encendió en las brasas y se absorbió en los recuerdos amatorios de su despreocupada y gozosa juventud, plena de amoríos y peripecias sentimentales, que terminaban siempre bien, porque aparte sus encantos físicos, había sido por naturaleza bondadosa, conciliadora; sabía hacerse querer y respetar y tenía el don de romper amistosamente, sin causar celos ni tragedias, a pesar de ser sus amantes gente de pelo en pecho, milicos o gauchos. En una revuelta las siete hermanas fueron a dar a los campamentos, únicas escuelas que frecuentaron y donde aprendieron una ciencia de la vida zumosa y honda que no enseñan los libros. Las marchas y las contra marchas; las heladas y los solazos; las aventuras, los peligros, la existencia patética y pintoresca de las montoneras les producía a todas, en medio de las fatigas y los sustos, atracción irresistible y ácido gozo. Pero la pasión partidaria y guerrera no las llevaba hasta la crueldad. Sentían tanta satisfacción del amor propio en ser lindas como el que las tuvieran por más coloradas que sangre de toro... Por serlo no le hubieran concedido sus favores a ningún blanco, y ahí concluía el partidismo. Con el mismo espíritu piadoso cuidaban, cuando venía a pelo, a los heridos

de uno y otro bando, raras veces, porque ellas no se sentían enfermeras sino chinas y juzgaban sus funciones de más alto rango que las de aquéllas. En efecto, el amor y la alegría tenían conspicuas misiones que cumplir en los campamentos. Donde quiera que estuvieran las siete hermanas, que un oficialito medio poeta llamaba "las siete estrellas cabrillas del escuadrón", por diferenciarlas como merecían de las otras chinas, oíanse las risas y el guitarreo, nunca las disputas. Era para la soldadesca un espéctaculo consolador, una promesa de dicha que, entre tantas zozobras y rondar de la muerte, reconciliaba con la vida.

Florido se incorporó.

—Pero no se vaya tuavía, cristiano. Si no ha tomau arriba de tres mates. Aguarde a la media dosena.

—Los patrones van a desir que estoy hasiendo sebo.

—Voy a pedirle un favor.

—No pida, tesoro. Soy un esclavo, mandemé.

—Eso sí, a comedido no se la gana naides.

—Tengo un potro pa' domar. Disen por ai que usté tiene muy güena mano. ¿Quiere darle los primeros galopes? Y me lo entriega redomón, no má.

—Y cómo no. Se lo entregaré, no redomón, sino bien manso y aseadito pa' andar.

—L' arvierto que es muy bellaco. A los domadores de la estansia los ha basurau a todos. Por imposible lo han dejau. Tiene como ocho años. Yo se lo pedí a padrino, pensando que usté podría sacarle el diablo del cuerpo y acomodarlo. De no, sólo va' servir pa'l cuero.

—¿Es un pampa machaso?

—El mesmo.

—Lo conosco, lo vide bajar a tres domadores y tamién a mi cuñau Sabana, que es jinetaso. Corcovea feo. Pero con las nasarenas y charqueando un poco...

—Yo sé que usté no charquea.

—Es verdá, no suelo prenderme de las cabesadas como gringo mamau. Pero cuando nos desacomodan tuitos charqueamos.

—¡Guarda!, ¡guarda!... — gritaron varias voces.

Un toro recién castrado había atropellado la tranquera y embestía furioso al grupo de Florido y las dos mujeres. Éstas lanzaron un grito y quedaron paralizadas. Florido saltó por encima del fogón y esperó al toro agachado y con los brazos abiertos. Al bajar el testuz para tirar el derrote, el rubio se le arrojó sobre la cabeza y abrazó a las astas arrollando las piernas para no tocar el suelo. Aquel peso que le cayó en la cerviz hizo que la bestia se detuviese cabeceando desesperadamente. El cuerpo de Florido subía y bajaba. De pronto el mozo clavó los pies en

la tierra; los músculos se le amontaron en las pantorrillas, los muslos y los brazos; las manos, como garfios, se prendieron una del hocico, la otra de un cuerno del toro. Después de forcejear breves instantes, Florido le torció violentamente la cabeza y lo volcó casi a los pies de Mangacha. De un salto quedó ahorquetado sobre el cornúpeto, que emprendió la carrera corcoveando bajo una lluvia de azotes. Cuando, vencido y con la lengua de fuera, tomó un humillado galopón, Florido pasó la pierna por encima del lomo y se dejó resbalar por los costillares suavemente. Dos peones venían corriendo detrás de él. Uno le traía el caballo. Iba a empezar la capación de los toros chúcaros, y el mayordomo lo mandaba llamar. Montó de salto y a media rienda, armando el lazo, inclinado sobre la derecha y la pierna izquierda abierta y dura, sin mirar a las chinas, atravesó la tranquera. Mangacha vió emocionada que entre los dientes llevaba el clavel punzó. Permaneció estática algunos instantes. De pronto se cubrió la cara con ambas manos y refugió en el regazo de D.ª Justa.

—¡Ay, mamita, no sé lo qué tengo! — gimió.

—Llorá, m' hijita, llorá — musitó la china conmovida—. Yo sé lo que son esas cosas: lágrimas de almibar, lágrimas de miel. ¡Quién pudiera llorar ansina tuita la vida!...

VIII

EN el rancho de Casilda se bailaba todos los sábados, ya dentro, ya fuera de él, según el tiempo y la cantidad de los bailarines. Los tertulianos traían la caña, la ginebra y el guindado. De tiempo en tiempo cesaba la música y las parejas se paseaban conversando por el patio, un espacio de tierra limpio de pasto y bien apisonado. Las hermanas de Micaela lo regaban a menudo para que no se fuese en polvo. Ella cuidaba las plantas que adornaban las sórdidas ventanas del rancho. Las flores sobre las paredes lóbregas, eran como la risa en el rostro enlutado del Tizón. Aunque menor que sus hermanas tenía gran ascendiente sobre ellas, un poco por ser la más linda, inteligente, voluntariosa y honesta— en esto último las otras, que no lo eran, ponían una especie de punto de honor — y otro poco porque era la que entendía mejor a la madre, sorda y casi muda. Micaela les traducía sus guturales gritos y ademanes

sibelinos a las hermanas y los forasteros, que venían a consultarla. La vieja, alta, flaca, de ojos de lechuza y boca desdentada, tenía sus puntas y ribetes de médica y adivina. Aseguraban que sabía predecir la suerte, indicar el rumbo de una hacienda robada, curar el mal de ojo y hacer, como nadie en el Tala Grande, bizcochuelo, queso criollo, chorizos, dulce de leche y mazamorra. Sólo Pancha le mataba el punto en las empanadas y los buñuelos. Aquel rancho no tenía ni había tenido nunca jefe. Casilda y sus cuatro hijas lo hacían todo, desde el ordeñe hasta el amasijo. En los quehaceres domésticos la curandera mostrábase exigente y aun despótica. No admitía dilaciones ni rezongos. Si alguna de sus hijas mañereaba prorrumpía en desatentadas imprecaciones, que a ellas se les antojaban venidas del otro mundo. Fuera del gobierno de la casa, dejaba que cada una de las muchachas — así se llamaban ellas mismas a pesar de haber dos que habían pasado de los treinta— hiciesen lo que mejor les pareciera. Noviazgos y chicoleos, risas y lágrimas, bailongos y farras, la vida afectiva y las costumbres licenciosas de su prole no la hacían mosquear siquiera. Los pretendientes y los amantes entraban y salían y ella parecía no verlos, ignorar su existencia; sólo de vez en cuando ponía la mano abierta cerca del suelo, y luego, irguiéndose y con el índice levantado, hacía signos de enérgica

negación, lanzando a la vez miradas fulminantes y airados gritos:

—Guasch, nooh,...— que quería decir "Guachos, no".

Cerca del rancho de las Gatas, así las llamaban por el óvalo gatuno del rostro y lo engatusadoras, corría el Caraguatá, un arroyito que hacía gorgoritos como un sabiá. Ponían la gama de sus verdes en las orillas algunos árboles indígenas de los más frondosos y eminentes, que Dn. Fausto había prohibido hachar: sauces criollos, sombras de toro, viraróś, coronillas. Allí lavaban la ropa y se bañaban las pardas. Eran muy aseadas y presumidas en el vestir. Siempre lucían lindos trapitos, uñas sin luto y la melena lustrosa.

Les gustaba bañarse, caso raro entre el criollo hembraje. Por las tardes, concluída la faena, entre dos luces, iban tirándose de cabeza al agua. Como tenían lindo cuerpo, piernas finas, duros pechos, o simplemente por falta de pudor, no se recataban las unas de las otras, ni tampoco hacían gran caso de los transeuntes que, camino de la estancia, pasaban a corta distancia del otro lado del arroyo. Cuando era algún conocido, sumergidas en el agua, saludábanlo con la mano, y si estaban en la orilla en camisa o en cuerpo ocultábanse sin apuro ni aspavientos entre los árboles o se arrojaban de nuevo al arro-

yo. Un torbellino, una zambullida y reaparecían en la superficie sacudiendo la apretada melena. Desnudas tenían el color de las tarariras. Los paisanos, que las veían de pasada, sentían como una corriente eléctrica desde los pies hasta las raíces del pelo y en la retina les quedaba para siempre una imagen encantada.

Los hombres del Tala Grande las querían bien, porque eran muy liberales y divertidas y nada apuradas para cobrar los lavados. Entre el mujerío gozaban de menos simpatías, tildábanlas de alegronas en demasía a ellas y de escandalosos a sus bailes... los más concurridos. A veces las parejas salían al terroso patio y luego, platicando bajito, se alejaban y perdían entre los árboles del Caraguatá. La gata vieja, sentada en un banquito fuera del rancho, fumaba, tomaba mate de leche y no veía nada o no quería ver.



—Disen que te vas a pasear por ai — le preguntó Micaela a Florido.

—Mañana mesmo. Concluyeron las hierras y hasta el otoño no tropeamos. Me han dau unos potros pa' domar; ya los he galopeau a todos y me voy a pasear con mi tropilla de redomones por delante.

—¿De rancho en rancho?...

—Ansinita mesmo; chineando los arrosino.

Todos los años por aquella época sentía Florido la necesidad imperiosa de libertarse de toda sujeción e irse a gauchear. Le pagaban dos libras por cada potro domado. No era la apetencia de lucro el impulso que lo llevaba a caminar. Una especie de aura emigratoria, el ímpetu irrefrenable de sentirse absolutamente dueño y señor de su persona y cambiar de querencia por algún tiempo, lo impelía a vagabundear. Por otra parte, tenía muchas relaciones y le gustaba cultivarlas. En todos los ranchos lo veían llegar con el mismo júbilo que a la lluvia durante las secas.

—Entonses a vos no hay por donde agarrarte, aunque te den cariño... y mate 'e leche.

—¿Aquerensiarme con palabritas dulses no má? No, prienda, no las voy. Vos te crés que soy Sabana o Mansilla o Lusero o Juan... A tuitos los tené engatusaus y a ninguno le aflojás laso. ¿Querés entropillarme a mí tamién?

—Con los otros no voy como con vos, y vos lo sabés. No tengo la culpa si se engríen sin rasón. Mirá Juan, ¿cómo ha llegau figurarse, el pobre, que yo podía ser para él otra cosa que una güena amiga?

Iban caminando hacia el Caraguatá, Zabana y

Mansilla marchaban delante con sus compañeras.

—¡Engatusarlos...!, mirálos no má.

—Sí, andan prendidos con tus hermanas, pero te quieren a vos y vos les coqueteas.

—Entonses no tengo perdón de Dios — y reía.

—Eso digo yo.

—Estás errando feo la picada, rubio. Soy ansina, dada y dicharachera con todos, pero no hago nadita por engatusarlos. ¿Te crés que mis hermanas iban a permitir que les jugase susio? No las conosés... Capases serían de curtirme a asotes. Pero están hartas de saber que no quiero seguir el camino de ellas; hoy de éste, mañana del otro; yo sólo seré de uno; tengo hecha mi elesión.

Y poniéndose muy grave y arrimándose más a él, continuó con los ojos verdes, de extraña luminosidad, clavados en el cielo rosillo de estrellas, pero claro:

—Quiero a un gaucho má florido que un rosal, pero ese me despresea porque gusta de otra.

—Te conosco mascarita y no te creo; si no hay *pruebita* no hay amor.

—Tomá rubio — contestó ofreciéndole la boca, que él exprimió entre sus labios como una jugosa naranja.

—¡Mi chino!...

Parecía de fuego. Con los ojos revueltos y toda

tremante, en un erótico chucho, se colgó de Florido como de un árbol. Él la estrujó, medio con rabia, entre los brazos y sintió contra el suyo, de abajo a arriba, el cuerpo fino, flexible y tibio de ella. Sin cura de las parejas que los precedían, el rubio se dejó caer con su preciosa carga encima sobre el mullido tapiz del pasto. Oyóse, en medio del temeroso silencio de la noche, desgarrada y sorda queja y después susurro de suspiros y besos.

—¡Entonses habías sido!...

—¿Qué te creías?; hasía añitos que te estaba aguaitando. Y vos sin cosear siquiera. Y eso que en cuanto me agarrabas pa' bailar me temblaban las carnes y me cubría de sudor. Naides veía nada, ni mis hermanas, que son tan ladinas. Yo solita con mi amor desde los quinse a los veinte, que tengo aura. En la estansia tuitos me creían perdida dende que nasí. Y yo reservándome pa' vos, en medio de las dosenas de paisanos que me han arrastrau el ala. Eso no estaba en tus libros, rubio.

—No.

—Y es ansina.

La voz sonó de nuevo, grave y opaca.

Juan y Lucero echaron a andar hacia el arroyo.

—Mentí el otro día cuando te dije que no me importaba nadita de ella; la sigo queriendo a pesar de estar trensau con la hermana y de andar cortejando

a Pepa. Pa' mí que me ha ligau como a vos mesmo, Sabana y Mansilla. Justina me asiguró que no había tenido enredo con naides y que sólo gustaba del rubio. Estamos frescos. ¡Y vos que te venías en fija con tu collar! ¿De' ande sacaste que iba a entregarse a vos cuando nos saca el cuerpo a tuitos en cuanto nos queremos resbalar?... Mucho "dentrá pa dentro", mucho "asientaté", mucho "te voy a pegar ese botón", pero de ái no pasa. A mí me lo dijo clarito no má. "Amigos, güeno, pero si pretendés otra cosa apuntá pa' otro lau".

El pardo se le había dormido a la caña y estaba muy locuaz. Hablaba accionando, lo que no hacía nunca sino bajo la influencia del alcohol. Entonces se le desataba la lengua, y de noblote y retozón tornábase busca pleitos y avieso. Había pegado algunos tajos y tal cual chirlo en las pulperías del pago, y como casi todos los peones de la estancia tenía sus cuentas que arreglar con la justicia.

—Yo créiba, mi invitaba a yerbear tuitas las noches; me palmeaba en el lomo cuando le tráiba frasquitos de olor y pañuelitos bordaus del Paso, y me encargó el collar. Y yo se lo regalé no má. ¡Cristiano sonso! Pegué el tirón antes de pialar y me dí contra el suelo. Me desía con esa vos de tersiopelo, que es una carisia: — "Juan, t' estoy preparando una novia de mi flor". Yo me sentiba morir de gusto, creyendo

que era ella mesma y luego resultó ser la negra Juana. Pa' negros conmigo basta y sobra, ¡qué pucha!... Y lo pior, hermanito, es que no me puedo sacar el laso.

En otra ocasión Lucero se hubiera revolcado de risa, pero como estaba bramando en el mismo cepo, sólo preguntó:

—¿Y aura?

—Y aura gemir en las estacas no má. Contra el rubio no voy a dir, contra el gusto de ella sería al ñudo; contra Sabana, Mansilla y vos tampoco. En este juego compriendo que soy la última carta, pero no el único refugau. Eso me consuela, ¡seré desgrasiau!. Pero, ¿qué querés que haga en esta penca un negro jetón como yo? Comer cola. ¡Si yo tuviese mucha plata!... La plata blanquea al más tisón.

—La vieja Casilda sabe ande hay... enterrada. Me dijo Justina que pide sien patacones po' el secreto.

En los ojos del negro hubo como una iluminación.

Regresaron ansiosos, plenos de extraña zozobra, como trayendo de arrastro un misterio. Poco después llegaron Florido y Micaela, y más tarde Zabana y Mansilla con sus compañeras. Los músicos se habían ido; de los tertulianos sólo quedaba Barranca Abajo. Se había dormido en un rincón abrazado a su *tranca*. Micaela no ocultaba su contento. Los ojos

lumbrosos eran ascuas y en las mejillas le florecían dos rosas. Sin pudor ni malicia, naturalmente, se pegaba a Florido y le mordía los labios. Pero como las hermanas hacían lo mismo con sus novios — los llamaban así — nadie protestaba, salvo Juan, que no tenía palo en que rascarse.

—Avisen...— exclamaba de vez en cuando, y salía a la puerta y respiraba hondo. Por el alma, regocijada y blanca, le pasaban impulsos e ímpetus cimarrones, jamás experimentados, que surgían de ciertas regiones profundas y recónditas del ser, inexplorables para el pobre Tizón.

Micaela salió y tornó a aparecer con dos botellas.

—Aura invitamos nosotras. Guindau y ginebra.

Puso una mesita en medio de la pieza y se sentaron en torno. Barranca entreabrió los turbios ojos y estiró la manaza.

—Pa' mí ginebra; eso sienta la caña.

—Mi compadre ni durmiendo pierde el rumbo.

—No hay que darle güeltas; estoy mamadaso, pero sé andar mamau sin toparme con la gente. Naides me vido nunca gambeteando ni cáido. ¿No es ansina? Poneme, rubio, una baraja delante o sacáme cuchillo y verás si se me aclara la vista. Así semos los gauchos del tiempo viejo. Otro vasito, vamo a darle gusto al gañote. Las chinas se las regalo; pa' mí la ginebra. Un día de vida es vida, ¡qué pucha!...

Siguieron bebiendo y charlando; mujeres y paisanos estaban entre dos luces. De tiempo en tiempo una de las muchachas salía del rancho y le alcanzaba a la vieja un vasito de guindado. Apurábalo de una empinada, limpiábase la boca con el revés de la sarmentosa mano y seguía fumando. A las cuatro botellas siguieron otras. Juan, con una en la mano, se sentó al lado de la curandera. La entendía a medias y le buscaba la lengua porque quería saber algo, algo que le trotaba por el magín; pero ella, de pronto, lo miró de un modo enigmático e hizo un gesto negativo. Entonces el negro le dió a entender sus deseos; quería que le echase la suerte. La bruja se levantó del banco, como despedida por un resorte, y le hizo señas de que la siguiera. A pesar del bebistraje caminaba sin dar traspiés y muy erguida. Era más alta que su hijas, todas de distinto padre, pero muy parecida. Heredaban de la madre el cuerpo flaco, elástico y de pechos erectos, los ojos claros, ya amarillosos ya verdes, y el óvalo felino del rostro. Entre las chinas y las negras de la estancia, petizonas y pulpudas, parecían de otra raza. Sólo Mangacha las igualaba en esbeltez, sobrepujándolas en hermosura.

—Me van a echar las cartas; vengan a ver.

—Ya sabemos lo que te va' desir.

—Lo que inoran es el secreto de la plata enterra-

da — exclamó Lucero. — Cuando muchacho oí el rum rum. Desían que había que sacarla d' entre unas osamentas y naides quiso averiguar el sitio ni correrla. El secreto vale sien pesos.

Los ojos de los gauchos chispearon, las enérgicas cabezas se irguieron, crujieron las sillas.

—¿El qué?... —preguntó Florido incrédulo.

Lucero confirmó lo que había dicho.

—¿Es verdad o cuento 'e vieja? — interrumpió el rubio dirigiéndose a las pardas.

Éstas palidecieron y contestaron afirmativamente.

—¿Y ande es?

—Sólo ña Casilda lo sabe. ¿Vamo a correrla en penca? — propuso Juan.

—Vamo... veinte pesos má o menos áura que estamo platudos, grasias al gateau... — arguyó Mansilla.

Los troperos se incorporaron después de vaciar las copas. Micaela le susurró al oído a Florido:

—No vayás, chino querido. Es cosas de duendes y ánimas en pena.

—¿Y d' aí?...

Entraron en el cuarto contiguo. La curandera estaba sentada frente a una tosca y retacona mesa. En la pared, detrás de ella, veíase una virgen entre dos velas encendidas. De las alfajías colgaban muchos manojos de yerbas secas, varias vejigas de ove-

ja con grasa de lagarto y venado y un montón de plumas de avestruz atadas, que servían de plumero. Sobre la cama, una tarima no muy ancha, con colchonete de crin y sábanas blanquísimas, se acomodaron los troperos afectando tomar aquello en broma, pero en el fondo crédulos y curiosos. Juan ocupaba un banco frente a la mesa. Las cuatro mozas se colocaron detrás de la sibila; los rostros encendidos por extraño fulgor parecían fanales iluminados por dentro.

Aquélla se puso en el rugoso cuello un rosario de morrocotudas cuentas. Luego cerró los ojos y sus labios empezaron a moverse de prisa. Oraba. Los sonidos guturales se oían apenas; diríase que venían del exterior y se le metían como ratones en la cueva de la boca.

—Corth...

—Cortá, Juan — tradujo Micaela.

El negro cortó. La vieja dejó caer el mazo desde cierta altura y salió el as de espadas.

—Maah...

—Las manos.

Juan le tendió las manos abiertas palmas arriba.

La curandera las escudriñó fijamente, absorta, mientras su ceño se iba arrugando. Después le metió los ojos claros en los ojos negros y de repente lanzó un grito y escondió la cabeza entre los brazos.

—¡Güé!, ¿qui hay? — interrogó Juan.

—No quiere desirte.

—Entonses es feasa la cosa...— y sintió que le faltaba la respiración.

Hubiese querido echarlo a broma, pero la risa no quiso salirle. "La ginebra y el guindau me están coseando", pensó.

—Vení, jugale risa no má. ¿No ves que la vieja tiene un peludo machaso? — le dijo el rubio al oído—. Verás lo que me v' a desir — y ocupó el asiento del negro, que enderezó hacia la tarima tambaleando.

Las mujeres se inclinaron para ver las manos de Florido, cortas y fornidas como garras. La bruja levantó la cabeza. La pelambrera revuelta y la mirada hosca le daban un aspecto medusino. Resultaba impresionante, aun para aquellos gauchos crudos y curtidos. Lo miró. Esta vez los ojos de lechuzón no pudieron domar la fría y líquida mirada de los ojos azules.

—¡Muleteh, santeh!...— y siguió gesticulando.

—Mucha sangre — tradujo azorada Micaela.

—Será de degollar capones — retrucó el rubio soltando su rotunda carcajada.

—Vida larga... a monte. Chinas ansina — y Micaela mostró los dedos juntos.

—Eso sí me gusta, pero vamo a lo serio. Y la

plata, ¿ande está? Si garante volcamos los sintos; el resto es cuenta nuestra. ¿No es eso, caballeros?

Los hombres se irguieron y apretaron alrededor de la mesa. Por la sórdida habitación pasó como un soplo de tragedia. La vieja, después de enterada, afirmó enérgicamente.

—La plata está enterrada en la Tapera de los Duendes — continuó traduciendo Micaela.

La llamaban así porque se decía que en las ruinas de la que fué vivienda del caudillejo Saldaña, asesinado con toda su familia por los blancos, se oían ruidos insólitos y veían luces malas. Quedaba en un escondido rincón del Potrero de las Casas. Nadie pasaba por allí y menos de noche. Saldaña era uno de los intrusos que Dn. Fausto encontró en el campo al adquirirlo. Como había hecho con otros no lo quiso desalojar, y le dejó tener un rodeito tambero y una puntita de ovejas criollas. A los tres hijos les dió trabajo en la estancia. Cuando la partida de facinerosos exterminó la familia el patrón no estaba en el pago. Pasaron los años. Un día, de vuelta del campo, al entrar el sol, se le ocurrió visitar la Tapera con la idea de calcular los postes y los piques que necesitaría para alambrarla. Abrojo y Barranca, que lo acompañaban, intentaron disuadirlo, pero él se encogió de hombros y siguió adelante.

—Patrón, lu acompañamos hasta los mesmos in-

fiernos, pero aí no. Con los dijuntos no hay que jugar.

—Está bueno, vayansén para las casas.

Ansiosos lo esperaron a respetable distancia. Don Fausto se apeó, dió unas cuantas vueltas por la Tapera, alzó un poquito la tapa que cubría el agrietado bròcal de la cachimba y pudo ver el fondo lleno de huesos y despojos de ropas. Se quitó el sombrero y estuvo allí parado algunos minutos. Cerró la noche húmeda, retinta y calurosa. Don Fausto montó y se alejó al tranco. Las orejas y el hocico del caballo despedían efluvios de luz. Cuando lo vieron venir con aquella iluminación Abrojo y Barranca salieron matando.

El patrón siguió al paso. Al subir la agria cuchilla, en cuya cúspide se levantaba el caserío, las luces desaparecieron.

Les entregó el caballo a los dos hombres para que lo desensillaran. Aquellos criollos, capaces de cualquier fechoría y habituados a arriesgar el cuero, temblaban.

—Qué cuentitas tendrán que arreglar con los difuntos y las ánimas para tenerles tanto miedo — exclamó riendo el patrón—. Dos serros disparando; nunca he visto cosa tan fea. ¡La gran flauta!...

—Lo que no vido él — argumentó Barranca bajito

mientras Dn. Fausto se alejaba — jueron las luses. Dejuro iba segau.

—Dejuro, pero tamién es sierto que juímos como sorros perseguidos de serca por los perros y que no debíamos haber juído y meno acompañandoló. ¡ Jué pucha, resién me está dentrando rabia! Es la primera ves que juyo, ¿y vo?

Barranca se rascó la cabezota.

—De las luses malas he disparau tres veses con ésta. Si se presienta otra ve el caso, qué querés, negro, güelvo a disparar. Y no es miedo de morir, es...

Abrojo, luego de reflexionar, confesó:

—Y yo lo mesmo.

Con aquel suceso la mala fama de la Tapera subió de punto y floreció en supersticiosas leyendas.

—En la cachimba echaron a los muertos, tuitos degollaus. Saldaña, malisiando que le iban asaltar el rancho en cualquier rigüelta, teniba escondida en la cachimba una olla con la plata y ademá el anillo de tapita de la finada. Allí está tuito debajo de los huesos. El hombre que le ponga ese anillo a una mosa en el dedo del corasón la hará suya pa' siempre y lo seguirá como una perra alsada.

Micaela, como hipnotizada, interpretaba los gritos descompasados de la madre. Tenía los ojos muy abiertos, los labios convulsos. Las hermanas solloza-

ban sin saber por qué. Los gauchos oían torvos sin demostrar sino fiereza, aunque se tratase de arrebatarle su tesoro a la única cosa que podría dar al traste con su machismo y desamor del pellejo: los muertos.

En el fondo experimentaban vago y supersticioso temor y un ímpetu de valentía que lo refrenaba y los impelía a desafiar las cóleras del otro mundo. Las palabras de la airada bruja parecían imprecaciones. A todas luces creía en sus anuncios y les daba terrible sentido. Un murciélago entró a la pieza, y después de trazar en el aire algunos intrincados garabatos, se fué. Las mozas prorrumpieron en gritos; la vieja permaneció impasible, los codos apoyados sobre la mesa, las manos entrelazadas debajo de la prominente mandíbula.

Zabana dejó caer el puño cerrado sobre la mesa, lo que hizo saltar la mugrienta baraja, y amenazó:

—Si miente... — y se pasó el dedo índice por el cuello. Las miradas de él y de ella se sacaron chispas—. Y áura vamo a correrla.

—Vamo, vamo...

En la sala bebieron otra limeta; carraspearon fuerte y partieron. Iban tan resueltos que las Gatas no intentaron siquiera hacerles ninguna objeción ni menos comunicarles los lúgubres presentimientos que las embargaban.

Barranca seguía roncando. La gorgona se acostó. Las hijas permanecieron donde estaban, silenciosas y compungidas como en un velorio. Desde la puerta Micaela los veía alejarse.

—Güelvan prontito — les gritó.

—Aurita no má, si Dios quiere — respondió Florido.

Lucero iba rezongando.

—A mí tamién me vió el otro día las manos coloradas y a vos lo mesmo, Mansilla. Siempre anunsea cosas fierasas. ¿Coloradas?, será de antes; el que má el que meno... ¡Que la tiró 'e las patas!

La Tapera distaba unas cinco cuadras del rancho. Los troperos avanzaban despacio, la cabeza pesada, las piernas flojas. Juan traía una botella en la mano y de vez en cuando le daba un beso. A veces le parecía que el corazón se le paraba. "Asustau no voy, será la bebida", decíase.

—Vamos a levantar la tapa y echar güesos ajuera con cuidau — propuso Florido así que estuvieron junto a la cachimba, convertida por los antiguos moradores de la Tapera en pozo forrado de ladrillo, una hiladas verticales, otras trasversales.

Los tablones estaban podridos y gimiendo se hicieron pedazos.

—Paresen quejidos de los dijuntos — musitó el negro.

—A los diablos los dijuntos; si no andamos pronto no concluímos antes de aclarar—exclamó Mansilla.

—No sea hereje. Es de malos cristianos insultar a los muertos.

—Apuesto a que mi aparsero tamién les tiene reselo.

—Reselo... ni a los vivos ni a los muertos, pero sé respetar — contestó Florido reposadamente—. Semos pobres, aquí hay plata enterrada sin dueño, vamos a desenterrarla y repartirla. Con eso no ofendemos a naides.

—Rasón...

Metieron los brazos dentro de la cachimba, pero no pudieron alcanzar los huesos. Prendieron un fósforo y los vieron amontonados en el fondo.

—Tenemos que dentrar — observó Zabana, y voliando la pierna por encima del brocal se dejó caer sobre el hueserío. .

Lo mismo hicieron el rubio y Mansilla. Juan y Lucero los alumbraban con astillas encendidas. Al principio anduvieron con cuidado, pero luego, deseando inconscientemente concluir cuanto antes, arrojaban fuera sin ningún miramiento los despojos, los huesos, los cráneos, como si fueran osamentas de animales. Aquella tarea macabra, lejos de amilanarlos, los enardecía. Las lumbraradas de los tablones ardiendo les enrojecía la cara y las manos. Juan era

el único que veía tales cosas. No las tenía todas consigo porque era supersticioso. Por otra parte apenas podía tenerse en pie.

"Y ellos serenito no má, lo mesmo que si apaleasen langosta muerta", se decía. "No se miran, no se ven. ¡Pucha que están fieros! Se me hase que andan judiando otra güelta a la familia. Disen que Saldaña, los hijos y hasta las hijas hisieron la pata ancha. ¡Lindo no má! Tenían un trabuco solo. La mayor de las muchachas, según Abrojo, lo cargaba, defendida por los suyos; dispués se lo metía algunos de aquellos bárbaros en la mesmísima jeta y lo daba güelta. ¡Ah, china! Micaela debe de ser ansina. ¿Y por qué no habrá querido desirme la sorda lo que vido en mis manos? Y en las de mi compadre mucha sangre. Dende aqui se las veo clarito. Estoy soñando o las tiene bien coloradas. ¿Será la tranca? Y mi hermano Lusero presensea esta judiada, porque lo es, a mí que no me digan, tranquilo viejo. Ni pestañea".

—Dejáte de hablar solo y alumbrá—le dijo Lucero—. En cuanto te descuidés le vas a dar a alguno con el tisón por la cabesa o te vas a dir vos mesmo de narises. ¿No tenés miedo que se te queden má chatas?

—¡Hermanito!..., los estamos judiando. Tomá un trago.

Después tornó a volcarse la botella en el abrasado gaznate. Tenía los ojos revueltos, el rostro demacrado y la negra piel como cubierta por tenue capa de polvo blanco.

Ya habían sacado casi todos los huesos y la olla no aparecía. Con los cuchillos empezaron a hurgar el fondo cenagoso de la cachimba. De pronto Zabana se detuvo.

—¡Aijuna!, aparesió el dulse 'e leche. No mintió la vieja. Aquí está la olla.

Juan sintió un escalofrío. "Si sigue asertando estamos amolaus", pensó. "¿Pa' qué me habré metido en esta california? Y era yo el má entusiasmau. Negro bobo, ¿querías farra?, ahí la tené. Aura agarráte Catalina que vamo a galopiar. Y mi caballo aplastau".

Escarbando a prisa, como los peludos, hicieron un hoyo en la tierra y la olla quedó a la vista.

—¡La gran flauta que pesa! Como no sea puro barro — exclamó Florido, y metiendo la mano la retiró llena de lodo mezclado con onzas, libras, cóndores y plata boliviana.

Olvidándose de los difuntos se pegaron unos manotazos de contento y rieron ruidosamente.

—Tomá, Lusero — dijo Zabana levantando la olla en alto—. Agarrala del asa y afirmate, porque pesa una barbaridá.

Ayudándose unos a otros salieron de la cachimba.

Tizón quedó apoyado en el brocal. Apenas estuvieron fuera una luz de rojos bordes y centro azul verdoso corrió por el alambrado que cerraba la Tapera y posó en la cabeza del negro. Florido permaneció quieto; los otros, sin ver otra cosa que el globo de fuego, retrocedieron y se dispersaron echando mano a las dagas. La luz se vino sobre Lucero, que peló la suya y de huída, tambaleando, le tiró una puñalada para sacársela de encima. Apagóse el globito. Otra mayor surgió bailando frente a Florido. Sin más éste empezó a menearle punta y hacha.

—¡Abrite, abrite!...

—Dale cancha...

—¡Cristiano bárbaro! ¿no ves que es un ánima en pena?... — le gritaban sus compañeros mientras la luz seguía bailando delante del rubio.

—Si tuviera cuerpo la pena se la sacaba yo. No juyan, no sean ladeaus. No ven, ya se apagó; si son jueguitos al cuete no má. Dise el patrón que no le hasen mal a naides. Vengan a enterrar el huesería. Eso si quieren los dijuntos.

Sus compañeros se acercaron resoplando. De prisa empezaron a echar los despojos y los huesos a la cachimba.

—Vamos a enterrarlos como la gente y quedamo bien con Dios y con los muertos — propuso Lucero con alcohólica gravedad.

—Ansina me parese.

Apenas lo empujaron un poco el brocal se derrumbó y el pozo quedó tapado.

Se dispusieron a partir. Zabana y Mansilla agarraron la olla por el asa, para llevarla entre los dos.

—¿Y Juan? — preguntó Florido.

Lo llamaron y buscaron inútilmente.

—Siguro, cuando aparesió la lus emigró el negro con el peludo a cuestas. Pa' mejor tenía un naco bárbaro... Se lo llevaba hablando solo de ánimas y judiadas. Como pa' buscarlo 'tá la noche sebruna.

—Yo lo vide salir campo ajuera gambeteando.

—A estas horas 'tá de güelta en los ranchos. Vamo.

—Vamo... allí nos repartimo la plata y tiramo el anillo a la suerte.

—¿Y estará?

—Dejuramente, la vieja no erra.

Lucero pensaba más en el anillo que en el dinero. Las cuatro hermanas no se habían acostado. Sin asombro ninguno ni alegría vieron llegar a los troperos con la olla. Eran muy supersticiosas; creían en los menjurges y las brujerías de la vieja y experimentaban extraña desazón. Los gauchos se sentaron en el suelo, volcaron la olla y empezaron a hacer montoncitos de oro y plata. Sólo el pardo siguió bebiendo. A los otros les había entrado una especie de

angurria de dinero, inaudita en quienes nunca manifestaron por él mayor apego.

—Aura sí, con ésto y las ganansias del gateau y juntando podemos salir de pobres.

Encontraron el anillo de tapita sin que les pareciera tan extraordinario hecho algo maravilloso, al contrario, todo les resultaba naturalísimo dentro del plano sobrenatural en que se iba desarrollando aquella increíble cuanto estrafalaria aventura. Justina se había hincado junto a Lucero y alumbraba la repartija con una vela de sebo. De puro pálida parecía blanca. Sus ojos, desmesuradamente abiertos por el terror, no podían apartarse de las manos del pardo.

—Había tenido cuerpo el ánima — insinuó Mansilla entre burlas y veras—. Tenés las manos bien coloraditas.

Lucero se miró las manos, iba a mirar las de sus compañeros cuando Justina dejó caer la vela y cayó ella misma hacia atrás. Florido aquietó el ánimo de las atribuladas pardas diciendo tranquilamente:

—Todos las tenemo lo mesmo; barrito colorau no má.

—A vos no te asustan sombras.

—No soy matungo espantadiso.

Tiraron el anillo a la suerte y le tocó al rubio. Lucero lo miró torvamente.

—Se lo juego, compadre, contra sincuenta patacones. ¿A que no aguanta?

—Aguanto, cara o crus, pa' andar ligerito.

Ganó Florido tres veces. El pardo, furioso, manoteó el anillo y abalanzándose sobre Micaela intentó ponérselo de viva fuerza. Florido se interpuso amenazador.

—Respete, compañero; esa no es su china.

—Mía ha de ser a las güenas o las malas — rugió el pardo, y sin más, en un abrir y cerrar de ojos, sacó la daga y le tiró una feroz puñalada.

Le sacó el cuerpo, dando un salto de costado y escondiendo la barriga, y con la diestra de filo le asestó tan fuerte golpe en la nuca que lo tumbó, la cara contra el piso.

—Vean lo que es la bebida, y me tiró a partirme no má—, asegurenló, de no voy a tener que chusearlo.

No hizo falta. Micaela se abrazó al rubio y tornó a morderle los labios. Cuando salieron del rancho venía aclarando. Zabana y Mansilla tomaron el camino de la estancia.

—Esta güelta se alsó d' adeveras la lindura de la casa. ¡Cristiano potroso! — exclamó el último.

—Ansinita mesmo. Y es esa la que, de alma, nos gusta a todos. ¿Nos habrá ligau? Tiene má artimaña que la vieja. A mi cuñau lo va a dejar de cama...

como a nosotros. Hasta el pobre Tisón cayó en la volteada. ¿A vos te aflojaba laso?

—Sí, carisias, restregones; es engatusadora que no tiene yunta, pero cuando iba a pegarle el tirón se sentaba fiero y me asiguraba que sólo quería amistá.

—Lo mesmo hiso conmigo y me largó a Dorila, y Justina a Lusero, y a vos Clara, que es la más barrosa; tuitas lindonas, liberales... pero Micaela tiene el diablo en el cuerpo.

—Un día la aguaité en el lavadero, escondido entre los sauses. Cuando la atropellé en fija ¿quedrás creer que sacó de entre la piedras la cuchilla de cuerear y se me vino al humo?, y me hiso recular no má.

—Mirála, ¿has visto vos besar ansina alguna ves? Si da calor.

Florido y Micaela se dirigían de nuevo al arroyo.

—Vamo a rematarla bañándonos juntos, ¿queré, mi negro?

—Ya está.

Mansilla arguyó:

—No, al rubio no lo deja mirando las estrellas. La que le gusta a él es Mangacha. Esa pa' quererla, la otra pa' el pintoresco. Pero si en cada rancho tiene una chinita, meta suspirar. A mí me dijo: "Atropellá; si te hase caso te abro el pingo". Y a Juan le hasía gancho. Es güen gaucho.

—De ley.

—Pero potroso con las chinas que da dentera. Yo soy bastante suertudo y vos má tuavía. Pero ande dentra el rubio a tallar, apagá y vámonos. ¿Qué les dirá?

—Ya sabés su versito:

"A la primera las beso.
"A la segunda las rindo.
"A la tersera... si te vide no me acuerdo".

IX

MIENTRAS Florido, muy paquete y gozoso, canturreando décimas y relaciones, cruzaba campos y más campos, una flor en la boca, la tropilla de redomones por delante, comentábase en las cocinas de la estancia, con minucia y grande copia de reflexiones, las extrañas aventuras de la noche anterior, lo que las gentes dieron en llamar la *farra grande* de los troperos. Era el tema obligado de las charlas junto al fogón. Las conjeturas con adobo de superstición salían de las bocas, rebotaban en las ennegrecidas paredes, se reforzaban y entenebrecían dentro de las campanas de los fogones, cubiertas de espeso hollín, y caían en medio de las reuniones como resonancias del otro mundo.

Después de dormir tres o cuatro horas Lucero se levantó con la cabeza dolorida, el espíritu revuelto y entre las cejas el clavo de una idea fija. En vano intentaba atar cabos y comprender. A veces no sabía

si continuaba soñando o estaba despierto; si seguía encerrado en el manicomio de la caña o estaba en sus cabales. Hosco y ceñudo yerbeaba en un rincón de la cocina, pardo sobre pardo, casi fundida la silueta obscura en la sombra mulata de los muros. Pancha lo sermoneaba.

—¿No vido a Juan? — interrumpió de pronto sin mirarla.

—Dejuro está durmiendo el peludo caído por aí. Habían sido bárbaros y herejes, ¡la pindonga! Si llega a oídos de Dn. Fausto... En cuanto se anotisé Ramón le lleva el chisme. ¿Y a vos qué te dió por meterle a la juersa el anillo a Micaela? Y pa' mejor la remataste tirándole una puñalada a Florido, a tu compadre. Rubio desalmau, haserle la pata ancha a una lus mala. ¿No sabe que son ánimas en pena? Sabana y Mansilla me contaron. Taban mamaus y asustaus tuavía. Dispués cayó el rubio, ya pronto pa dirse, fresco y rosau como un amaneser. Tá má güen moso de bigotito, sólo ansina le gusta a Mangacha. Tomó unos mates y salió. Quise retarlo al ñudo. Se réiba. No cree en ánimas ni aparesidos. Pero creyó en la vieja, ansina son los hombres, y por eso jué a sacar la plata de debajo de los muertos. Mal negosio. Verás vos que la cosa v' a tener cola. Sabíamos los viejos la historia de la Tapera, pero lo de la pla-

ta y el anillo... Y asertó la sorda. ¿Será divina derecho viejo? ¿Qué desís vos?

El pardo no respondió. Tenía la bombilla en la boca y los ojos clavados en el suelo.

—Yo que el patrón le quemaba el rancho y la echaba campo ajuera. Que cura el mal de ojo, el daño y otras cosas mirando el frasquito de las aguas, es verdá. Puedo atestiguar. Al mesmo Dn. Fausto, que no me dejaría mentir, lo curó de la paletilla cáida. Por eso, dejuramente, le perdona las brujerías. No hase mal a naides, 'tá por verse. Pa' mí que tiene tratos con Mandinga, y eso a la corta o la larga, jum... ¿Vos qué pensás?

Nuevo silencio. Pancha miró a Lucero fijamente: "Éste 'tá asustau", se dijo, y siguió pelando las papas y dando vuelta los choclos que asaba sobre las brasas, ensartados por la punta más ancha en dos palitos.

Pegó la hebra, le gustaba prosear.

—Los dotores la erraron fiero. El patrón volvió del pueblo má flaco y amariyo que jué. No había que haserle: el hombre se diba barranca abajo. Tabamos esquilando. Casilda se pelaba ochenta ovejas por día y eso que estaba preñadasa. Una tarde la atropellaron los dolores. Se largó pa' el arroyo ligerito. Me parese que la estoy viendo caminar apretando las piernas. Vaquianasa la mosa, porque era mosa

lindona, larga y derecha como una caña, pero bien empulpadita. Parió, bañó a la criatura, se bañó ella mesma y al otro día ya estaba en la cancha con el guacho, meta tijera... Don Fausto, caminando con bastón, se asercó pa' preguntarle como le diba diendo. Casilda, como quien hunde lesnas en el tarrito de la grasa, lo miró. Mirada dura de mujer. Le estiró los brasos y le hiso ver que tenía uno má largo que otro. La paletilla cáida. Por señas y bufidos le dió a entender que lo curaba. Salieron pa' el escritorio y ai no má lo colgó del marco de una puerta; forsejeó hasta igualarle los brasos y dispués le puso un parche poroso en el pecho. Y santas pascuas. El hombre empesó a engordar lindo y parejo. Pero de aí a divinar...

Reflexionó algunos instantes, y luego, observando a Lucero como si quisiera escarbarle los sesos, preguntóle:

—Y en lo de las manos coloradas, ¿asertó tamién?

Lucero instintivamente se miró las manos, olvidándose que se las había lavado.

—Tan limpias.

—A ve la daga.

El puño de plata parecía incrustado de rubíes. Lucero se pasó la mano por los ojos: "¿Estoy soñando tuavía?", preguntóse, y los abrió cuanto pudo.

—¡Dios nos asista! — exclamó la negra mientras el corazón le corcoveaba dentro del pecho.

—¿Lo chusé a mi compadre?

—De ande, te sacó el cuerpo.

—No compriendo—. Hizo un esfuerzo de memoria y agregó arrastrando las palabras—: Ayer lo ayudé al casero a carnear, pero con la cuchilla d' él.

—Dame.

Pancha se persignó, le hizo la señal de la cruz a la daga y lavóla en agua caliente. La respiración acelerada le hacía subir y bajar los disformes globos de los pechos y temblar las pupilas. Se inflaba y desinflaba como un fuelle. El pardo la miraba impasible; su mirada turbia no traducía ni atisbos de inquietud, a lo sumo una vislumbre de asombro.

—No compriendo, no compriendo nadita...— seguía murmurando.

Las ideas se le embrollaban cada vez más. No podía discernir distintamente los recuerdos reales de los embrujos del alcohol, lo sucedido y lo imaginario, y quedó como entontecido en su rincón. Le dolía la cabeza, de frente nudosa y estrechísima, puerta entornada por donde no debía de entrarle a los sesos mucha luz. Pancha le puso en las sienes unas rebanadas de papas y cesó de hacerle reproches, aunque la impavidez del pardo la tenía irritada y con ga-

nas de darle de sartenazos para sacarlo de su frialdad y ponerlo al diapasón emotivo de ella.

—Florido me dejó, para que te hisiera entriega, el resibo de la platita tuya que depositó en la pulpería. Nunca pensó quedarse con ella; te asetó el invite para darte gusto y evitar la camorra que vos andabas buscando. Ansina mesmo le tiraste una puñalada; güeno, mejor es no hablar. Las cosas quedan como antes de la jugada: la plata es tuya, el anillo de él. Salís ganando el siento por siento. Aí 'tá el papel, venga el anillo; a vos sólo te iba a servir p' haser algún barro grande.

El pardo lo sacó del cinto y, sin mirarlo, se lo entregó a Pancha.

Entraron a la cocina Saldivia y Barranca. Pancha, cuya curiosidad era sumidero que no se llenaba nunca, aprovechó la coyuntura para seguir sus indagaciones sobre los sucesos de la noche, e hincarle, de paso, el diente al tema escabroso de las luces malas y los aparecidos. Saldivia relató algunos casos muy curiosos que él había presenciado, casos imposibles, estrambóticos, pero en los cuales creía a pies juntos. Después habló de las curas y adivinaciones de la sorda Casilda.

—A mí me curó el mal de costau, es verdá, y en las divinansas, sea como sea, siempre me pegó en la matadura. Disen que tiene una crus en el paladar..

Yo no se la vide, pero creo. Soy vejancón, he caminau mucho y sé que tuito pue ser y que en este mundo hay que estar bien hasta con los duendes.

La negra y Barranca lo escuchaban absortos. Lucero no oía u oía sin oir.

—Cuando me daba las friegas le sudaban las manos que era una temeridá. Ansina me diba sacando el daño. Trabajaba juerte la vieja. Y encaprichada, ¡pucha digo! Una ves, que no podía pararme los dolores, pegó un grito, se vino al suelo y dentró a patalear. Y entonses se me jueron. Si, señor, es verdá. Con la ayuda de Dios o del Diablo ella siempre sale con la suya. ¿Cómo no voy a tenerle fe? Hay que respetar al juerte. Muchos le tienen ojerisa al santo botón. Nunca le ha hecho mal a naides y ha aliviau mucho enfermo. Lo demá son cuentos.

—Sí, ha aliviau a mucho dolorido, pero pa' naides ha tenido nunca una palabra cariñosa, ni una bondá. Sabrá curar, pero haserse querer...

—Palabras cariñosas... ¿por qué no le pedís a un güey que vuele? Como v' hablar si es muda?

—Güeno, vos me entendés.

—...y en cuanto a eso de haserse querer, no es pa' todos la bota 'e potro. Unos nasen agrasiaus, otros con cara de taba culera, siempre matando esperansas. Casilda es de esta laya. En cambio vos te rís y nos llevás de calle.

—Agarrá ese trompo en la uña — exclamó Barranca.

—Grasias por la flor. Es que yo soy güena derecha, y ella de güena, vos me entendés, güen corasón, no tiene nada. Hase años que la conosco y no la puedo ver nunca sin chucho. Y vos, Barranca, ¿por qué no fuiste con los otros a la cachimba?

—Taba durmiendo, pero aunque hubiera estau despierto, había pegau la sentada. Con los vivos me atraco ande quiera y como quiera. Pero con los dijuntos ni a bañarme. Lo mesmo le pasa a tu negro — y soltó una carcajada como un trueno.

Sonó la campana, campanadas solemnes y a una cariciosas, como las de la iglesia; campanadas firmes que regulaban la vida de la estancia. Eran las doce en punto. Tirando la cuerda a las horas precisas, ni un minuto más ni un minuto menos, al pardo Ramón le parecía que mandaba, que impartía órdenes terminantes. Por eso era tan puntual.

Los troperos fueron cayendo a la cocina. Pancha repartió los platos. Faltaba Juan.

—Voy a buscarlo — dijo Lucero sordamente, y salió.

Pero no pudo encontrarlo por ninguna parte. Preguntó, inquirió, nadie lo había visto. Sin premeditado propósito, como un sonámbulo, enderezó hacia la Tapera, caminando lentamente bajo la brasa del

sol. Se veía ondular el aire caldeado. Del suelo amarilloso negruzco, del suelo barcino, recaliente, agrietado por la seca, aquí y allá trascendía un vaho, ardoroso, ahogador. Cuando pasó frente al rancho de Casilda la vió parada en la puerta, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, los ojos fulgentes.

—"...que la parió", se dijo sin detenerse ni saludarla. "¿Me estaría aguaitando?".

Escudriñó con aguda mirada de rastreador los alrededores de la Tapera, y luego, en cuclillas, las huellas de las pisadas, invisibles e inextricables para el que no fuera un baqueano, en torno a la cachimba. A veces se erguía, se echaba a la nuca y tornaba a colocarse sobre los ojos el gacho cantor, el gacho de alas cortas, quebradas adelante y atrás, y sujeto por el barbijo, un cordoncito que usaba por detrás de la cabeza y no por debajo de la barbilla — era una moda de Florido — y volvía paciente y tesonero a su ocupación. Ahora en el rostro del mulato, como en un mapa, aparecían las líneas geométricas, las llanadas, los hondones, las rotundidades, los ríos, los mares, el territorio, en fin, del esfuerzo mental que estaba haciendo y de la procesión que le andaba por dentro.

—"Aquí 'tán las güeyas del negro; era el único que llevaba alpargatas. Taba sentau en el brocal y yo del otro lau de la cachimba, cuando aparesió la

lus y se me vino ensima, como a comprarme los visios. Aquí mesmo dejé la olla, 'tán patentes la patitas. Reculando atorau y encandilau le tiré a las perdidas una puñalada y juí, aquí caigo y allí me levanto. Las pisadas 'tán claritas. Al dirse la lus sobre el rubio, que empesó a menearle fierro al ñudo, porque el ánima le sacaba el cuerpo de lo lindo y lo teniba medio deslumbrau sin duda, salí de apuro. Pero, ¿por dónde juyó Juan? El cascote no deja ver las güeyas. Pa mejor el pisoteo, cuando desmoronamo el brocal, las misturó tuitas. Dejuro rumbió campo ajuera. Güelta a lo mesmo, d' entre los yuyos no podía salir sin dejar la rastrillada. Por aquí salimos nosotros. Mansilla y Sabana con la olla marchaban adelante. Florido y yo detrás. Yo diba a las gambetas como ñandú asustau. Las güeyas 'tán claritas; pero de Juan, ni el olor. ¡Pucha negro desgrasiau!

Aburrido de dar vueltas y revueltas y de torturarse inútilmente, sentóse en una de las monstruosas raíces del ombú. El coposo árbol era lo único que había quedado en pie y con vida después de la matanza de la familia Saldaña y el incendio de los ranchos. El bochorno le pesaba al pardo sobre las recias espaldas como un poncho de invierno. Entornó los ojos, empezó a cabecear y se durmió, reviviendo, en angustiosa pesadilla, las escenas de la noche que más lo habían impresionado, pero como sacadas del

quicio y barajadas al tun, tun. Despertóse malhumorado.

—Y si no aparese ¿qué le voy' haser yo? A lo mejor 'tá en las casas de güelta ¿de ande? O se jué con mi compadre.

Era domingo. En la pulpería, donde se corría una penca, encontró al peón de Mangacha, el cual se había cruzado con Florido. Éste iba solo.

—¿Y por aquí no lo vido al negro?

—No, por aquí no anda.

Los troperos, con la jugarreta, se habían olvidado de Juan.

"De sonso no miré si el recau 'taba debajo de la tarima", pensó. Dormían en el mismo cuarto, una cueva, él, Viraqué, Juan y otro peón. El basto, prolijamente arrollado, con las otras garras: cincha, bajera, jergas, caronas, cojinillos, sobrepuestos de cuero de carpincho, pretal, todo sujeto por el cinchón estaba allí. Bien engrasaditos veíanse colgando de fuertes estacas, clavadas en la sórdida pared, el lazo, el maneador, las boleadoras, un par de espuelas de plata y otras de hierro. El lienzo del muro, que correspondía a cada tarima, ostentaba otros enseres semejantes. Sentíase un tufo acre. El piso de tierra, el techo de paja negrosa, las paredes lobunas ensombrecían la poca luz que entraba por el vano de la puerta, reducida y sobada por manos grasosas.

El pardo se sentó en su cama, una tarima pelada donde disponía convenientemente el apero para dormir, y estuvo cavilando. De súbito, levantóse bruscamente y salió.

"Güeno, que lo campé otro" — díjose.

En la pulpería apuró dos vasos de caña y se fué a ver la partida de taba, en que estaban empeñados sus compañeros. A pesar de lo que se había propuesto, en cuanto topó con ellos preguntóles:

—¿No han visto a Juan?

—Como pa juanes 'tá la cosa; nos 'tán pelando— respondió Viraqué.

"Güeno, que lo campé otro", — tornó a decirse, dispuesto a imitar la despreocupación de los demás. Y echó mano al cinto, mientras concluía:

"Cuando quiera aparaserá, y de no que se lo lleven los demonios; ¡qué tanto amolar!".

Copó la parada, hizo el primer tiro primorosamente preparado y echó culo. Se emperró y siguió perdiendo lo mismo que Saldivia y Viraqué. En cambio Zabana y Mansilla clavaban suerte casi tiro a tiro. Sin embargo jugaban con inusitada parsimonia, sin querer llevárselo todo por delante como hacían siempre, movidos por el ávido y bravo ímpetu del tahur para quien toda ganancia es poca y el riesgo pequeño. Después de la california reanudaron la partida de taba. La magia del huesito los atraía poderosamente.

Representaba el azar, la Esfinge, la emoción concentrada de la lucha por la vida, una válvula de escape para el preso impulso de poseer y dominar. Los que habían ganado a las carreras reforzaron el juego, entre ellos Abrojo y Barranca, jugadores impenitentes, como casi todos los paisanos, y a todo juego: naipes, gallos, carreras, pero sobre todo a la taba, lo más azaroso, contundente y ácido. Al doblar la tarde tuvieron que interrumpir la jugada; no estaban aún hartos ni los que ganaban ni los que perdían y organizaron varias partidas de truco y de monte para después de comer.

La peonada se repartió por las cocinas con algunos de los forasteros; otros de éstos quedaron en la pulpería, que también era fonda. Antaño intentó don Fausto suprimir el juego y particularmente la taba, pero como la gente se iba a otras pulperías y el lunes muchos peones volvían tarde o no volvían, y los domingos todo el mundo andaba con cara de entierro, desistió.

Lucero, más empacado todavía que por la mañana, ganó su rincón. Comían comentando enfebrecidos los incidentes del juego y de la penca, que había ganado Barranca con un potrillo de la hacienda mejor domado y afilado que los otros concurrentes.

—Y a todo esto, Tisón sin apareser — exclamó Pancha.

Sólo entonces pensaron en el negro.

—Como hasta el otoño no tropiamos y aquí han concluído pa' nosotros los trabajos de primavera, se habrá ido por aí—conjeturó Zabana—. A veses le da la loca por caminar, como a mi cuñau.

—El apero 'tá en el cuarto. Al negro lo campié al pepe; por los alrededores de la Tapera y en la Tapera mesma no hay rastro de salida; las güeyas de nosotros cuando nos vinimos con la olla, las ve un siego. Las de Juan no, y tienen que estar. Volando no salió. Vos, Mansilla, lo vistes pasar juyendo, ¿no?

—Siguro, pero la tranca y el naco no me dejaron ver pa' ande rumbiaba, campo ajuera, tal vé.

—Si no se jué, tenía que estar aquí. La cosa se está poniendo fierasa, — los ojos de la negra se hicieron dos aros blancos como los de hueso que le colgaban de las orejas—, con tal que no se haya cáido al arroyo o en algún sanjón y esté estropeau o muerto...

—Dejáte, negra, de dijuntiar a la gente — gruñó Abrojo—, siempre andás maliseando cosas feas. A lo mejor tá en el rancho de las Gatas.

—No diba a dirse al otro mundo ni a ninguna parte sin dejar rastro — interrumpió Lucero sombrío.

—La vieja Casilda le miró las manos, dispués los ojos y se tapó la cara. Algo malo vido.

Callaron. Silencio ahito de malagoreras interrogaciones, obscuras ansiedades, temores ariscos, que Saldivia interrumpió diciendo:

—Mañana lo campeamo; aura vamo a verlas venir — y salió seguido de los otros.

Al pasar por delante de su cuarto Lucero abrió la puerta, miró y cerróla nuevamente.

—Ya güelvo — les gritó a sus compañeros dirigiéndose al rancho de las Gatas. Quedaba un poco más allá de la pulpería.

Las traviesas y gentiles mulatas tomaban el fresco sentadas en dos rústicos bancos, uno a cada lado de la puerta, que tenían por respaldar un tablón dispuesto horizontalmente contra el muro de la criolla vivienda. Micaela cantaba acompañándose ella misma con la guitarra. Sus dedos pisaban las cuerdas con precisión y firmeza y rasgueaba muy graciosamente. La voz, voz de su raza, sin volumen, pero aguda y bien timbrada, suspendió el ánimo de Lucero y lo hizo detenerse para escuchar mejor. Le gustaba la música tanto como a las pardas. Tocaba el acordeón primorosamente y la flauta, que él mismo fabricaba con un trozo de caña y papel de estraza. Tenía finísimo oído y también, aunque rudo e ignorante, una verdadera sensibilidad musical. El acordeón y la flauta amansaban sus instintos bravíos, aunque anduviese de mala vuelta y con ganas de pelear. Y como tal

cosa sucedía a menudo y no quería comprometerse ni armar escándalo en la estancia — le tenía grande apego a la querencia y le inspiraba mucho respeto el patrón — veíasele frecuentemente tocando lejos de los otros peones, la cabeza baja, los ojos cerrados. Le conocían el andar y no se acercaban.

Al verlo llegar cesó la música, incorporáronse las gatas y fueron entrando en la boca negra del rancho, una a una, como las lechuzas en la cueva.

—Güe, ¿me dan con las puertas en las narises?

—¿Y qué te esperabas vos dispués de la farra que armastes anoche? — le contestó Justina sin abrir.

—A un mamau no se le lleva el apunte... Perdonen si he faltau.

—Ya te creo que has faltau. Güeno, ¿qué queré?

—¿No vieron a Juan?

—No...

Lucero permaneció algunos instantes indeciso ante la puerta cerrada y luego encaminóse a la pulpería. De pronto, sin que ningún raciocinio la precediera, le relampagueó por la mente la insidiosa observación de Mansilla, cuando la repartija de la plata:

"Entonses había tenido cuerpo el ánima; tené las manos bien coloraditas", y se las vió así y oyó como la apagada resonancia de un lamento. La afirmación que a punto seguido había hecho el rubio: "Barrito colorau, no má; todos las tenemos lo mesmo", lo

tranquilizó unos instantes hasta que se dijo: "La daga en alguna parte entró. Sentí la risistensia; ¿oí un suspiro o jué la tranca? Y las gotitas de sangre en el mango ¿de ande las saqué?" Y se le volvieron a enredar las ideas y los recuerdos: "Mansilla lo vido pasar juyendo, güeno, ¿y las güeyas? Volando no salió. Como no se lo aiga tragau la tierra...". Quedó paralizado. De golpe, atando cabos rápidamente, dedujo con claridad extraña a su pereza mental: "La tierra, la cachimba, dejuro se me vino ensima con la lus y yo encandilau, al juir, le prendí fierro y lo mandé al poso. No hay má que lo he matau... ¡Perdonáme hermanito!".

Antes de aclarar se dirigió a la Tapera, provisto de un marrón y una pala ancha. Echó afuera los escombros, apartó los huesos sin premura ni asco y apareció el cuerpo del pobre Tizón. Tenía una herida de la cual había manado copiosa sangre, ahora coagulada, en la boca del estómago. Respirábase un aire mohoso y podre. Lucero se hincó con el sombrero quitado y tuvo así como vagos deseos, obscuras ansias de rezar, pero no recordaba ninguna oración.

—Perdonáme, hermanito — mumuró al mismo tiempo que su mirada se detenía codiciosa en el broche de plata y oro que adornaba el cinto de Juan— tabamos por haser un cambalache, con mi redomón rosillo. ¿Pa' qué queré sinto aura? No es pecau sacar-

teló y llevarmeló... como ricuerdo. ¿No te parese, hermano? Sería herejía dejar aquí al ñudo no má esa prienda que tanto te acompañó.

Y posando tres dedos sobre el metal frío, reflexionó algunos instantes. Después, retirando la mano lentamente, díjose: "Me parese que lo voy a carchar. Mejor es que se lleve las priendas. Yo he carchau sólo en la guerra por nesesidá. Hermanito, perdoname si te maté. No vide, jué sin querer".

Se incorporó dispuesto a salir de la cachimba. De súbito tornó a encorvarse y le sacó el cinto, la daga y los dos relojes.

X

FLORIDO iba contento, sentíase libre, más dueño y señor de su persona que cuando tropeaba. Arreando hacienda tenía obligaciones que cumplir, órdenes que obedecer. Con la tropilla de redomones por delante, atravesando campos a su antojo, no. Era como si tuviese abiertas las porteras de todos los horizontes. Podía rumbear por aquí o por allá; dormir al raso o bajo techo; arrastrarle el ala a muchas chinas. Pero, aparte las perspectivas seductoras de gozo y libertad, una especie de aura emigratoria, una necesidad orgánica lo incitaba periódicamente a partir y vagabundear.

Churrasqueó y durmió la siesta, tres horas de sueño, en la Isleta de la Paloma, galopó cuatro de los redomones más nuevos, y fué a hacer noche y a entregar un potro, ya enfrenado, al puesto del Charabón, distante sólo seis leguas del Chajá. Al otro día, con el sol alto aún caía al rancho de la Moro-

cha, montado en el pampa de ésta. Lo tenía de riendas y mansito de abajo.

—Así me gusta. Me dijo: "A eso de la seis voy a caer por allá", y son las seis en punto. ¡Qué clavada! Y en mi redomón. Tá más lindo aura, levantau de barriga. ¿No manotea?

—Perdió esa maña. Pero pa' la patada al estribo es como lus.

Mangacha acercóse con cautela y le rascó la frente.

—Pampa, sea comedido con la flor del pago — decía Florido palmeando al redomón en la tabla del robusto cogote, y luego, pegándole un disimulado pellizco, agregó—: Diga si hay alguna mosa más linda que su patrona.

El pampa sacudió la cabeza de izquierda a derecha y viceversa.

—¡Pero si sabe hasta hablar!... — exclamó sorprendida y gozosa—. Vea, mamita.

—Apeesé y dentre — invitó D.ª Justa desde la puerta del comedor. Y con empaque y humos de conocedora, afirmó—: V' haser un flete como los de mi tiempo, un flete de cargar con lansa. Desensille no má.

Florido dirigióse a la ramada. Al pasar junto a la pipa del agua el pingo pegó tremenda espantada, que a otro menos jinete lo hubiera traído al suelo. El rubio no apretó las piernas siquiera, y luego, corrién-

dole las lloronas por los ijares y las paletas, lo hizo saltar el pértigo varias veces.

—Había sido de mala intensión.

—Medio segatón no má — y le bajó las garras y le desató la cola.

Nunca montaba sino de cola atada. Sabía muchas suertes de "quebrar el marlo": nudos camperos, nudos de tropear, nudos barreros, nudos de caer a Tablada, nudos de chinear, los más historiados y profusos de trencitas, cadenetas y adornos de crin, que hacían de las colas primorosas filigranas.

—¿Y cómo le va diendo, prienda?

—No tan bien como a usté.

—Ya le trajeron el soplo.

—Dejuro... el puestero, que fué con el carrito a la estansia a llevar la cuerada del mes. El hombre volvió hasiéndosé cruses.

—Será asustadiso como el aporreao.

—... y usté tan fresco. ¿No le tiene reparo a las luses malas, las ánimas, los lobisones?

—Soy ansina... porque tengo la consensia tranquila tal vé.

La Morocha llevaba puesto el pañuelo que le había regalado Florido y una cinta celeste en la cabeza.

—Me gusta verla lusiendo esos colores. Pero usté antes era colorada ¿y aura?

—Y aura soy blanca.

—¿Y de ande vino ese cambio? — preguntó, metiéndole los ojos escrutadores y maliciosos en los limpios y serenos de ella.

—Es un secreto — respondió sosteniendo la mirada de él, y sonrió.

Al mozo le pareció que en el rostro de Mangacha salía el sol.

—De veras, siempre que la veo me da un gustaso bárbaro. ¿No malisea qué será eso?

—¿Tanto como cuando vé a Micaela?

—Má, mucho má... y dispués le diré, tesoro, que no es lo mesmo. Micaela me gusta pa' la farra. China alegre. Fuma, juega y chupa como un macho. Con usté, prienda, es otra cosa. La apreseo de otro modo. A veses se me hase que ando tiernito por quererla.

—Venga, Florido, a agarrarlo por la cola al simarrón — gritó D.ª Justa—. Dentre, sientesé en esa silla de cuero peludo, medio retacona, pero comodasa. Aquí, ande me vé, las fabrico yo mesma. Ningún carpintero las hase a mi gusto. Las sillas son como los matungos, tienen buen o mal andar. Esa es de llevar en la mano un vaso de agua al trotesito sin derramar una gota — y le soltó los rollos a su risa.

—¡Linda comparansa!

—Y por la estansia ¿siguen cueriando ovejas?

—Alguna que otra de las que quedaron entecadas

dispués del temporal. Como sesenta mil al tacho, ¿se dan cuenta?

—Pobre patrón, la suerte le anda jugando susio. A prinsipios del año la rigolusión: carneadas a granel, alambraus en el suelo, robos de caballerías, hasiendas misturadas... En el otoño el grano malo, meta cueriar, y dispués de las esquilas el temporal y la mortandá de ovejas. Y aura la seca, ¡pistola!...

—Y él pa' adelante siempre, como si nada. Hombre entero. Con el mayordomo, que no quería dir solo a verlo de puro asustau, lo anotisiamos del estrago que le estaba hasiendo el temporal en las majadas. Yo con otros peones habíamos estau recorriendo los potreros má sercanos, y nos tráiba de testigos. Ni mosqueó. "Tá güeno, poneme toda la gente a cueriar", le ordenó a Dn. Froilán, que estaba má amarillo que una vela. "Yo me encargo de las majadas de la estansia. Vos, los capatases, los puesteros y la peonada del resto. Dejáme a Saldivia y los troperos. Repartí bien la gente. Dies hombres d' ausilio a cada puesto. Andá ligerito".

Dicho esto, Dn. Fausto subió al mirador y recorrió con un anteojo de larga vista el campo cubierto de puntos blancos, el tendal de corderitos perecidos a las primeras de cambio, mientras se afanaban en el imposible empeño de seguir a las madres, empujadas furiosamente por el viento y que se iban abando-

nándolos. Se arrollaban en el suelo y morían llamándolas con balidos cada vez más espaciados y débiles; ovejas muertas formaban montones en las orillas de los arroyos o contra los cercos y los alambrados. Había cesado de llover y parado el viento, pero hacía frío, frío que como una malla de hielo parecía envolver la mañana de límpido cristal. Su resplandeciente hermosura hacía más patética la tragedia del Tala Grande.

"¿Y ahora?", preguntóse. "Ahora, remediar lo que tenga remedio. Las muertas no tienen más cura que sacarles el cuero. Algo es algo. ¡Las que van a morir si no las favorese el tiempo! Pero vamos a tener lindos días de sol; las ovejas entumidas podrán salvarse, si Dios quiere".

Volvió a mirar en otras direcciones. "Lo menos he perdido el sesenta por siento, sin contar la borregada ¡qué sogaso!... y lo que puedo perder todavía. ¡Cuánto desvelo inútil! Primero tuve que concluir con el espartillo, los cardales, y mejorar las pasturas: Grandes quemasones de campos y machasas manadas de mulas; después vacas y caballadas, y por último ovejas y vacas. Ahora que estaba todo bien preparado, buen campo, buenas aguadas, buenos alambrados, abrigos naturales, un temporal me arma este desbarajuste. Hay que empesar de nuevo".

—Y usté, Florido, ¿no tropea este verano?

—No hay má hasienda gorda. Aprovecho para concluir mis redomones y pasear.

—¿Cuándo va' sentar el juisio?

—Pa' la güelta — contestó sin asomo de burla—, aura tengo una platita y voy a ver si la aumento.

—Pasará por acá, siguro. Tengo unas ganas locas de montar mi pampa; como no me baje.

—No le crea; si es jinetasa.

—La vide un día apartando terneros. Se le jué al mancarrón la sincha a las verijas y ai no má se cascó y empesó a soltar pilchas, hasta que se desensilló. ¡Y esta mosa sentadita en las cruses muerta de risa!

—Si hubiera sido el pampa me aventa lejos. Ese sí se hamaca feo. La ves pasada se rompiba los dientes contra el suelo en cada corcovo. No al ñudo basureó a tuitos los domadores. Pero a usté no lo desacomodó siquiera, y eso que le iba coloreando las paletas con las lloronas y meneandolé sotera. En los simbronasos le saliban las monedas brincando del bolsillo de la blusa como ovejas de los bretes. ¡Qué juersa de animal! Y usté de pierna abierta. Me parese que lo estoy viendo — y se quedó rememorando la escena.

A los ocho días de la hierra y la capación en el Chajá, debía empezar la doma de la potrada nueva en la estancia. Era la orden del patrón, que nunca adelantaba ni postergaba las fechas de los trabajos

ordenados por él. Había cuatro domadores permanentes; no hacían otra cosa que galopar baguales todo el año, pero principalmente en la primavera y el otoño. Durante el verano y el invierno los arrocinaban. Apenas enfrenados se los entregaban al mayordomo, y con aquellos redomones, que apenas obedecían a las riendas, tenía la peonada que ejecutar las peligrosas faenas camperas: enlazar, bolear, apartar, arrear, atravesar a nado arroyos y ríos, lidiando frecuentemente con haciendas tan chúcaras que sólo a pechadas y mangazos obedecían. El ganado del Tala Grande era manso, pero no así las novilladas que Dn. Fausto adquiría para invernar en otras estancias y entre las que venían toradas de ocho a diez años completamente cimarronas, orejanas, sacadas con perros de los montes. A fuerza de pararles rodeo se amansaban, no sin que algunos pingos quedasen en la brecha como florecidos de rosas. Cierta vez, sacando del monte hacienda alzada, perdió el patrón tres caballos en un día.

A los potros no se les daban los primeros galopes a campo abierto sino en la manguera grande del establecimiento. Si algún domador caía no hacía falta correr detrás del bagual y bolearlo. Por otra parte se abreviaba la tarea. Dn. Fausto no asistía generalmente a las domadas, pero ese día, sabiendo que Florido iba a jinetear el pampa, estaba allí sentado en

la manguera, conversando con el mayordomo. Habían acudido como a una fiesta casi todas las chinas de la estancia, entre ellas Mangacha, que él, como una gran distinción, hizo sentar a su lado. Era la preferida de sus ahijadas y tenía muchas. De un corral pegado a la manga sacaban los potros enlazados. Al pasar la tranquera tomaban la disparada: un pial de volcao, un seco y al suelo. Cuando sacaron al pampa, colocóse Florido a la derecha de aquélla. Apenas iniciada la carrera, para que no se desfogase, lo pialó, poniéndole luego el bozal, el torturante "bocau" y las pesadas riendas. Antes que se enderezara del todo, Abrojo le agarró con la mano derecha una oreja, suave como el terciopelo, y con la izquierda el hocico, y, afirmándose bien, dijo:

—Ensillá, rubio; de aquí no se va' mover.

Era como si estuviese atado a un ombú. Florido le colocó las jergas, luego las caronas y después el basto, y empezó a apretarle la cincha poco a poco, hasta partirle la barriga en dos. Bufó el pampa y quiso manotear, pero el dolor no lo dejó. La mano del negro le apretaba el belfo como una terrible mordaza. Florido terminó de ensillar y montó con tanta suavidad y haciéndose tan liviano que seguramente el potro no se enteró.

—Si se tendrá fe — había observado el patrón —

bombacha blanca, blusa blanca, vincha blanca como para que se vea bien si lo revuelca.

—Me parese imposible que no lo baje; los ha basureau a tuítos los domadores y hasta el mesmo Sabana que lo he visto jinetear en pelo los potros má bellacos. Verá, patrón, qué manera fierasa de corcovear. Y qué poder. Naides le h' aguantau má de sinco o seis saltos.

Don Froilán hablaba bajito, como si estuviese comunicando de prisa un secreto, y escupiendo a menudo. Escondido en el hueco de la mano tenía un cigarrillo; de tiempo en tiempo, disimuladamente, le daba una pitada y echaba el humo hacia arriba para que no le fuese al patrón.

Los domadores habían interrumpido la tarea; los troperos lo mismo. Florido empuñó las riendas y el cabestro, revolió el rebenque y gritó:

—Suelteló a esa maula, ¡abra, ba, ba, ba! y le metió las nazarenas y le cruzó las carretillas de un rebencazo.

En cada corcovo el pampa se levantaba un metro y medio del suelo y hacía un cerrado arco. Corcoveaba a la derecha en redondo, como si se buscara a sí mismo, de repente a la izquierda en la misma forma o a los dos lados a la vez, o tomaba la carrera y, en medio de la furia, se convertía en un epiléptico ovillo y tiraba una serie de descompuestos y tremendos sal-

tos. Las lloronas le coloreaban las paletas y los sobacos; el rebenque subía y bajaba implacable. En el aire Florido abría las piernas, haciendo gala y alarde de su dominio sobre el bruto, y al tocar la tierra le clavaba los "fierros".

—No lo fasilités, que te va a bajar — no pudo por menos de advertirle el patrón, vivamente interesado en que su crédito saliese airoso.

—Sólo que se parta en dos pedasos, y ansina mesmo pué que salga jineteando en uno — respondióle a gritos entre los corcovos el rubio—. ¡Abra, ba, ba, ba...!

—¡Gaucho quiebra, criollo lindo! — murmuró don Fausto complacido, recordando de golpe y todo a la vez las gauchescas hazañas de su juventud: las jineteadas en pelo de los potros "reservaus" de todas las estancias conocidas, la lidia con el "ganau alzau" en los montes, las tretas de que se valía para sacarles el bulto a las partidas de bandidos, que durante las guerras infestaban la campaña, saqueaban las estancias y despojaban a los caminantes.

Bellaqueando furiosamente, recorrió el pampa la manguera bajo una lluvia de azotes y espolazos, que lejos de hacerlo amainar, excitaban su furor. Tenía el hocico ensangrentado y los dientes rotos de los golpes que daba contra la tosca del piso; los ojos inyectados en sangre, los ijares tensos. Ondas de tem-

blor le recorrían la sudorosa piel. Las fuerzas lo abandonaban, defendíase, como los pugilistas que se sienten desfallecer, acudiendo a los recursos y trucos ilícitos, patadas a los estribos, mordiscos a los pies. Florido esquivaba, arrollando las piernas y corriéndole como burla las espuelas por la frente. Al fin, domeñado y sin alientos, tomó la carrera de los potros vencidos, derecho al cerco. El apadrinador quiso desviarlo, pero Florido le gritó:

—Dejeló, no má.

Y pegándole al pampa un formidable mangazo entre las orejas lo hizo rodar como una pelota. Él salió corriendo con el cabestro en la mano.



Al declinar la tarde Mangacha lo invitó a ver la huertita que cultivaba ella misma: unas cuantas hileras de maíz dulce, repollos, lechugas, zapallos, tomates; un cuadrito de papas, otro de sandías.

—Tengo tamién mis plantitas de flores, me gustan tanto como a usté. Mire este rinconsito: rosales, claveles, malvones, violetas, jasmines, cuanto Dios crió. ¿Sabe cómo lo llamo? Pues Florido.

—Dende aura le voy a llamar Mangacha a mi ventana florida.

Se agacharon para destruir unos bichitos que habían subido a los rosales.

—¿Y las gallinas no le atropellan la güerta?

—Las saca carpiendo el cusco.

Estaban muy juntos; a veces sus manos se rozaban y el más turbado parecía él. "Llegó la hora de la pruebita", se dijo, pero la confianza y la cordialidad de ella impidieron cuajar las intenciones pecaminosas. "Es al ñudo, ésta no es como las otras; la quiero y respeto demasiau pa... Y yo tengo que desirle algo, ¿qué le voy a desir? No estoy acostumbrau a este juego".

Se incorporaron. Mangacha cortó un pimpollo y se lo puso al mozo en el ojal. Él le agarró las manos con tanta ternura que ella no tuvo fuerza para retirarlas ni quiso intentarlo.

—¿Ricuerda lo que le dije, chacoteando aquel día en la manguera?

—Maliseo que esta mosa y yo, vamo a salir queriendonós. ¿No jué ansina?

—Ansinita mesmo. ¿Y?...

—Ya ve que no he olvidau.

Dulcemente la trajo hacia sí y la besó sobre los labios trémulos. Ella apoyó la cabeza en el fornido pecho de él y murmuró apenas:

—Ansina...

En el horizonte color gris de laguna, el sol poniente flotaba como un camalote de fuego.

—¿Me queré?

—Por tuita la vida — contestó la Morocha levantando los ojazos para verlo.

A pasos lentos se dirigieron a las casas. Doña Justa estaba sentada en su silla de buen andar contemplando el paisaje.

—Aquí me tiene todos los días aguaitando la salida y la dentrada del sol. ¡Linda fiesta! Los paisanos, por lo rigular, no tienen ojos pa' tamaña lindura.

—Tienen... a las calladas; si hablan se ruempe el encanto.

Entraron. La china lució en la comida sus habilidades culinarias y charla retozona o muy sesuda, porque era mujer de buen consejo, despierta, maliciosa y sabedora. Para todo tenía cabal respuesta. El zumo más alquitarado de la experiencia pueblera y gaucha se hacía verbo y carne en ella. Los campamentos, los bailongos, las andanzas entre gentes muy diversas, los amores le habían dejado como un granito de sal con el que sazonaba sus discursos y filosofías. Nunca condenaba, siempre encontraba razones para disculpar las debilidades o errores del prójimo. A eso se debía que todos la quisieran bien, incluso la vieja Casilda, que la había asistido dos o tres veces.

Mangacha, feliz, reía por cualquier cosa. Florido, en vez de chacotear y buscarle la lengua, mostrábase obsequioso y rendido. Quisieron después de la comida ponerle en aquella pieza, que era comedor y sala, un catre para dormir, pero él prefirió hacerlo en su recado afuera.

—Me gusta dormirme contando las estrellas.

—Hasta en eso es bien Florido.

—Va' pasar algunos días con nosotros, ¿no? Eso jué lo prometido.

—Usté manda.

—Me ayuda' atar las dos vaquillonas que tengo resién paridas y yo lo ayudo en la doma.

—Ya está.

—Aura no puedo echar mano del puestero; lo tengo tuito el día con el peón, curando la hasienda agusanada. Año bravo pa' la queresa.

Prácticamente, era Mangacha la puestera. Las órdenes sobre los trabajos de la semana se las enviaba a ella el patrón por escrito, para que lo enterase al puestero, que no sabía leer; y los informes semanales que exigía de éste como de los otros puesteros, dando cuenta del estado de los campos, las aguadas, las haciendas, el agua caída y muchos detalles más, los redactaba la moza con grande escrupulosidad. Además hacía cumplir las instrucciones del patrón al pie de la letra, mantenía las majadas libres de sar-

na y criaba buen número de guachos, por todo lo cual decía aquél que era el mejor puestero de la estancia. A veces le llevaba ella misma los informes. Entraba al escritorio y se dirigía a Dn. Fausto diciendo con las manos juntas:

—¡La bendisión, padrino!

—Dios te haga una santita.

La besaba en la frente sin levantarse, para lo cual tenía que inclinarse ella; hacíala sentar luego y le dirigía mil preguntas, que la linda morocha contestaba al hilo, categóricamente. Cuando la mortandad de ovejas, después de las últimas esquilas, se atrevió a decirle:

—Padrino, si todas las majadas tuvieran un corral de piedra donde abrigarse después de peladitas, yo creo que habría poco que cueriar, aunque las agarrase un temporal como en esta güelta. Ansina salvé yo la majada del puesto; sólo perdí algunos corderos.

—Tenés rasón. Voy a levantar un corral en cada rodeo. A las pocas vueltas ellas solas buscarán el abrigo. Te apuntaste un tanto, Mangacha. Lástima que no hayas nasido varón. Te habría hecho un mayordomo de primera.

Y los corrales se estaban levantando.

Cuando quedaron solas, D.ª Justa, mirando maliciosamente a Mangacha, interrogó:

—¿Y...?

La morocha, riéndose, se puso el dedo índice sobre los labios.

En los días siguientes, al caer Mangacha a la cocina, encontraba a Florido con el fuego encendido, el agua hirviendo y el mate pronto. La moza, a fin de desempeñarse más cómodamente, en la ordeñada sobre todo y la cura de las ovejas, usaba desde pequeñita chiripá o bombacha y botas coloradas de suela gruesa. Esta indumenta, lejos de hombruno aspecto, dábale resalte a los femeninos encantos de su cuerpo, todo proporción justa y esbeltez. Tenía las piernas finas, impecablemente torneadas, las caderas ceñidas, pero mórbidas, el talle de avispa, los pechos pequeños y firmes, los movimientos rítmicos y gráciles como los de un gurí. Florido la contemplaba con delectación, pero sin angurria sexual. Aquella hora de intimidad antes de empezar las tareas del día, junto al fogón amigo, cuyo calorcito amable invitaba a abrirse y franquearse, les ofrecía seguro e inefable goce, gozo tranquilo y cordial. Apenas le daba el rubio el primer chupetón a la bombilla de plata y oro, alhaja de D.ª Justa y que podía contar muchas historias amorosas, decíale ella:

—Dame tu chupa, pues — y armando un cigarrillo lo encendía en una brasa y se lo entregaba humeante.

No habían vuelto a besarse ni a hablar de sus amo-

res, sino por alusiones vagas y remotas, pero cuanto se decían, por el tono y el acento con que se lo decían, era así como la envoltura, la cáscara seca que guardaba la ternísima pepita del "te quiero". Por tal arte, sin esfuerzo ni formalismos convencionales, naturalmente se declaraban de la mañana a la noche. Todas las palabras y todos los gestos les servían para el caso. A los nombres galantes: tesoro, prenda, que Florido empleaba hablando con las chinas, agregó otros más cariciosos, que jamás le había prodigado a ninguna: Mi amor, corasonsito, patronsita, torcasa. Ella lo llamaba indistintamente Flor, Florido o rubio.

Al venir las barras de plata del día, una tenue e indecisa claridad por el Oriente, se encaminaban al tambo. Florido la ayudaba a atar y manear las vaquillonas chúcaras. Luego se iba al corral donde lo esperaban sus redomones, y de a pie, con mucha paciencia y hablándoles siempre, les daba rienda, manoseaba y enseñaba a cabrestear. A veces les ponía manea redonda o potrera para impedirles patear y sacarles las cosquillas. Una hora después caía la morocha a darle una manito para galopear los potros más ariscos. Al calentar el sol volvían a las casas. Él ganaba la cocina; ella su cuarto para asearse y aparecer a la hora del almuerzo ataviada con las prendas de su sexo, trapitos humildes, pero donosos, fal-

das sin perifollos y blusas que ella misma se confeccionaba. Había tomado algunas lecciones de corte con la mujer del maestro, española lista y mañosa, que cosía para todas las chinas de la estancia y le hacía además la ropa al marido. Ambos eran oriundos de Gijón, menudos, arrugados como ciruelas y cetrinos. Habían pasado muchas miserias antes de llegar al Tala Grande y se encontraban allí como en la gloria desde diez años atrás, ahorrando cuanto podían para redondear una buena pelota y volver a la tierra.

—El apaño, esa es la fija. El resto, tonterías — afirmaba el maestro.

A pesar de ser muy buenos no gozaban de la debida consideración entre las gentes de la estancia. Los tachaban de roñosos, gran crimen para gauchos de la vieja cepa.

Por las noches, después de comer, sentábanse al fresco. Doña Justa solía tocar el acordeón para que Florido y Mangacha bailasen. Llena de cándida voluptuosidad se abandonaba ella en los brazos de él, y como no usaba ceñidor alguno y las telas de verano eran muy tenues, el mozo palpaba con la diestra, cual si estuviera desnuda, las mórbidas carnes del dorso, suavemente hendido de arriba a abajo, y sentía que los duros pechos de la Morocha se achataban contra el ancho torax suyo. A veces le pedían que

cantara. Aunque tenía fama de guitarrero y cantor no se hacía de rogar. Primero le dedicaba a D.ª Justa muy rendidamente, con gauchesca cortesanía, alguna décima del tiempo viejo. Los alcoholes del recuerdo la mareaban y hacían suspirar hondo.

"Mi doña Justa que viva,
"ponga atensión y repare,
"va' ver cómo se lamenta
"entre prisiones un ave.

"Antes quiero que usté sepa
"que es Florido quien le canta;
"soy la tierra que usté pisa
"y el polvo que usté levanta".

Y seguía la décima. A Mangacha le cantaba quejumbrosos estilos, dolidas canciones, y para variar y hacerla reir algunas milongas compadronas.

"Vamos a ver mis caballeros
"si se puede o no se puede,
"muchas veses rejusila,
"relampaguea y no llueve.

"Si un teru, teru, teru,
"si un perro te pega el grito,
"si un cangrejo te hase
"chascharaschás con el pico".

—Lo vamo a estrañar de vera — le declaró doña Justa la víspera de partir.

—Lo mesmo yo a ustedes. Taba aquerensiau. ¿A quién no le gusta el dulse 'e leche? Lo que güelva a entregarles el pampa me quedaré dos o tres días. ¿Asetan?

—Ansina juera pa' siempre — se le escapó a la morocha, y se quedó contemplando la noche de plata.

Doña Justa los dejó solos.

—¿Me queré, corasonsito?

—Ya te lo dije, Flor; por tuita la vida. Es la primera ves que quiero y será la última. Eso me da miedo, porque inoro si vos sos consecuente. Tenés fama de picaflor.

—No me h' esperimentau; hast' aura no había querido a naides. Sólo puedo desirte, torcasa, que a vos te quiero y te quiero querer. Siempre juí en todo de la sujesión. No me gusta que me aten a soga, menos que me pialen. En tuita ocasión me estoy sacando el laso. Pero con vos colijo que me ataría yo mesmo gustoso — echóse el gacho a la nuca y añadió: — En cada uno de nosotros hay dos gauchos: uno que tira pa' las casas, el otro pa' l campo, campo ajuera. De moso la tierra se le hase chica al criollo. Dispués los coscorrones de la suerte y las cachetadas del destino en las carretillas lo hasen rumbiar pa' las casas. Obligau por la nesesidá, porque si se

retoba no come, amaina, se agringa y, como disen los puebleros, se hase gente el paisano, pero deja de ser gaucho. Y yo quisiera ser gaucho y gente. Me gustaría tal ve, nunca he pensau en la cosa, tener mi rancho, mi china querendona, que se llamaría Mangacha, mis vaquitas, mis ovejas, mis gurises y ser al mesmo tiempo libre como el pájaro, que no tiene má jaula qu' el monte ni más conchavo que cantar.

—Rubio, la jaula es el nido, el conchavo alimento pa' los pichones, el trabajo la ley de Dios. El pájaro no es má libre que nosotros. Si algún día nos casamos—, tené por entendido que yo t' esperaré siempre — aquí mesmo podemos vivir con independensia, hasta ande cabe. Vos sabés que padrino no es un patrón pa' naides y sí un padre pa' todos. Le gusta qu' el paisano avisau se haga libre y trabaje por su cuenta. Ansina hiso él de moso. Por eso, en cuanto algún puestero tiene algunos riales amontonaus, le dise: "Vamo a haser una sociedá pa' que aumentés tu capitalito". Y ya tené un hombre parau. Lo mesmo hará con nosotros. Yo tengo una puntita de vacas y otra de ovejas, aumento del regalito que me hiso cuando me sacó de pila. Tamién tengo una platita a rédito. Vos sabés trabajar, tené unos pesos, 'tas muy acreditau. Te haría asosiau o comprador de novillos o mayordomo en este puesto que v' a ser estansia sigún me dijo. Pero eso será pa' má ade-

lante. Mientras maduran las uvas sólo hay que pensar en quererse. Yo sólo pienso en eso. Soy felís queriendoté, no pido má. Rubio, quiero ser pa' vos nido y no jaula.

—Venga, mi vidita, a mis brasos. Recueste la cabesita aquí, ajá, aura duermasé tranquila, mientras le canto el arroró.

Mangacha iba haciendo, como un niño mimoso que busca caricias, cuanto él le decía. Luego fué entornando los ojos con manso deleite y se durmió.

—Esta sí que es güena y derecha. Si no me voy a baraja con una prienda así es que ando con el paso cambiau o soy sonso derecho viejo. Pero ¿seré capás de sujesión, de cumplir tantas obligasiones, sin querer reventar la soga y levantar el poncho? "Los pájaros no son má libres que nosotros", rasón. El trabajo no me asusta; pa' mí el má duro es diversión, pero los compromisos con éste, con el otro, con todos, se me hasen cadenas. ¿Adónde irá el güey que no are? Sabido, pero queda la elesión y la mudansa. ¿Y si por evento me da la biarasa de dejar la querensia y dirme con mi tropilla de redomones? Y güeno, me iré. Mangacha siguro comprenderá. Y dispués cada estasión su pastura; no voy a tener potros a quienes ponerles el basto ni chinas que cortejar tuíta la vida. Tamién de eso ando aura medio asqueau. Las chinas, la que no verdona y desabrida

me va a pareser pasada. Y Micaela, ah, ¡Micaela!... El gaucho debe picar de flor en flor y volar. Y mi prienda, pobresita, tan confiada. Eso me ata má. Cuando digo que yo solo voy a ponerme la coyunda...

Se durmió con la preciosa carga en los brazos. El albear los sorprendió así. La noche, por la puerta del oriente, se recogía las faldas y se iba del baile. Palidecían las estrellas, al igual de las mozas trasnochadas, y abandonaban la nocturna fiesta por millares. Un gallo cantó, mugieron los terneros en el tambo, las lecheras les respondieron incorporándose con las ubres llenas de leche.

Doña Justa se asomó a la puerta, y contemplando a los novios:

—¡Eso sí es vida! — murmuró.

XI

CUANDO yo desiba que las divinasiones y las brujerías de Casilda iban a tener cola, ustedes se réiban y aura están de jeta colgando. A Juan naides duda que se lo tragó la tierra, güeno. Sabana y Mansilla, alegando una parada con los hermanos Piris, que eran cuatro y se le vinieron como a cobrarles los visios, tuvieron que chusearlos, y aunque los presentes declararon en favor d' ellos, marcharon pa' la jefatura, güeno. Lusero anda medio falto y hasiendo de las suyas por las pulperías, güeno. Las Gatas tuvieron unas paperas bagualas y dispués por no sé qué cuestiones quisieron ahugar a la madre, que metía uña y diente de lo lindo, güeno. Si no es por Abrojo, que oyó los gritos y las apasiguó a rebenque, a estas horas taba la vieja de pata estirada. El cristiano má porrudo no tiene otro remedio que malisear que en todo esto anda Mandinga metiendo el rabo. A mí que no me digan.

—Sí, no hay que darle güelta; aquí están pasando cosas muy raras. Se acabaron los bailongos y el guitarreo. Las cosinas paresen velorios. Sólo se oye hablar de lobisones, luses malas y duendes. ¡Pucha digo! En las noches oscuras no salgo de aquí pa' mi cueva si no de daga en la mano.

—De mucho te iba a servir contra las ánimas.

—No le hase, Pancha; eso impide que se le aflueien a uno del todo las tabas.

—Yo tamién la pelo — aseguró Barranca — pa' mostrar la crus. Otra cosa es al ñudo. El otro día, sin ir má lejos, me desperté con sé y juí hasta la pipa pa' tomar un poco de agua. De güelta vide un bulto grande en el suelo; quise darle lau, pero de un repente se alsó, se me vino ensima y me acomodó tremendo vejigaso que me dejó sumbando los oídos. Me dió rabia y con tuíta mi juersa le mandé guardar la rebalosa hasta la ese. Entré como si juese en la paja y me acomodó tres o cuatro vejigasos má, que me dejaron sordo y alelao. Entonses pensé en los duendes y le mostré el mango de la daga, disiendo medio juertesito: "Crus, diablo". Pues, amigos, han de crer, pegó un salto pa' atrás, se hiso chiquito y disparesió.

Discutieron un rato sobre si la aparición sería ánima, duende o el diablo. Barranca se inclinaba a creer lo último.

—Si hubiera sido lobisón me priende los dientes. Sólo el diablo hase diabluras pa' divertirse. De no, ¿a qué venían los vejigasos? ¿Y por qué naides se me arrima dende que salgo de aquí mostrando la crus?

—¿Y cómo acontesió la pelea de las Gatas?

Abrojo refirió una larga historia, pimentada con las observaciones y ocurrencias de la negra. Después de la macabra aventura de los troperos y las hablillas y los obscuros temores que suscitó en la estancia, las gentes empezaron a demostrarles a la bruja y las hijas no disimulada tirria, que pronto se transformó, aguzada por las cavilaciones y las supercherías, en enconada hostilidad. Les atribuían, sin asomo de dudas, las cosas malas que iban sucediendo. Les quisieron incendiar el rancho, y lo habrían hecho si Dn. Froilán y Ramón no lo impidieran. El peón casero se negó a llevarles la carne so pretexto de que la vieja le iba a hacer mal de ojo. Zabana, Mansilla y Lucero, por diferentes razones, dejaron de frecuentar el rancho. Anunciaron un bailongo para festejar la falsa noticia que corrió sobre la aparición de Juan y no fueron ni los músicos. Cuando cayeron enfermas de anginas nadie las visitó, y todos decían: "Castigo 'e Dios". Aquella inquina injusta las tenía ya apenadas, ya irritadísimas. Sólo Casilda permanecía impasible. Las hijas mur-

muraban, celebraban largos conciliábulos y mostrábanse desabridas con ella. Su extraño mutismo, miradas oblícuas y el negarse a dar ninguna explicación, las ponía fuera de sí y atemorizaba al propio tiempo. No la comprendían, no la habían comprendido nunca. Creían en sus virtudes de saludadora y adivina, pero no sabían si ello era cosa de Dios o del diablo. A veces la tenían por loca y perversa, otras por cuerda y santa. Las miradas de lechuza las helaba, pero adoraban aquellas manos flacas y del color de los alcauciles, que al posarse en el punto doloroso del cuerpo, calmaban el sufrimiento. Era dura, áspera y nada propicia a las efusiones sentimentales, pero cuando una de las hijas caía enferma no se separaba de su lado ni de día ni de noche. Cada vez que la paciente abría los ojos la veía tiesa, la cabeza alta sobre el cuello largo, las miradas hundidas como dos chairas en el techo de paja. ¿En qué pensaba? No se atrevían a sospecharlo siquiera. Así como una cerrazón de misterio la envolvía y separaba de ellas y de los otros.

Por las noches, antes de acostarse, oraba puesta de rodillas, la cara apoyada en las manos, las manos descansando en la mesita retacona, sobre la que se veía siempre la mugrienta baraja de cuero, industria charrúa. Nunca se sentaba a comer sin persignarse y besar el pan, ni guardaba las monedas de re-

galo que recibía por sus curaciones o las complacencias de sus hijas con los forasteros, sino luego de hacerles la señal de la cruz. Todos los días, al entrar el sol, después de la farra de los troperos, dirigíase a la Tapera y dejaba una vela encendida en el farolito de latón que ella misma había clavado en el ombú.

—¿No compriende, mama, que con esas idas y venidas da lugar a que hable la gente? — le dijo Micaela.

—Como si no tuvieramos bastante con lo que ya disen — añadió Justina.

—No sacan el cuerpo como si estuvieramos apestadas — agregó Dorila.

—Y todo viene de aquella noche maldita — concluyó Clara.

—Ansina es, ansina — confirmaron juntas.

Y quisieron impedirle que fuese a la Tapera, pero ella se abrió paso a viva fuerza y partió agitando los brazos en alto como dos serpientes. A la vuelta las hijas la increparon duramente, y como la gorgona, furiosa, empezara a repartir moquetes a diestra y siniestra, se lanzaron sobre ella vomitando insultos y palabrotas soeces. Al oir los gritos, Abrojo, que había ido por aquellos contornos a atar un caballo a soga, corrió al rancho, y a rebenque, porque no entendían de otro modo, deshizo el nudo rabioso de las mulatas.

—A Micaela le había dau el mal y taba en el suelo revolcándose. Justina, al verla, pegó un grito a lo chajá y se vino abajo con la pataleta tamién. Habían tenido las dos unos muslos de mi flor, ¡la gran flauta!, y los pechos chiquitos; má que pechos paresiban brevas moradas. ¡Qué lindura!

—No seas safau, negro viejo, y seguí viaje.

—Yo no podía sujetarlas a las dos pa' que no se lastimasen ni hisieran añicos los vestidos. Y aí acontesió una cosa dina de contarse y que me asombró, aunque estoy curau de espantos. A la sorda le corría la sangre de los arañasos por las arrugas como si jueran arroyitos, y teniba la boca ensangrientada de un colmillo que le habían volau, el último que le quedaba. Pues ansina mesmo, ¿han de crer ustedes?, se hincó en medio de las hijas, que estaban a los manotasos y las patadas y le puso a Micaela una vaina de cuero entre los dientes y un pañuelo a Justina, pa' que no se tronchasen la lengua, dejuro, y empesó a pasarles suavesito no má, suavesito, las manos por el corasón. Estaban desnudas de medio cuerpo arriba y yo sofocau de adeveras apenas atinaba a tenerles las manos apretaditas, ¿a que no saben dónde?, sobre el empeine, ¡la pindonga!, y pa mejor medio escarranchau en las piernas de las mosas, una pata sobre cada una, pa' que no cosearan a la vieja. Situasión apuradasa y como pa' haserle perder el

andar al mesmo San José. A pesar de ser largo y juersudo apenitas podía sostenerme de puro encandilau en aquella postura.

Todos reían como si les hicieran cosquillas.

Abrojo tiró el sombrero al suelo para reirse más a gusto.

—Gregorio siempre jué prosiador. Mucha sofocasión, mucho encandilamiento, pero nunca suelta. ¿No es ansina, Pancha? — exclamó Barranca guiñándole el ojo.

—No—, dijo Pancha sonriendo y acariciándole las motas al negro—. Mi negro siempre jué gallo.

—Agarrá ese sorrillo por la cola. Y dejá seguir el cuento o nu acabo nunca.

—¡Pucha, digo, hasía tiempo que no nos reibamos de tan güena gana!

—¿Ande iba? ¡ah!, ya caigo. Las chinas se quedaron quietitas y quietitas empesaron a llorar, mientras la sorda les arreglaba el pelo y la ropa. Dorila y Clara se misturaron al grupo medio enarcadas de lomo como ovejas sufridas, y besaron a la madre y a las hermanas. Comprendí que estaba de má y rumbié pa' juera mi acalorau.

—No, si lo tengo asigurao. Casilda es atorada, pero no mala. Yo la conosí mosona. Era rara, arisca y amiga de formar rancho aparte. ¿Qué pito iba a tocar en las riuniones, siendo sorda y muda? Pero

eso no le impediba tener cría todos los años. En cuanto le gustaba un paisano no andaba sentándose en la retranca; se réiba y se ponía lindasa y rumbiaba pa' l rancho mirando pa' atrás.

—Yo una ves la alcansé, le recosté el pingo a la paleta y le grité: "Vamos" — dijo Barranca echándose hacia adelante y levantando la mano derecha como los corredores, y luego volviendo a su posición confesó — pero se sentó feo...

—Miren al tinorio, queriendo echar güenas.

—¿Y de aí? ¿O vos te cres, Pancha, que tuíta la vida me vieron las chinas barrigudo y vejancón? Tuve mi tiempo, de moso era como una simbra. Preguntále a tu negro.

Las pulpas de la negra, acompañando a su rostro, bailaban de risa.

Como obscurecía temprano, se comía a las siete y prolongaba la tertulia hasta las diez, yerbeando y prosiando al amor de la lumbre. La reserva y el silencio del gaucho se quemaban y hacían humo en el fogón. La alegría del fuego y el ámbito amigo los invitaba a franquearse; hasta Viraqué y Lucero, los más reconcentrados, tornábanse locuaces y retozones. Junto al fogón experimentaban las dulzuras del compañerismo. Allí las viejas amistades se acrisolaban y soldábanse las nacientes. La estancia engendraba una especie de ciudadanía y solidaridad gene-

rales, que reforzaba cada fogón con timbre propio, parejo al que caracteriza a los pueblos y las ciudades de un mismo país. Afinidades de categoría, trabajo y gustos dividían los peones, para reunirlos luego en grupos de aptitudes y mentalidad distintas. Los temas de las conversaciones y hasta el lenguaje variaba de grupo en grupo, marcando como el diagrama del tono vital de cada uno. Entre el fogón de Pancha, que reunía la flor del gauchaje de la estancia y el de los peones de más humilde sueldo o los gringos, habíase establecido ascendente valoración. La cocina de los troperos ejercía visible y no resistida influencia, que iba desde el vestido hasta el hablar. El repertorio de temas era allí más numeroso; la charla más variada; el vocabulario más rico y pulcro. Pancha, habituada a las costumbres de misia Carlota, que detestaba las palabrotas y las expresiones guarangas, había substituído los ajos y las cebollas por otros términos equivalentes, pero no sucios, que le había oído al patrón. Aclimatados en la cocina de los troperos pronto fueron recogidos por las otras, penetraron en los comedores de los cuatro capataces e hicieron su entrada triunfal en la escuela. Así se hicieron de uso corriente en la estancia y luego en el pago, caracho, pucha, la gran flauta, la pindonga, pistola, además de otros decires que los troperos traían de Tablada, de las correrías por otras estan-

cias en busca de novillos y hasta del Brasil, a la vuelta de las tropeadas que hacían a Pelotas dos veces por año. En el último viaje importaron, junto con dos vocablos nuevos, algunos objetos de plata labrada, que al punto se hizo de moda en la estancia, y un baile exótico.

—Y tan luego en estos istantes faltan los tres compañeros má alegrones. Si estuviera el rubio aquí dejuro había encontrau algún medio de remediar las cosas.

—¿Y qué querés que hisiera? Como no esté tamién con la bala adentro.

—No, a ese no le dentra la bala, ta curau. Lo hubiera sosegau a Lusero; le habría aconsejau a Casilda que no alborotase a la pionada con tanto paseo a la Tapera.

—¿Y d' ande sacás vos — tronó Abrojo frunciendo el carnudo entrecejo — que el alumbrarle velas a los dijuntos sea pecau?

—¿Qué estás disiendo, negro?

—Lo que oís. Cada tarde deja una vela ensendida en la Tapera. Lo que nosotros creíbamos lus mala, era lus güena de Casilda. Y digo güena porque dende que alumbra se acabaron las otras iluminasiones.

—Esa es la cosa — aseguró Barranca—. Al salir

de aquí pa' el catre vicheo pa' allá y no he güelto a ver má que una lus.

—Yo lo mesmo.

—El casero, que' andau espiando a la vieja, me contó hoy mesmo lo que susedía. Yo no había querido nunca mirar, ni ésta tampoco. Pa' esas cosas semos amoladasos los dos. Aura que sabés, negra, debías llevarle a Casilda una dosena de velas pa' que las prienda en nombre de todos nosotros, y vos agacharte a resar.

—Mañana mesmito le doy dos al pardo Ramón pa' que se las entriegue. Es el único que llega al rancho. ¿Qué andará tramando? Nada güeno dejuro. Lo que me sorprende es que no le aiga llevau el chisme al patrón. Las Gatas le habrán pedido que no le diga. Y de Lusero no se sabe nada. ¿Por dónde andará aura?

La puerta se abrió y apareció el mulato. Hacía un mes que faltaba del Tala Grande, había enmagrecido y la flacura acentuaba la saliente de los pómulos, el hundimiento de los ojos, de suyo cavados, y el pliegue severo de los labios violetas. Pancha dejó caer al suelo el plato que limpiaba. "Si parese un guará", pensó. Miradas inquisidoras le buscaron a Lucero los esquivos ojos.

—Güenas — murmuró y fué a sentarse a su rincón.

Silencio embarazoso.

—¿Sos vos o tu sombra?

—Yo mesmo, en carne y güeso.

—Casualmente Pancha preguntaba por vos cuando aparesistes como un fantasma. ¿Y de ande salís? —interrogó Saldivia.

—De por ai.

—Dejuro no has comido. ¿Querés? Tuavía tengo un poco de puchero.

—Si usté me dá...

—Asercá el plato.

Echándose el poncho de verano hacia atrás, obedeció.

—Y de Juan, ¿no te has anotisiau?

Hizo un gesto negativo.

—¿Entonse se lo tragó la tierra no má?

—Usté malisea algo, ¿no?

—¡Maliseo, maliseo!, si no se ven güeyas de' l en la Tapera ni salió de la estansia es que se lo tragó la tierra.

—Eso mesmito digo yo — murmuró sordamente.

—Pero vos se me hase que sabés má que yo.

—Tal vé...

Abrojo se impacientó.

—Soltá lo que tenés en el buche. Te conosco la renguera. Hase tiempo que andás a las agachadas. Aquí tás entre machos, hablá clarito.

—¿Manda o pide? Yo no tengo má que un patrón.

—Vas a tener dos. Andás buscando que te trillen la parva y yo, guachito, te voy haser ese favor.

Los hombres se interpusieron. Como quien aparta aguas se abría paso. Pancha se abrazó a él y le dijo bajito:

—No le hagás caso, negro, ¿no sabés qu' está...? —e hizo como si se atornillase el dedo índice en las sienes.

Lucero siguió comiendo tranquilamente.

—Cuando estén aquí mis aparseros hablaré. Quedaron desensillando. Aurita no má dentran. Otra presita, patrona.

—¡Pucha!, ¡qué hambruna tenés!

—Hase dos días que no como a gusto. Me viene persiguiendo la polesía. Les hise una gambeta pa' el lau de Bustillos y allá van meta y ponga.

—¡Otra papa a la olla! ¿Y por qué, cristiano?

—Por peliar. En las pulperías me buscaban camorra pa' esperimentar al que le hiso la pata ancha a una lus mala. Al santo botón era desirles que no había sido yo, sino mi compadre Florido. Y como tragaba saliva y prudensiaba me creían flojón y se propasaban de lo lindo. Hasta que desidí haserme respetar y empesé a repartir planchasos y algún tajito. En la última atracada creo que se me jué la mano. Me vide un poco apurau.

—¿Y?

—Juyo al monte. Al comisario, que nos tiene una ojerisa bárbara dende que le ganamos al overo mentau, no me entriego.

—Si te vienen persiguiendo los melicos, contá con nosotros — dijo Abrojo ya manso.

Entraron los troperos muy circunspectos y les dieron a todos la mano tiesa. Zabana y Mansilla, de vuelta del pueblo, se encontraron con Florido que venía al trotecito muy paquete y con un clavel en la boca. Sólo habían estado algunas horas detenidos, gracias a una carta que llevaban de Dn. Fausto y otra del pulpero. Por el camino le contaron al rubio la desaparición de Juan y lo que sucedía en la estancia. Florido frunció el ceño.

—Desde la farra todos andamos con el paso cambiau, menos vos. No cabe duda que la vieja nos ha hecho algún daño.

Florido no contestó. Tomaron el galope y en silencio llegaron a la estancia.

—Ya están aquí los presos y Florido. Los hemos estrañau una barbaridá. ¡Quiera Dios que nos traigan un poco de alegría! Aquí tamos bastante tristones. Les estoy asando un churraquito; no los esperaba. Aura comemos a las siete. Asientensé. Y a todo esto, ¿no han visto a Juan? Parese que Lusero sabe ande está.

—¿Entonse aparesió? Yo estaba temiendo que se lo hubiera tragau la tierra o volau pa' el sielo de un pique — exclamó alegremente Zabana—. Desinos qué hay.

Lucero vaciló algunos instantes. Habíase propuesto callar para no echarle más leña al fuego de las habladurías, pero ya no podía con su terrible secreto. Era un come come que no lo dejaba vivir, y sentía que a lo mejor, con un trago demás, se lo iba a confiar a cualquiera a fin de sacarse aquella carga de encima.

—Ansina hubiera rumbiau p' arriba, pero maturrangueó y rumbió pa' abajo. Tá en la cachimba — contestó sombrío y con la mirada perdida y como enredada en el recuerdo—. Entre los cuatro lo enterramos... sin saber. Dejuro al querer juír de las luses malas el pobre negro, que estaba mamadaso, se jué al poso... ayudau por el viaje que le mandé a la lus mala al querer juir yo tamién.

Pancha se pegó dos tremendas palmadas en los opulentos muslos y empezó a zapatear gimoteando:

—¡Pobresito Juan. Tan güeno!

—¿Quiere desir que lo enterramos vivo?

—Vivo no, que estaba muerto.

—¡Pucha digo!, es pa' volverse loco. Y vos ¿cómo sabés que estaba muerto?

En la semi obscuridad de la cocina, alumbrada por

una vela de sebo y la luz mortecina del fogón, el pardo refirió las inquietudes, las sospechas, y luego los tristes descubrimientos que había hecho en la Tapera. Los muros ahumados, sombrosos, aumentaban el patetismo de la escena. Sobre el fondo de tintas sordas, cobraban vivo resalte los toques de luz, sobre la mitad de un perfil, un ojo siniestro o la punta de una bota. Fino como un estoque, un rayito convertía en brasa el broche de plata y oro de Tizón, que llevaba puesto el pardo.

—Antes de salir de la cachimba, —concluyó— pensé sacarle el sinto y llevarmeló como ricuerdo. ¿De qué le diba a servir al pobre Juan? Ademá naides entierra a los muertos con las alhajas. Pero me paresió que lo diba a carchar y retiré la mano y me enderesé, dispuesto a dirme. De un repente, no sé qué me dió, y le saqué ligerito no sólo el sinto sino la daga y la cadena con los dos reló. Les juro que no tuve mala intensión ni pensaba en cosa ninguna. El que diga lo contrario miente y miente. ¿Qué juersa me empujó? No lo sé tuavía. Aí siguro hubo endiabladura. Aquí 'tán las priendas; el sinto tiene la plata que teniba, onse pesos. Mientras las lleve ensima, no acabaré de soñar con el pobre Juan —y una a una fué dándoselas a Pancha, para que se las entregase al pulpero y éste las pusiera junto con la plata que le había correspondido a Juan en la repartija.

—No se aflija, compadre — hemos tenido disgrasia, pero adrede no cometimos ningún delito. No hay por qué atormentarse. Verán como el patrón nos dise lo mesmo.

—En fija — afirmó Barranca.

—No hubo delito en sacarle las alhajas. Yo hubiera hecho igual. Pero la erró feo en no desirles nada a los compañeros.

—Cuando diba a abrir el buche me dió virgüensa. Pensé que había carchau a mi hermano; quise pensarla y ya empesé a enredarme en las guascas y a darme contra los postes.

—La mala suerte empiesa a castigarnos como si jueramos culpables. Usté, compadre, perseguido; mi aparsero y mi cuñau obligaus a chusear pa' defender el cuero, y los cuatro acusaus por Manduca de haberles robau la plata a los muertos. Al que le han salido callos en las manos de robar se figura que tuitos semos raspas. A mí he sabido que me tienen sentensiau. Anda disiendo que en la primera rigüelta me va' haser bramar en las estacas. He de velo pa' crelo. ¡Miren qué lonja apolillada pa' cortar tientos! Lo que no cosea el porrudo, es que yo tamién se la tengo jurada y en cuanto lo encuentre medio cortau... La judiada que me hiso haser por el comisario del Mataojo, que es el entenau, le va' costar carita. Jué en la pulpería de los Tres Caminos. Yo le había entre-

gau la daga al pulpero, sigún ordena la ley, y bebía mi vasito de caña. De un repente entró el comisario seguido de Manduca y cuatro melicos.

"Dese preso", me dijo, y me abocó la pistola.

Como teniba la consensia tranquila, le pregunté sin alterarme:

"¿Y por qué, señor comisario?".

"Por ladrón de caballos".

Debe haber equivocasión. Soy Florido, un gaucho honrau, trabajador y conosido en el pago. Traigo cuatro redomones, aquí tán las guías.

"Son sinco, falta una", retrucó.

"Y cómo ha de tenerla si viene entropillau mi picaso, y yo no lo he vendido", alegó Manduca.

—He llegau aquí con sinco caballos. Estos paisanos no me dejarán mentir. Al pulpero le pedí permiso pa' soltarlos en el potrerito, dispués de montar y darle rienda al que le traiba ya manso pa' él. Él mesmo lo montó y vió los otros. Y me ayudó a llevarlos al potrerito, ande no había ningún mancarrón. Desenfrenamos y nos volvimo aquí.

El comisario comprendió que la perdía y se hiso el enojau pa' disimular.

"Marche, en la comisaría se le tomarán declarasiones. Tenemos otras cuentitas que arreglar. Traiganlé alguno de los sotretas d' él y lo ensillan, les dijo a los melicos.

—Me tuvieron veinte horas de plantón de cara a la paré y con dos melicos atrás. Se réiban de mí, me llamaron compadrón y sarnoso.

"Ansina son los del Tala Grande, balaqueadores, pero en cuanto les aprietan las clavijas, aí lo tenés, se dejaría degollar como un borreguito".

—Comprendí que el ser juerte consestía en aquella ocasión en aguantar y aguanté. Como no pudieron probarme nadita me diban a soltar cuando dijo Manduca, que estaba medio pasau:

"Ché, hermano, con éste tenemos que haser un escarmiento. Vamos a esquilarlo pa' que aprienda a respetar. Cabo, traigamé una tijera. Yo mesmo lo voy a pelar. Se lo prometí en aquellas carreras y cumplo.

—El comisario se réiba. Manduca me pegó un tirón del pelo y yo aflojé el cuerpo y me dejé dir a tierra, hasiendomé el desmayau. Se escarranchó sobre mí y me esquiló como quiso. Dispués se levantó y me pegó con el pie, y yo quietito.

"Pueden retirarse", les dijo a los melicos, "y dejenló salir no má; si acaso lo ayudan a montar. Vaya, amigo, no sea tan flojo, levántesé; tá en libertá. Y pongasé el sombrero pa' tapar la pelada.

—Y se sentaron otra vé. Yo agarrandomé de una silla y hasiendo que me costaba una temeridá levantarme, me enderesé y dí algunos pasos tambaleando

rumbo a la puerta. Teniban las pistolas sobre la mesa, al alcanse de la mano, y el rebenque de Manduca en el medio. A cada paso me detenía como abombau y ellos a las bromas. Ansina me juí asercando, y cuando estuve a tiro pegué un salto, le casé la mano a Manduca y de revés le acomodé un mangaso al comisario, que quedó quieto, y otro al suegro. Les estuve repartiendo leña hasta que quedaron bien dormidos. Los registré pa' vasiarlos allí mesmo, pero no teniban puñal.

Al concluir le temblaban los labios y la expresión de su rostro era tan fiera, que aquellos gauchos sintieron extraña desazón.

—Les dejé el vellón por unos cuantos riales... mangasos y estas pistolas — y quitándose el pañuelo de colores, que a modo de vincha le cubría parte de la frente y la cabeza, añadió riendo—: Vean la esquiladura; como pa' chinear me han dejau — y soltó su habitual carcajada.

XII

¿ESTÁ Saldivia? — entró preguntando el pardo Ramón. .

—Aquí estoy.

—El patrón te llama.

Saldivia salió corriendo.

—¡Güe!, ¿qué quedrá desir esto? Estoy como mancarrón castigau por la cabesa y que siempre l' anda mesquinando — dijo Pancha, y abriendo la ventana agregó—: El patrón se 'tá paseando por el escritorio de manos en los bolsicos del pantalón. Mala señal. Y ¿qué estoy viendo? Casilda y Micaela sentaditas, mirandoló achuchadas. ¡Jesús María!, ¡la que se va a armar!

Callaron. Sólo se oía la respiración ruidosa y los suspiros de la negra, Lucero se escarbaba los dientes con la punta de la daga. Florido, Zabana y Mansilla comían el churrasco tranquilamente, los otros yerbeaban con los ojos duros puestos en el fogón.

—Y güeno, yo me voy antes que caiga el comisario.

—Dejáte estar, Lusero; vamo a ver lo que dise Saldivia.

Tardó una hora en volver.

—¿Quí hay?

—En cuanto dentré me hiso que les contara con pelos y señales lo que había susedido en la Tapera.

"¿Pero como sabías vos?", le preguntó a Casilda asercándoselé a la oreja, "que en la cachimba había plata enterrada?"

"Devino, patrón; me tapo la cara, la pienso y devino", respondió la vieja a los gritos.

"Qué vas a divinar; no me vengas con cuentos. Te he dicho que no creo en agüerías".

"Devino, patrón, le juro que devino", retrucó la sorda taconeando.

"No puede ser. Vos sabías algo".

"Sabía que Saldaña teniba una platita y una olla de tres patas y la mujer un anillo de tapita. Pensando una vé, vide la olla con la plata y el anillo en el fondo de la cachimba. De eso naides me avirtió nada".

"Devina, padrino, devina. Cuando la finada patrona murió en el baño, al ver venir el coche a la disparada se tapó la cara y dijo: Misia Carlota ha muerto".

El patrón quedó pensativo. Después, volviendo a acercarse:

"¿Y por qué no quisistes desirle a Juan lo que le veías en los ojos?"

"Lo vía muerto en el fondo de la cachimba".

—Yo me quedé alelao. Ansina mesmo tuve juersa pa' desir: Lusero campeando a Juan y no viendo güeyas coligió que se había caído al poso. Sacó el escombro y lo encontró. Y le conté lo que vos venís de contarnos porque al patrón hay que desirle la verdá pa' que no lo agarren de sorpresa los otros. Tamién le conté las judiadas que te hisieron a vos, Florido. Y estuve asertau como ya verán:

"Me parese que estoy soñando", dijo el patrón pasándose la mano por la frente. "¿Y de qué murió al fin el pobre Juan, de la herida u augau?

"Del pecho; lo que asigura Lusero son figurasiones. Anda medio falto del disgusto. No hay herida.

—Cuasi me caigo redondo.

"¿Tás sigura?"

—La vieja se tapó la cara un ratito y afirmó risuelta:

"Sigurisima".

—En eso dentró Dn. Froilán con un julepe bárbaro, disiendo medio atorau que el comisario de la sesión y el del Mataojo querían hablarle. El patrón hiso pasar las mujeres a la sala, les dijo que esperaran

allí y en cuanto se presentaron los polesías, sin darles la mano ni ofreserles una silla, como hase con todo bicho viviente, les ganó el tirón y les dijo tranquilo viejo no má, pero con esa risitá que le arrempuja un rincón de la boca pa' arriba cuando está medio incomodau:

"¿Ustedes vienen por Florido y Lusero? Güeno, pueden desirle al jefe que no he querido entregarselós, pero que si él lo desea se los llevaré yo mesmo. De paso lo pondré al tanto de los enjuagues de ustedes con Manduca pa' perseguir a mi gente sin ningunísima rasón... como no sea la de ser testigos de muchas cosas que a ustedes no les conviene que se sepan. ¿De ande sacan que a los gauchos de esta tierra se les puede buscar pleito, tratarlos de ladrones y hasta esquilarlos por burla sin arriesgar el pellejo?".

—Los comisarios quisieron alegar, pero Dn. Fausto los atajó con la mano y siguió viaje.

"Ya sé que Florido los curtió a mangasos a usté y a Manduca, y qué querían que hisiera dispués de la judiada, ¿que les diese las grasias? Si hubiera tenido siquiera un cuchillito de cortar tientos los abre en canal. Cualquier hombre de virgüensa habría hecho lo mesmo, ¡qué amolar! En cuanto al sabandija de Manduca, diganlé que no me ande buscando porque me va' encontrar. Tuavía no me ha pagau l' hasienda robada que me vendió. Los resibos tán firma-

dos por ustedes. Papelitos cantan. Podría haserlos mandar a los tres con una barra de grillos a Montevideo. No lo hago porque no me gusta haserle daño a nadie. Pueden retirarse".

—Los mosos dieron media güelta mascando rabia. De pronto, el del Mataojo, que es medio ideoso y de avería, se encaró con el patrón y le pidió permiso pa' hablarle.

"¿Me permite dos palabras? En lo del robo de caballos, el plantón y la esquila falté a mi deber, sí señor. Había comido un cordero al asador y bebido bastantito. Mi suegro desageró, desía que se trataba de un gaucho compadrón, peleador y ladrón. Pero dejemos eso a un lau... Y los mangasos tamién. Nosotros veníamos a llevarlos presos porque hubo derramamiento de sangre en las pulperías y en la farra de la Tapera un muerto. Lusero' andau lusiendo las alhajas del finau. Tamién hubo robo".

"Si hubieran querido robarlo nu diban a depositar la parte que le correspondía a Juan en manos del pulpero, ni Lusero hubiera hablau del asunto, ni diba a lusir las priendas en ve de esconderlas. Jué una negrada. Los ladrones no obran ansina".

—¡Patrón viejo! — exclamó Abrojo — siempre el mesmo, siempre dispuesto a haserle una gauchada al pobre!

—El comisario, levantando la vos — continuó Saldivia — bufó engallandosé:

"Esas son cosas que nosotros tenemos que aviriguar. Pa' algo semos la autoridá. No hemos venido a oir sermones".

—Aquí el patrón sonrió juerte.

"¿Ustedes la autoridá, que no hasen otra cosa que cometer injustisias y encubrir las fechorías y los robos de Manduca y repartirse la plata con él?".

—Viendo que la cosa se estaba poniendo fierasa, pelé la daga debajo del poncho y me aserqué pa' dentrar a las obligadas, mientras ño Froilán remoliniaba por allí como gallo entortau, y vide, cuando quisieron haser armas, que Ramón, Casilda y Micaela los asujetaban por detrás y que el patrón, casandolés la mano derecha a los dos, les levantó los brasos y se los torsió hasta haserlos gritar, ¡juersa de hombre!, al tiempo que les desiba:

"Quietitos o les ruempo los brasos. No olviden que aquí en mi casa la única autoridá soy yo".

—En esto dentró corriendo Faustito de camisa hasta los pies. Clavó una rodilla en tierra y apuntándoles con ese vinchester, que no acaba nunca de escupir balas, les gritó:

"En cuantito se muevan los dejo secos a los dos. Abrite, papá".

—Y miraba fiero y mostraba los dientes blanquitos.

"Vayasé, amiguito, a la cama", ordenó el patrón. "¿Quién lo mete en estos bailes?".

"No, papá, mientras esos no se vayan, no. Conmigo no van a jugar. Van a pitar del juerte. Abrite, pues. . .".

—¡Jué pucha, gurí guapo! El patrón no pudo menos que rirse. Yo teniba ganas de rir y de llorar, ansinita mesmo. . .

"Ya oyen lo que ordena el patronsito. Acompañá, Ramón, estos hombres al cuarto de güespedes".

—Les habían sacau los revuelveres y salieron sin desir ni pío, refregandosé los brasos, medio descoyuntaus. El patrón le dió un beso en la frente a la ahijada, la palmeó a Casilda, que teniba en la mano una cuchilla machasa, y agarrando al gurí y sentandoló sobre las rodillas lo abrasó y besó.

"¿Entonse usté iba a defender a su papá? Tá güeno, pero en estas cosas no tienen que meterse los niños. ¿Te das cuenta de lo que es matar un ser humano a tu edá?"

—Faustito le puso las manos en los hombros, se echó pa' atrás, y con los ojos muy abiertos, respondió:

"¿Y vos hubieras dejau matar a tu papá pudiendo salvarlo? ¿Y yo te diba a dejar matar a vos de boca abierta? No embromés, papá, tás chocheando".

"Güeno, mañana hablaremos de eso. Aura a la camita, porque va a tomar frío".

—El patrón volvió a rirse y me dijo:

"¿Y qué te parese a vos de esto, Saldivia? Y lo peor es que no he sabido qué contestarle".

—Era una picada sin salida, patrón.

"Hiso bien y hiso mal. No hay que engreírlo, de no, ¿quién lo sujeta?".

—Y me palmeó y me dió las grasias. Y me acompañó hasta la puerta. Yo, de puro boleau ¡pucha digo!, no supe contestarle.

—El gurí es de ley — aseveró Florido — estoy siguro que si sacan armas les priende bala. Y generoso como el padre. Nu hay día de amasijo que no nos traiga una ponchada de panes y biscochos.

Siguieron hablando de Faustito. Lucero permanecía silencioso y parecía no oir. De súbito lanzó un juramento de los que nunca se oían en aquel fogón y se incorporó de un salto.

—¿Y yo qué voy' haser aura? De puro bruto he comprometido a todos, mesmo al patrón, mesmo al niño. ¡No partirme un rayo! Me 'tán dando ganas de coserlos a puñaladas a los comisarios a ver si me compongo. Porque no hay que darle güeltas, a mí me han dañau. De nantes no era ansina. Apenas salidito de la cáscara tuve mala bebida, pero respetaba los de l' estansia. Y aura hago unos barros... A Juan, di-

ga lo que diga la vieja, lo herí yo. ¿Y cómo no diba a ser yo? Sentí el quejido, vide la herida. Jué sin querer, señal que estaba dañau. A mi compadre le tiré a partirlo, estaba mamau, pero sin daño no habría hecho tamaña barbaridá. Y todos me despresean y no al ñudo. La primera Micaela, y yo la quiero a caerme muerto. Lo mesmo a usté, compadre; me haría matar ande quiera por sacarlo en ancas d' un apuro, y en cuanto chupo un poco lo envideo y l' ofendería pa' peliarlo. Yo debía dirme al monte ande no hubiera caña ni gente. ¿Qué voy' haser en esta perra vida? Barro y más barro — y tornó a incrustarse en su rincón, jadeante de haber hablado y accionado furiosamente.

—Calmate, Lusero, aquí naides te despresea. No seas ansina.

—Tiene rasón ña Pancha; no tenés por qué afligirte. No has cometido ningún delito. De lo que acontesió aquella noche entre vos y yo ni me acuerdo, ni nunca me acordé.

—¿De adeveras, compadre?

—Lo apreseo como de nantes y má tuavía porque lo veo afligido. Pero es al cuete descorasonarse. Dispués de la noche negra, la madrugada clarita. Ningún criollo de nuestra laya se ahuga en un dedal. Y todos son dedales en este mundo. Hay que jugarle risa a la mala suerte, pero eso sí, andar bien montau.

Miren lo que me pasa a mí: estoy má comprometido que naides y dende mañana me verán rir y chacotear como siempre, lo que no priva que cuando llegue l'ocasión... Conviene a veses aflojar pa' pegar el seco má juerte. Usté lo sabe, compadre, porque es tan güen pialador como el mejor entre los mejores.

—¡Pucha digo con la labia del rubio! Abre la tranquera y salen las ovejas de los bretes brincando y blanquitas como arresién esquiladas. Crélo, Lusero; te 'tá hablando como un hermano. ¡Qué caracho!, aquí tuitos semos hermanos y si tuvieramos el pico d' él te desíamos lo mesmo.

—Es que a mí me pasan cosas como pa' golver tarumba al má pintau.

—Tás impresionau con la muerte de Juan. Lo desenterraste y lo golviste a enterrar. Has andau con el finau a los tientos como quien dise, meta cavilar. Y dispués ¿quien t' asigura que fuistes vos el que lo hirió? Yo tamién le menié hacha y punta a la lus.

El pardo levantó la cabeza y volvió a exaltarse.

—Juí yo no má; no quiero que naides cargue con mis culpas. Si no juese sido yo no se me aparesería Juan tuítas las noches en cuanto sierro los ojos.

"Hermanito, perdonáme, vos sabés que te herí sin queré, que nunca pensé quedarme con las priendas", le digo, y él se rí y me muestra los reló, la daga y

el sinto. Es porfiau a dejarlo pa 'l otro año. Le estoy tomando rabia.

—Aquí no hubo culpa, disgrasia sólo. Si nos persiguen juímos al monte. ¿Qué le parese, compadre, dentrándole los dos a los melicos? y soltó su redonda carcajada.

—A mi compadre ¿cómo le van a resestir las chinas si los hombres mesmos no lo resisten? — exclamó Lucero, mirándolo cariñosamente.

Salieron de la cocina, en comitiva caminaron unos cien pasos en dirección a la Tapera, hasta ver clarita la luz de Casilda.

—Allí está quietita y mansa — le dijo Viraqué a Lucero pasándole el brazo por el cuello.

—La sorda vieja — sentenció Pancha — es la única que ha hecho lo que se debía: prenderle velas al finau y encomendarle a Dios el alma del dijunto. Tenías rasón, Gregorio. Mañana mesmo todos nosotros vamo a derretir sebo y haser velas.

Los gauchos respiraron hondo.



. Lucero, a poco de acostarse y mientras Viraqué y el casero roncaban de contrapunto, se levantó, y con la cantimplora de tropear entre las manos, sentóse junto a la puerta.

"Es al ñudo", se dijo, "siempre lo veré lo mesmo. La cosa no tiene güelta". Le pegó unos cuantos besos al frasco y continuó: "Tá visto que mi hermano, haga lo que haga, no me perdona; que las Gatas me han endemoniau y que yo voy' armar cualquier día un batuque grande. L' estoy tomando rabia a tuito el mundo. El negro es porfiadaso, devolví las priendas, confesé y Juan en las mesmas, rí que te rí. Es como pa' desenterrarlo y degollarlo de oreja a oreja. Y Micaela me despresea y en las pulperías me hasen uñitas pa' ver si arrollo el lomo o no tengo cosquillas. Sólo esta pansa", concluyó acariciando la cantimplora, "tiene cosas güenas pa 'l pobre Lusero. Lástima que ya 'tá a las boquiadas".

Siguió pensando y siguió bebiendo.

"Andar a monte, pero ni ansina mesmo va' dejar de crusificarme. Tengo dos muertes peliando cara a cara. Eran dos taitas mentaus y me quisieron arriar con el poncho. Me defendí, los mandé pa 'l otro lau y nunca m' acuerdo del caso. ¿Y pa' qué diba acordarme? Si se toparon con el horcón del medio no jué culpa mía. Y aura, inosente, ando como borrego loco: güelta y güelta. Es que con el negro eramos lo mesmo que hermanos. Nos ayudabamos en tuíta ocasión. ¿No es sierto, hermanito? Lo tuyo era mío y lo mío era de vos. Hasta nos repartíamos las chinas. Y los dos queríamos a Micaela y hablabamos de

ella afligidos, pero sin selos. Si la cosa hubiera sido con cualquiera de los otros, nos habíamos atracau y a estas horas no miacordaba má y eso que a los compañeros les tengo cariño y no es sonsera. En particular a mi compadre Florido. ¡Criollo lindo!, guapo como las armas y güen amigo. Lo quiero y lo respeto y a pesar de eso me gustaría atracarme con él... porque lo envideo y soy de mala entraña tal vé. ¡Hijo de una gran flauta!

Un perro cimarrón vino a echarse junto a él.

"Dichoso vos, Lusero, qu' estás juntito a ella. ¿Me venís a buscar de parte de tu patrona? Los tiempos han cambiau, viejo. Aura no tengo dentrada en el rancho ande te llevé mamonsito tuavía y te pusieron mi mesmo nombre como ricuerdo".

La luna semejaba la delgadísima hoja de una hoz. La noche habíase empolvado de sombras claras. "Ansinita mesmo tiene el cuero Micaela", pensó Lucero mirando al cielo. "Si no juese por ella seríamos como chanchos con el rubio. Que lo quiera a él y no a mí, me corre la sincha a las verijas y ya m' agacho a bellaquear.

Un hombre se alejaba pegándose a las paredes. Lucero, reconociéndolo, lo siguió. Se dirigía al rancho de las Gatas. Llegó a la puerta y golpeó quedo. Micaela abrió y se abrazó al rubio.

—Mi chino querido, te estaba aguaitando como

la tierra reseca a la lluvia. Me aseguraste que el mesmo día que llegaras vendrías a verme y cumpliste.

—Cumplir es mi ley, tesoro.

—¿Te has acordau de mí?

—Ya te creo, al atardeser...

—Yo tuíto el día—, y le mordió los labios con amorosa furia—. Dentramos, mi negro.

Entraron. Micaela tenía la cama en la pieza que era comedor y sala. En los días de baile la sacaban y ponían en el cuarto de las hermanas.

—Desime ¿cómo te ha ido? Antes dejáme que te bese como aquella noche, ¿t' acordás?— y tornó a acariciarlo con frenesí hasta quedar jadeantes y como ebrios los dos.

Lucero, tomando infinitas precauciones, logró acercarse a la puerta que Micaela dejó entornada, porque hacía ruido al cerrarla. El perro se echó junto a él.

—¿Me querés, mi chino?

—¿Y de no, diba a estar aquí?

—Se corre la vos que te has ennoviau con Mangacha.

—¿Y de aí? Eso no priva que te quiera a vos. Ella es mi novia, vos mi china. Y tuavía eso del casorio tá lejos.

—Con lo que me dés me conformo, rubio. Y suseda lo que suseda no dejaré de ser tuya. Soy yo la

que te debe agradesimiento dispués de aquella noche. Nunquita la olvidaré aunque no me quisieras y me hisieras sufrir; no, no, nunquita la olvidaré. Pa' vos me estaba reservando y juí tuya y juistes mío y juí dichosa pa' tuíta la vida. ¿Entendés, Florido?, pa' tuíta la vida. Cuando te casés y seas felís, porque estoy segura que Mangacha te sabrá haser felís — sólo la flor del pago podía mereserte y convenirte pa' mujer — te pido que no olvidés del todo lo que, como china, juí, soy y seré pa' vos.

—Por má bien que me vaya, nunca te olvidaré. Pero te diré, Micaela, que a veses me asusta cariño tan grande, que yo no puedo comprender sino a medias. Soy muy tarambana. Si me caso o me voy a otros pagos, ¿qué va' ser de vos?

—El ricuerdo y el cuidau de tus flores y quedo contenta.

—Sos un tesoro, chinita; no tenés presio. Pero yo nunca podré darte lo que caresés. Hay otros que te quieren con má empeño.

—Vos no sabés, Florido, que querer a uno es el asco de los otros.

Lucero tan pronto echaba mano a la daga como se tapaba la boca para que no se le escapase un sollozo.

—Soy y seré tuya, tuyita. Aura me apreseo má que de nantes. Se me hase que te llevo en el cuerpo

y que me ofenden tocandomé. Ya vé si me gusta el baile, pues he resolvido no bailar má.

—Yo quisiera, prienda, que cuando me casara te casaras vos tamién. Sabana, Mansilla, Lusero te quieren, pero es mi compadre el que te quiere má y sufre como un condenau. Yo lu he visto llorar, y cuando un criollo de esa laya llora... Por agradarte dejaría la bebida, el juego y se haría un hombre derecho. Estoy siguro. Y tendrías a tu lau alguien que te sabría haser respetar. Entre tus hermanas y la vieja estaría temiendo por tu suerte. Ai, ande lo ves, barullento y ligero p'al cuchillo, es el de mejor corasón y sin peresa pa' el trabajo.

—Mi amor es una lindura, que mesmo por vos, rubio, no me lo dejaría quitar. Con él solito soy y seré dichosa. Te lo güelvo a repetir: La que quiere a uno aborrese a los otros. Soltero o casau, muerto o vivo, seré tuyita. Eso tampoco estaba en tus libros y es ansina.

A Florido le pareció oir afuera como un quejido.

—¿Oistes? — preguntó.

—Es mi perro, siempre duerme aí. A Lusero lo quiero como a un hermano, y hermanos es lo que semos, asigún asiguró la vieja, que nunca miente. Ni él mesmo lo sabe. Hase poco que lo supo la vieja y me lo dijo. De gurisito se lo llevaron del rancho. Muerto el padre, el mulatito, dispués de haber andau

rodando como bola sin manija, de pago en pago, cayó a l' estansia pidiendo conchavo "pa' toda clase de trabajos de campo". Teniba dies años. A padrino le cayó en grasia y lo tomó. Pero él me quiere de otro modo, lo mesmito que' l pobre Juan; me codisea pa bien desir, y eso aunque no jueramos hermanos no podría ser. Tuyita y solo tuyita, hasta que me muera. Pero vamo a otra cosa, ¿queré, mi chino lindo?; vamo a quererno.

—Ya está.

XIII

EL cura, un hombrachón de botas cortas, bombacha de merino negro y gorra de vasco, llanote, risueño, mofletudo, caía todos los años por aquella época a la estancia para celebrar el santo sacrificio de la misa en la capilla que la señora había hecho construir la primera vez que visitó el Tala Grande. Luego, a la carrera, bautizaba lo que había nacido; casaba alguna que otra pareja y partía diligente en el pangaré tuerto, conocido en todo el pago, como el petizo paleta blanca que llevaba de tiro, cargado con una especie de árganas donde iba, todo muy bien acomodado, cuanto había menester para el ejercicio de su alto ministerio.

Entró al comedor, conducido por Dn. Froilán. Saludó con grande afecto al patrón y a Faustito y apenas les tendió la punta de los dedos a los comisarios. Y se quitó la boina, cosa que sólo hacía delante de Dn. Fausto. Éste lo puso al tanto de lo que había

ocurrido en la Tapera y de su propósito de celebrar allí la misa.

—Yo que vos, papá, la convertía en sementerio.

Miró a su hijo algunos instantes y luego preguntó sonriendo:

—¿Qué le parese, padre?

—Lindo no más.

—No se cómo no caí antes en la cosa.

—Tampoco yo. Escuela, capilla, sólo faltaba el sementerio, esto es, sepultura cristiana. Faustito travieso, pero tener ideas buenas y mucha caridad.

—Tengo interés en que ustedes vean el cuerpo del pobre Juan. Las armas las tienen ahí, en la sala. Vamos a montar; acompañálos, Faustito.

Los comisarios siguieron al niño muy graves y dignos.

—Mala gente, mala — refunfuñó el cura poniendo los enormes y colorados puños sobre la mesa.

Tomaron el trote, escoltados por los milicos y unos sesenta peones. Las familias más respetables y el chinerío, formando grupos menudeaban el paso corto y rápido de las criollas camino de la Tapera. Casilda y sus hijas se habían cortado solas adelante. De pronto el patrón sofrenó.

—Otra desgrasia. Allí hay un hombre colgando del ombú; siganmé — y arrancó.

Algunos minutos después Florido se le acercó y le dijo:

—Es el pobre Lusero, patrón; se ha matau — e hincaron espuelas.

Llegaron corriendo, lo tocaron, estaba frío. Tenía los ojos saltados de las órbitas, como dos globos sanguinolentos, y la lengua amoratada le pendía de la boca. Florido tuvo la impresión de que se había estirado enormemente. Pegó un salto y cortó el maniador. Zabana y Mansilla recibieron el cuerpo y lo depositaron en el suelo cuidadosamente. Luego se quitaron los gachos y permanecieron silenciosos mirando el cadáver.

—Éste ya no nesesita la estaqueadura que le andaba pidiendo el cuerpo — dijo el más gallito de los comisarios.

Los troperos los miraron fijamente y avanzaron un paso hacia ellos.

—¡Hijos de perra!...— murmuró Florido.

Afortunadamente se acercaba el patrón, el sombrero en la mano, el rostro severo y triste a la vez. Permaneció recogido algunos minutos, y besando a Lucero en la frente se alejó cabizbajo. Los troperos también lo besaron, tranquilos, trocada repentinamente la ira por la ternura, una ternura insospechada en aquellos hombres de pelo en pecho. El cura oraba hincado. Quejidos, sollozos, lamentaciones, fueron en crescendo a medida que llegaban las mujeres. Casilda y sus hijas rodearon al difunto, dando

señales ciertas de viva aflicción. Sólo los comisarios permanecieron indiferentes, los chambergos encasquetados, hablando y fumando como si tal cosa. En posesión de sus armas sentíanse de nuevo autoridad. Hasta las mujeres empezaron a mirarlos rencorosamente.

La misa fué simple, humilde, sin más ornamentos ni pompas que la majestad de la naturaleza. El cura se había puesto sobre la indumenta criolla la vieja sotana de lustrina, que usaba lo mismo en verano que en invierno, y una casulla muy remendada, pero blanquísima. Aclaraba, los vestidos y los trajes de vario color hacían que el albo altar pareciera surgir de un prado florido. En el momento de elevar el cáliz salía el sol y hubo como un místico incendio en la testa del rústico sacerdote. Éste, terminada la misa, recorrió la extensión que había de ser cementerio, dando hisopazos a diestra y siniestra. Don Bautista, su paisano y grande amigo, y el maestro, que era muy religioso, lo seguían a respetable distancia. Entre tanto los gringos sacaban el escombro de la cachimba, mientras los troperos abrían las sepulturas de Juan y Lucero, una junto a la otra.

Alrededor del cuerpo de Juan se arremolinó la gente. La vieja Casilda mostró la boca sellada por un cuajarón de sangre, que se extendía por el pecho formando como una costra. La levantó con la punta

de los dedos y apareció la ropa intacta. No había herida.

—¿Han visto?, — les preguntó secamente el patrón a los comisarios.

Después su mirada adquirió la firme serenidad habitual y empezó a dar vueltas por el cementerio, experimentando el íntimo goce de haber convertido aquel sitio de atribulaciones y horror en lugar de santo reposo, donde a su gente le sería grato visitar a los deudos y amigos y dormir en la querencia el último sueño.

"Aquí, pensó, irá la calle de entrada, espasiosa y bordeada de sipreses; allí una cortina de eucaliptus y álamos para sujetar los vientos, y allá la calle transversal. De tanto en tanto, un hibiscus de flores blancas. Y todo el terreno sercado de ligustrums. Quedará muy lindo".

Saldivia lo sacó de su ensimismamiento preguntándole si deseaba asistir al entierro de Juan. Hizo un gesto afirmativo y se fué acercando.

—Adiós, compadre — dijo Florido al descender a la fosa el cajón de tablas sin cepillar.

—Hasta pronto, Juan — murmuró Saldivia.

Terminada la ceremonia, el patrón, cubriéndose, tomó a Faustito de la mano y se dirigió a la volanta, donde el tape Britos los esperaba. Éste le entregó las riendas y corrió en busca de los caballos; dióle vuel-

ta el sobrepuesto de aguará a los dos aperos, porque Dn. Fausto tenía por cosa de gauchos poco advertidos sentarse sobre los pellones calientes, y montando de salto en uno de los caballos y con el otro de tiro salió chato trás del coche para abrir la portera cercana. La peonada, menos los troperos, que se quedaron para velar a Lucero, formando grupos con un capataz al frente se dispersaron en distintas direcciones. A poco, resonancias, ecos lontanos y movimientos de hacienda avivaron el campo soñoliento aún. El hopa, hopa de los peones se fundía con el grito de los teros y los mugidos de las reses, que por cuchillas y llanos acudían a los rodeos, humeantes como si salieran de un baño caliente.



La calma volvió a reinar en el Tala Grande gracias a las medidas del patrón. Con la tétrica Tapera de los duendes desapareció la fauna alucinada de las almas en pena y las luces malas. Tres cruces velaban por la paz de los muertos. Desde lejos, al pasar, las gentes los saludaban sombrero en mano. La estancia entera, cual si quisiera olvidar malas pesadillas y sacarse al sol las pulgas de las supersticiones, entró en un período de afiebrado ajetreo.

El patrón salía al campo entre tres y cuatro de la mañana. El aparte y destete de la ternerada exigía tensa y prolija atención. Había que tener en cuenta la edad y el crecimiento de los terneros, el estado de las vacas antes de apartarlos, y se apartaban todos los años por aquella época diez o doce mil. La gente volvía a las casas cerrada la noche, o dormía al raso o en los galpones de algún puesto. En cada uno de éstos tenía el patrón su dormitorio reservado, que olía a limpieza: paredes encaladas, aunque el revoque fuese de barro; piso de ladrillos pulidos por la escoba y el fregoteo. El moblaje, pintado de verde como la puerta, se componía de dos camas de hierro, una mesa de pino, un lavabo y cuatro sillas. Cuando el trabajo sufría algún retardo y no podía llegar a tal o cual puesto, churrasqueaba y pernoctaba en la ladera de alguna cuchilla. El continuo y rudo trajín lo obligaba a marchar seguido de cuatro o cinco tropillas y a mudar de caballo hasta tres o cuatro veces por día, lejos de la estancia, lejos de los puestos, en los confines del campo donde no había corrales. Pero esto no lo detenía; formaba corral de gente, una rueda de hombres con los brazos en cruz y agarradas las manos, de las que colgaban los rebenques y los arreadores, mantenidos en suave balanceo a fin de inspirarles respeto a los pingos, siempre nuevos, ariscos todavía y que no paraban a mano. Alguno de los

capataces los enlazaba y entregaba por turno a los peones, revoleando el lazo sólo lo indispensable para que no atropellasen y se llevaran la gente por delante. En cuanto al patrón, que de tiempo en tiempo hacía algún tiro de bolas o de lazo para enseñar, no revoleaba poco ni mucho. Cuando algún capataz erraba dos o tres tiros, y erraban todos los capataces, decía apeándose del coche:

—Dame el laso, que te voy a enseñar.

Hacía una armada no muy grande, conservando buen número de rollos en la diestra, el resto en la izquierda, y se ingeniaba, girando en el centro del corral, para que la caballada tornase rápidamente, pero sin formar pelotones, hasta que se cortaba el caballo elegido solo o con dos o tres más. Entonces disparaba el lazo con tanta velocidad y maña que no le daba tiempo de sentarse ni apresurar la carrera. Los rollos se deshacían rítmicamente en el aire siguiendo la armada que, como un chimango soltando plumas tras de su presa, caía sobre el bruto. Un tirón a tiempo y quedaba cerrada, no en el cogote, sino debajo de las carretillas, de donde era más fácil dominarlo. Los peones, guiñándose el ojo, sonreían. Si el capataz era Saldivia, "¡Pucha digo!", exclamaba rascándose la cabeza. Luego en el fogón comentaba:

—¡Y desir que no lu he visto en nunca de los ja-

mases errar un tiro! Cuando el flete se corta y él lo sigue un poquito medio agachau y con el braso tieso y le manda la armada como un balaso, es al ñudo que se encoja, ya está enlasau. Y si por evento se sienta y güelve, se rigüelve con él y se lo encaja de revés. ¡Pucha digo! ¿Quién es capás de eso sin fallar ni una ves? Naides, ni el mesmo rubio, que le ha tomau los puntos. ¡Y pa' las bolas! ¿Ricuerdan el otro día, cuando Sabana quedó colgau del estribo dispués de una costalada que no tenía levante? Salimos chatos tras de' l tres o cuatro de nosotros, armando los lasos. Apenitas nos tendimos cuando pasaron sumbando las boleadoras del patrón, y el caballo, con Sabana de arrastro, quedó mesmamente maniau. ¡Cristiano bárbaro! Quién se hubiera atrevido a mandarle las tres Marías en ese caso... Y todo en un abrir y serrar de ojos. ¿Taba con las boleadoras en la mayo ya? ¿Divinó qu' ibas a quedar enganchau? El asunto es que no nos dió tiempo ni' armar el laso. En las bolas ni pensamos.

—El matungo, a las patadas, no me dejó cortar la estribera. Me conté entre los muertos. Miré pa' atrás desesperau y vide al patrón cortau con las boleadoras en la mano, meta espuela. Me tapé la cabesa. Le sonaron los güesos al mancarrón y se paró forsejeando al ñudo. Se tiró corriendo, manotió las riendas y de un tirón me sacó la bota con cuasi la

pierna. Yo quedé medio asonsau, pensando en mi estribo de plata torsido, cuando llegaròn éstos y me dieron aire.

"Quedá, Florido, acompañandoló hasta que se le pase el mareo. No tiene nada. Te voy a mandar mi cantimplora con Britos pa' que le dés un trago. Los otros vengan. Vamos a seguir el aparte".

—Hise de tripas corasón, tastavillando me levanté y le dí las grasias.

"No hay de qué, Sabana—, me contestó suavesito — otra ves serás vos el que me ayude a mí. Pa' eso estamos".

—Y montó como él hase, sin poner la mano derecha en la cabesada, sino el arriador de punta en el basto. Y se jué. Yo me quedé mirandoló hasta que dentró al rodeo. Nos costó Dios y ayuda sacar la bota del estribo y medio acomodarlo. Dispués le pegamos dos besos al chifle, caña paraguaya de mi flor, y montamos.

De noche en los fogones comentaba la peonada los incidentes del día y sobre todo las proezas de los troperos, que eran los más camperos y mañosos por estar siempre en contacto con el patrón, a quien no le gustaba que trabajasen a lo bruto sino con inteligencia y *yeito.*

—Cuando convenga ser bárbaros no hay que an-

darse por las ramas. Y a veses conviene—, sentenciaba — pero sólo a veses.

El patrón hizo poner el señuelo contra el viento y empezó el aparte en un rodeo de dos mil vacas. Al principio, reuniéndose las parejas de apartadores, sacaban los terneros, que ya se habían destetado solos, en grupos de quince o veinte, luego de seis u ocho y finalmente de a uno, cuando el terneraje crecido y los guachos empezaron a escasear. Eran ocho yuntas bravas y apenas si podían dar abasto a sacar los terneros que el patrón les indicaba, porque perdían mucho tiempo corriéndolos, a menos que lograsen sacarlos desde el principio como encajonados entre los dos caballos. Eso buscaban, pero no siempre lo conseguían.

—Nos falta una yunta y ya se nota. A veses me parese ver pasar corriendo serenitos, como hasían los pobres, a las sombras de Juan y Lusero. A vos, Faustito, se te sientan los terneros porque te apurás mucho en pegárteles.

—Pero sé meterles la pata.

—Hasta por ahí... Luego te voy a mostrar. Dejenló para lo último — les gritó a Saldivia y Mansilla, que venían renegando tras de un ternero. Se les había refugado tres veces—. Saquen este otro.

Y se dirigió hacia el peón que atajaba el rodeo

en una parte por donde se escapaban las vacas en busca de los hijos.

—Camine unos veinte pasos para allá al trotesito largo, ajá; vuelva para aquí con el mancarrón amartilladito, eso es, y siga caminando de un lado al otro sin parar. Así se ataja rodeo y no clavandosé en un solo sitio como un poste.

Los mugidos aturdían, el polvo ahogaba e impedía ver y el patrón seguía impertérrito su tarea. Semejaba ya un jinete perdido en las nieblas, ya un bulto informe.

Al cabo de dos horas largas de talle les ordenó a los apartadores:

—No hay más, vayansé al siñuelo. El terneraje anda con ganas de emigrar. No refugués, Froilán, las vacas que hayan entrado del rodeo. En el pique de unas cuantas cuadras que le vamos a meter al aparte, irán bajando a la culata y se refugarán solas. Faustito, vamos a enseñarles a estos criollos cómo se aparta un guacho mañero.

Pronto dieron con él y lo hicieron orillar.

—Vamos a llevarlo más lejos, por aquí se refugó tres veses y sería cosas de maturrangos insistir. No te apurés, llevá tu flete en una pata y en cuanto te grite: "Vamos", atropellá a pegarte al costillar, medio al sesgo, de no lo vas a aventar lejos. Despasito no más... ¿Estás pronto?, bueno. ¡Vamos, Faus-

tito, ba, ba, ba!... Ya está en la jaula. Meniale espuela en las ancas mientras yo lo llevo de la cola y lo calso con el pie.

—Cualquier día se va a sentar—; gritó Faustito radiante de contento — va como en un estuche.

—Ahora — dijo el patrón al llegar al señuelo — golpeale la boca a tus amigos.

En un triquitraque dispuso la gente, y, entre el griterío de la peonada y el castañeteo seco de las pezuñas, sacó el aparte a todo correr en dirección a la portera del potrero vecino. En el rodeo quedaron las vacas mugiendo por sus crías. Cuatro peones las sujetaban para que no se fuesen al agua, bebiesen y se pasmaran.

Padre e hijo ganaron la volanta. Don Fausto sacó del delantal de ésta un pañuelo de yerbas y le quitó el polvo a las botas de Faustito e hizo lo propio con las suyas. Esta prolija operación la repetía a la vuelta de cada rodeo, amén de quitarse y sacudirse el poncho y enjuagarse la boca. Y siguieron viaje. A la hora indicada, después de haber destetado la ternerada de varios rodeos, llegaron a la Isleta de la Paloma, circundada en gran parte por un arroyito. "que se pasaba la vida payando con los pájaros y los sauces cantores", como había dicho cierta vez con su lenguaje pintoresco, el pobre Tizón. El pardo Laderecha asaba un corderito. El sol caía a pi-

que despojando a los árboles del poncho liviano de la sombra. Las calandrias, los venteveos y los mirlos no cantaban, pero el arroyito seguía payando.

—Sólo a eso de las tres llegará el aparte. Tenemos tiempo de bañarnos, almorsar y dormir una siestita. ¿Qué te parese?

—Lindo, ¿y después enserramos los terneros?

—Eso es.

—¿Cuántos habrá?

—Alrededor de mil quinientos, y nos faltan como seis mil que destetar. Este año pasamos de catorse mil.

—¡La pindonga!... ¿Y los capatases traerán muchos?

—Otros mil quinientos. Con todo formaremos el terser depósito. ¿Has visto cómo está el potrero?

—Puro pasto verde.

—Lo mismo que el Serro Chato y el Caraguatá en los que pusimos los primeros depósitos. Los hise talar con la mulada para tener ahora buenas pasturas. De día los tengo a pastoreo abierto y de noche los ensierro para que no anden caminando a lo largo de los alambrados y algunos se escapen y vuelvan a la querensia. Así se desarrollan bien y de paso alivio para el invierno los rodeos de cría, impido que los toros estropeen las terneras y que los terneros

se enflaquescan corriendo detrás de las vacas. Dan trabajo estos bichitos.

—Dan—, afirmó Faustito grave y resueltamente, y luego, adoptando un tono picaresco, añadió: —pero también dan platita.

Don Fausto rió de buena gana como sólo reía con su hijo. El que sólo hablaba para dar órdenes se complacía en departir largamente con el chico, explicándole las faenas camperas y por qué razón él trabajaba de un modo distinto a los otros estancieros.

—Se mueren de viejos hasiendo siempre lo mismo; la experiensia no les enseña nada.

A veces discurría Faustito sobre sus estudios. Ya había rendido examen de cosmografía, física y matemáticas, obteniendo notas sobresalientes. El patrón callaba, lo oía atento y se sentía orgulloso de que su hijo hablase como un doctor. "A éste no lo van a bolear así no más las gentes de levita. Si yo pudiese dejarle mi experiensia como le voy a dejar las estansias", decíase, sintiendo admiración mezclada de extraño respeto hacia el mocito, que había de ser a muy tierna edad y con muchos años por delante, infinitamente más rico y poderoso que él.

El aparte se acercaba a la manguera. El patrón ordenó que lo arrimasen despacio y formando calle.

—Así, sin apurarlo, los bueyes adelante, ajá. No

atropellen, más despasito todavía. Alto. Dejen que el ganado piense.

Se puso el cabo del arreador debajo de las asentaderas y empezó a contar. Al llegar a ciento le hacía un nudo a la sotera y empezaba de nuevo. Luego sumó los nudos. Salieron justos mil quinientos terneros.

—¡Qué chanta! — exclamó Faustito.

—La costumbre—, contestó simplemente don Fausto — pero no creas que siempre son chantas, como dises tú. Suelo equivocarme por dos o tres de menos, nunca de más.

XIV

EL paisaje del Tala Grande, merced a las obras y mejoramientos que incansablemente introducía Dn. Fausto, cambiaba de aspecto continuamente como de colorido la piel del camaleón. Proseguía dividiendo los potreros; alambrados rectos de cinco hilos cruzaban los viejos cercos, formando geométricos y plásticos dibujos. Los nuevos puestos, de muros encalados, ponían crudas pinceladas albas en los vagos horizontes, en tanto que los bretes de trabajar hacienda grande y los montes de eucaliptus les hacían rudo contraste con sus notas opacas. El teléfono unía los puestos con la estancia. Éstos fueron dotados de pequeños baños para curar las ovejas, potreritos especiales de aislamiento y una chacra. En muchas de ellas lucía el opulento maíz su airón de oro. Se hablaba de tambos, cremerías, queserías. La palabra de orden era aumentar las lecheras, las gallinas y los cerdos de cada puesto.

—Hay que curar la sarna más con la higiene que con el remedio. Así los peones trabajarán menos y ganarán el doble. Hay que formar avenales para rematar pronto el engorde de los novillos atrasados en el invierno o salvar la hasienda flaca. Hay que incorporar las pequeñas industrias rurales a la estansia, a fin de sacarle mayor rendimiento a la tierra. Nesesito hombres competentes y que por su propia conveniensia se interesen en la prosperidad del establesimiento. Nesesito transformar los puestos en estansuelas y los puesteros y los peones en habilitados. La estansia y el gaucho que se queden atrás van al muere — solía explicar el patrón, y continuaba introduciendo novedades.

Lo que produjo tanto asombro como los bretes y el teléfono fueron las máquinas esquiladoras y las agrícolas. Ante aquellos adelantamientos una vaga ansiedad les embriagaba el ánimo a los gauchos más gauchos, particularmente después que varios puesteros se declararon incapaces de *tanta mecánica* y fueron substituídos por gringos o criollos de grande familia.

—El patrón, criollo viejo, no prefiere a los gringos; tiene nesesidá de hombres camperos y al mesmo tiempo capases de trabajar en los bretes, esquilar a máquina, sembrar un pedasito 'e tierra, cuidar las majadas como Dios manda. ¿Quién de nosotros no

es capás de eso? Miren al Mellau. Lo que ganaba como primer capatás no le daba cuasi pa' sostener la tropilla de hijos que le ha dau la mujer, y ai lo tienen en Bustillos habilitau en la cosecha, los terneros, los serdos, la lana y en cuanto Dios crió. Y como el hombre tá interesau agacha el lomo y le mete arau y rastra a la tierra y hase parir hasta los postes. Se lo pasa colgau del teléfano, pidiendolé al patrón, en cuanto maulea alguno, toros y carneros maiseros, y el patrón se ri y se los manda sobre el pucho y dise: "El Mellau, en las parisiones, los va' tirar lejos a los gringos". Si no me hubiese elevau a capatás de estansia pa' remplasar al Mellau, ¡pucha digo!, ya le estaba pidiendo un puesto. Pero la voy a dir pensando. En esta perra vida hay que saberse dar güelta y acomodarse.

—No cabe duda qu' el habilitau, si no es muy rudo por demá, cuida mejor los intereses que le confean pa' que haiga aumento y dentre a ganar juerte. Las manadas y los rodeos finos rinden má que l' hasienda ordinaria, sabido. Las máquinas esquiladoras son primorosas, todos trabajamos con ellas lindo y parejo y nos quedamos, los de la estansia, con las latas que se llevaban las comparsas de esquiladores. Por otro lau se hase má trabajo en dos horas dentro de los bretes qu' ajuera en una semana. No es ni carrera. La otra tarde antes de bajar el sol

habíamos destetau tres mil terneros y separau las vacas gordas de las flacas. Pa' capar, marcar, sea caballo o toro, no se presisa enlasar, ni voltear. Pa' formar una tropa no hase falta correr, pechar, ni ser jinete. S' acabó l' hasienda chúcara. De los corrales grandes pasa el ganau a los chicos, de los chicos a los bretes y de ai al embudo, y el patrón manejando los timones manda las reses ande quiere. Tuíto tá muy lindo y es mejor, la estansia rinde má. Pero aura ser campero y ser maturrango es lo mesmo. El laso, las boleadoras y toda la sensia del gaucho van quedando de lau. El patrón quiere ayudarnos a todos. ¿Cómo se va' arreglar si ande se nesesitaban sincuenta hombres con dies sobran?, — concluyó Florido, y estirando las piernas clavó las espuelas en el suelo.

—Desageras, Florido; nosotros le haremos falta siempre y, como quiera que sea, buscará modo de acomodarnos. Ya nos ha enseñau a apartar muy sentaus en la plataforma de los bretes. ¡Pucha digo!, si paresemos obispos. Vos mesmo sacastes el otro día una tropa parejita. Sólo hubo que refugar dos o tres novillos. Por el lomo, a la pasada, presisa conoser lo gordo. Pa' eso se nesesita ser campero y no es sonsera. Los italianos clavan aí el pico. Lo mesmo en tuíto el trabajo de a caballo. Son baquianos en lo que sea siembra, cosecha, levantar el pas-

to seco, haser parvas. Ningún paisano d' esta estansia se enrieda en esas guascas. Cuando aprendimos a manejar las horquillas los tiramos lejos. Las ahorquilladas de Abrojo paresían árbolés. Y cargando bolsas los dejamos de lengua ajuera. Má fásil será pa' nosotros hasernos chacareros 'e ley, que a ellos medio gauchos no má. ¿¡Vos que pensás, Sabana?

—La corro con mi cuñau. Tuíto tá muy lindo. Yo apreseo los adelantos de la estansia. El patrón quiere hasernos asosiaus y darle de comer a mucha gente. Compriendo. Trabajando ansina el campo rendirá mucho má. Pero yo me pregunto: ¿qué pitos ni qué flautas vamos a tocar aquí los gauchos crudos, los gauchos sin güelta, dispués de algunos años? El fierrocarril llega a Molles, pronto estará en el Paso de los Toros. Poco nos quedará que haser a los troperos. Por el tren, quinientos novillos los lleva un hombre solo. Y qué quiere que le diga, ño Saldivia, el lidiar con ovejas y ganau empalagoso de puro manso me deja tristón y como aguachau. Maliseo que en las muñecas me van a salir porongos de no boliar ni tirar el laso. Las lidias que aura hasemos como tortugas pansa arriba, es trabajo maula, el otro era diversión arriesgando el cuero. Y no es por flojo, sé agachar el lomo como el mejor; no inoro ningún trabajo de a pié ni de a caballo. Con la pala o el pico, toro ha de ser el que me acompañe, pero

sólo me encuentro a mis anchas allí donde haiga peligro y se nesesite sensia gaucha y agallas.

—Y vos, Mansilla, ¿qué desís?

De un manotazo se echó el gacho sobre la nuca y entre carcajadas contestó:

—A mí me han dentrau unas ganas groseras de ganar plata dende que amontoné unos pesos. De nantes me desiba: "No vas a salir de pobre juntando vintenes". Por eso era gastador y siempre andaba empeñau. Todo se me diba en pilchas y regalos pa' las chinas. Pero dende que tuve una platita y colegí que amontonando riales podía haserme gente, me golví roñoso; no gasto ni un cobre, como no sea pa' pitar. Soy más viejo que mis aparseros y no quiero que se me acaben las juersas sin tener asigurau el churrasco, la caña y el mate. En Canelones, ande nasí, tengo unos parientes chacareros y creo qu' el patrón nò me negará un puesto cuando tenga troperos de má. Los puesteros ganan el doble que nosotros y no es rasón porque semos mejores qu' ellos en toda lidia. Lo que me hase falta es una mujersita lindona, trabajadora, que sepa aquerensiarme. De no...

"De nuevo vuelvo a volar
"Buscando el rumbo mejor,
"Y en el árbol del amor
"De nuevo vendré a posar".

Cantando y riendo empezó a zapatear un baile parecido al malambo. El taconear sordo le hacía contrapunto al chis, chás de las lloronas. La alegría le dilataba el pecho e iluminaba el cuadrado rostro. Terminó arrastrando una pierna, yéndose sobre la negra.

—¡Ahijuna!, ansina semos los d' este pago — y dando una rápida vuelta sobre sí quedó sentado compadronamente en su banquito de ceibo—. Lo mesmo pa' un fregau que pa' un barrido.

Un coro de carcajadas le reía las gracias.

—Mi aparsero va' dejar de ser gaucho cuando yo llegue a obispo.

—Platudo seré, en lo demás el mesmo. Me falta una chinita querendona. ¿No sabe de alguna, ña Pancha?

—Vos no nesesitás que t' apadrinen — arguyó Pancha, apoyando los morrudos brazos en el palo de la escoba—. Sin salir del pago tenés ansí and' elegir. Casáte, juntá riales. Tás en lo sierto. Florido y Sabana tendrán que cambiarle la sebadura al mate. Tá lavau. No hay mate que no se lave por güena yerba que tenga. Lindo el tiempo viejo, pero si muda conviene mudar con él. ¿Por qué los gauchos no han de tener vacas, ovejas propias y hasta estansia? Sirva de ejemplo el patrón. Jué gaucho como ustedes, se hiso gente solito no má, y aura ningún estansiero le pisa el poncho. Pero, amigo, desde la soltada el hom-

bre miró pa' arriba. Teniba ambisión, ¡cosa grande! La falla de tuítos ustedes es no tenerla.

—Habló lindo mi negra. Dende que la floreó la finada patrona quedó dotora.

—Como el patrón no hay dos en esta tierra. Pa' ser como él nos faltan muchas cosas. Porque nasimos duros y corajudos, sabemos arriesgar el cuero, trabajar día y noche sin comer ni dormir, pero no sabemos resestir el envido de la caña, la taba o las chinas. Él se ministra como ministra l' estansia y se cuida a lo parejero: esto tá en el orden, güeno; no ta' ajuera y sigue su rumbo sin pestañiar aunque caigan sentellas y se le asuste el pingo, como el otro día apartando en el rodeo unas vacas viejas bajo el chuserío de la lluvia. Sonó el estampido y se le tendió de una espantada a lo ñandú el rosillo verruga. Sujetandoló me dijo: "No te encojas, Florido; cuando suena el trueno ha caído el rayo". Yo me puse muy colorau.

—Estoy siguro — afirmó Barranca echándose para atrás y abriendo los brazos — que el patrón no *larga* dejandonós comiendo gofio. Gregorio y yo estamos *fusilaus;* hase cuarenta años que lo servimos, calculen si le conoseremos el andar, pero tuavía nos tenemos fé pa' cortar leña y haser lasos, sobeos y maniadores pa' la estansia. No queremos comer de arriba. Lo que yo siento, quieren que les diga, es que

se desparramen los de este fogón. Años y años hemos pasau juntos queriendonós como hermanitos. ¡Jué pucha, vida linda! Si los hasen puesteros a ustedes, los domingos podremos vernos y yerbiar juntos. La cosa es que no dentren aquí los de otros fogones.

—No, aquí no dentran, eso tá arreglau. Si era linda la estansia má linda va' quedar aura cubierta de casitas, árboles, siembras, gentío. Rubio, no vas a tener que salir del campo pa' chinear.

—Ya te creo, con las chinas de aquí tiene bastante. A mi cuñau se le prienden como abrojos.

—Quiero a una, las demás se las regalo.

—Sí... cuando ya no pueden querer a naides. Te conosco el juego. Y a las nuevas ¿por qué les arrimás el caballo? Ya tené dos italianitas contando las estrellas. ¡Cristiano bárbaro! Se les aserca como si las conosiera de tuíta la vida, las hase rir disiendolés no sé qué; les priende una flor en el pecho y quedan revoliando los ojos. Poneme bien con la má chica.

—Con las dos, si queré.

—Copo la otra pa' mí—, exclamó Mansilla — me gusta a caerme muerto. Es lo que me hase falta: una chacarerita.

—Negosio arreglau. Voy a hablarle al patrón. Ayer me dijo que lo viera antes de poner la tropa en

marcha. Es la última que va por tierra. Tomále el tiempo, Barranca, a lo que quiere desir eso.

Hacía cosa de dos años que había ascendido a capataz de tropa y comprador de novillos. Esto último, sobre todo, le permitía satisfacer las periódicas ansias de cambiar de querencia y darle puerta a sus instintos donjuanescos. A pesar de querer a Mangacha entrañablemente, no podía llegar a un rancho sin cortejar a las mozas agraciadas que hubiera. La morocha conocía, por los chismes de la gente, las travesuras del rubio, mas no le hacía ningún reproche. Sólo el patrón resolvió llamarlo al orden porque los puesteros y algunos vecinos se quejaban de que Florido les ponía los ranchos en *"rigolusión"*.

—Es verdad — respondió Florido muy serio — he andao cumpliendo como varón. Pero tengo veinti y ocho años cumplidos y voy a sofrenar.

—Me parese muy bien. Cada estasión su pastura, como vos desís. Y ¿siempre estás en casarte con Mangacha?

—Sí, señor.

—No has podido elegir mejor. Te llevas la flor del pago, pero ella se lleva la flor del gauchaje. ¡Linda pareja! y nasidos los dos aquí. ¿Para cuándo va' ser eso?

—A la güelta de esta tropa, si Dios quiere.

—Vamos a ver si te hasés un hombre de prove-

cho. Cualidades te sobran. En lo que quisistes ninguno te igualó. El puesto del Chajá es una estansuela. Serás el mayordomo, a menos que quieras serlo en la estansia. Vamos a formar una sosiedad con la platita de Mangacha, no creas, tiene el riñón forrado, la tuya y la que yo les dé como padrino. Para eso lo mejor es el puesto.

—Y aunque no tuviese nada y no ganara nada lo mesmo me casaría y lo mesmo lo serviría, hast' ande me diera el laso.

El patrón reflexionó breves instantes, le escudriñó los ojos, sin que Florido los apartase, y dijo:

—Te advertiré, Florido, que el ser enteramente desinteresado no es bueno ni para uno ni para los otros. El hombre sin apego a los bienes de este mundo no va lejos, ni se ayuda ni ayuda a los demás. Yo deseo que tengas ambisiones grandes por tí y por mi ahijada.

—Es lo que me disen siempre ña Justa y ña Pancha. Pero ya que me habla como a un hijo, le diré, patrón, con toda franquesa, que no sé si podré cumplir. Soy un gaucho bruto no má, la sujesión, las muchas obligasiones se me hasen maneas potreras.

—Yo también fuí gaucho tan libre como vos y para serlo más me propuse salir de pobre. No vayas a creer, por otra parte, que el casarse es ahorcarse y que las obligasiones aplastan. Lo que aplasta es la

pobresa. Con una mujersita como Mangacha no vas a querer salir de la querensia y hasta las obligasiones te van a pareser dulse de leche. Así me susedió a mí.

Mientras los peones arrollaban la tropa, Florido montó en el más coscojero y escarceador de sus ruanos, y al tranco se fué alejando de las poblaciones entre contento y cogitabundo a la vez.

"Saldivia tiene rasón, aprovecha saber darse güelta y ser gaucho avertido en tuíta ocasión. Yo taba muy encariñau con lo qu' era, gaucho derecho viejo. Los tiempos cambean y no queda otro recurso que cambear. Tuítos buscan acomodarse menos Sabana y yo. Si no juera por mi chinita qu' es un tesoro, cualquier día me diba' agringar. Pero eso sí, al patrón lo serviré de rodillas... lo que me dijo no tiene retruque. Sin ella el mundo me parese vasido y con ella llenito de cosas güenas. Siempr' estoy deseando que llegue el sábado pa' dirme al rancho. Ya no me divierte chinear como de nantes, aura es puro visio, floreo no má. Le vienen con los cuentos, ella contesta al hilo: "¿Y si las mosas se le vienen al humo que va' haser, juir?". Eso es mujer, canejo. Y tá linda qu' es una temeridá".

Dió vuelta la cabeza y miró los grandes galpones y las casitas de material, que ocupaban el sitio de los viejos ranchos y continuó su monólogo:

"Compriendo estos adelantos... pero si me die-

ran a elegir me quedaba con la estansia vieja, gaucha como nosotros. Aquel trabajo bagual nos alegraba el corasón. Hubiera querido ver a los gringos sacando a las pechadas al ganau simarrón de los montes, tirando las boleadoras y el laso de la mañana a la noche; apartar hasienda chúcara en redomones y a veses matar el hambre con unos amargos. Había que ser corajudos, camperos, jinetasos, y esa laya de criollos no se fabrica en las Uropas".

Se había detenido y miraba el campo de pastos finos y grandes arboledas aquí y allá, que antes que él naciera, en un puesto de la estancia, fueron hirsutos espartillares, pajonales bravíos, bañados, tembladerales donde se hundían las reses suavemente como si les fueran tirando de las patas despacito, campo potro, en fin, que él desde los seis años, un abrojo sobre el caballo, ayudó a domar lo mismo que las haciendas cimarronas sacadas de la maraña de los montes salvajes con la perrada, el fuego o el lazo. Limitaba el horizonte por algunas partes cerrilladas, antaño abruptas, al presente limpias de piedras y espinillos, y cuchillas tajantes, con bruscas salientes, como clavículas y omóplatos de las ovejas flacas.

"¿Y Manduca y los comisarios?" — se preguntó volviendo a tranquear, y sus ojos azules, fríos, se encendieron y relampaguearon. "Tuavía tenemos una cuentita que arreglar. El patrón dise que con los

mangasos que les dí y el papel ridículo que hisieron quedamos a mano. Pero lo que andan disiendo de Mangacha y de mí eso sí que no se los perdono".

Manduca, después de venderle a la mujer cuanto poseía, incluso las alhajas, desapareció del pago junto con sus compinches, los entenados, que habían sido destituídos de sus empleos. Sólo de higos a brevas se les veía en las jugadas de taba o en las carreras grandes, haciendo bailar los reales de alguna viuda platuda y alegrona.

Frente al cementerio, que parecía un jardín, tornó a detenerse, se sacó el sombrero y luego tomó el galope. El patrón le dió las últimas instrucciones y pegó una cariñosa palmada en el hombro. Después quedóse mirando cómo ponía en marcha la tropa y se alejaba.

XV

LA tropa llegó al último pastoreo, cerca de la Tablada. Florido, Zabana, Mansilla y Viraqué encendieron el fogón y sentaron alrededor de él, silenciosos y cabizbajos. Los otros peones rondaban. Viraqué puso la caldera en el fuego y preparó el mate. Pensaban en que allí no volverían a encender otros fogones. Los amenazaba un cambio radical de existencia. ¿Para bien? ¿Para mal? Por lo pronto iban a dejar lo cierto por lo dudoso.

—Yo quisiera — exclamó Viraqué — que esta noche no terminara nunca. Pero si las cosas cambean tenemos a la juersa que cambear. De cualquier manera en nenguna parte estaremos mejor que al lau del patrón.

—Yo, dispués de pensarla mucho, estoy risuelto a pegar tamién la sentada. Pronto no voy a ser solo y hay que mirar pa' delante — y sonriendo hasta mostrar los dientes blanquísimos y apretados interrogó—: ¿No malisean?

Viraqué, por toda respuesta, echóse el sombrero sobre los ojos. Zabana y Mansilla cambiaron furtivas miradas. Florido, sin notarlo, prosiguió:

—A ustedes, que son como hermanos, quiero anotisiarlos antes que a naides. Sí, caballeros, he desidido tomar estau.

Silencio glacial. "Güe, ¿por qué se hasen los chanchos rengos?" — se preguntó inquieto — "¿no les paserá asertada mi elesión?".

Al decírselo la sonrisa elástica se trocó en crispada mueca. Dominándose cortó un trozo de churrasco, lo revolcó sobre la fariña y, después de ingerir algunos bocados, dijo resueltamente:

—Parese que la notisia no les ha cáido en grasia. ¿No es del agrado de ustedes la mosa o qué?

Viraqué, eludiendo la pregunta, respondió con esta sentencia de Florido:

—El gaucho debe picar de flor en flor y volar.

Y entonces Florido, precisamente porque comprendió que sus compañeros no miraban con buenos ojos a Mangacha, la ponderó exageradamente:

—Como linda y señorita no tiene comparansa en todo el pago; como güena nenguna le mata el punto. Durante mi enfermedá no se separó ni un chiquito de mi lau. Ella hiso venir a la médica; ella me daba los remedios. Si no hubiera sido por ella habría estirau la pata. Cuando perdí cuanto tenía, hasta el

apero, en una jugada de taba y quedé de yapa endeudau, ella me sacó de apuros. El mesmo mayordomo, reconosiendo las priendas de la mosa y qu' el patrón me había echau el ojo pa' mayordomo si me casaba, me aconsejó que lo hisiera. "No olvidés que Dn. Fausto la sacó de pila con la finada patrona. La quiere como a hija y que siendo ahijada mía de comunión y no teniendo yo hijos ni parientes, mi hasiendita irá a parar a sus manos". Como ven es una taba pa' echar suerte. Y aluego, ¡qué pucha!, me gusta porque me gusta. Es la única que ha sabido resestirme y encariñarme. En ves del cuerpo m' entregó el alma mesmita. Y yo, acostumbrau a elegir de la pata, nunca la miré como china sino como novia. Y novios semos desde hase tres años y a la güelta nos casamos.

Viraqué le dirigió una mirada turbia y volvió a repetir:

—El gaucho debe picar de flor en flor y volar.

—Usté, compadre, tiene algo en el buche. Suelte prienda y dejesé de andar por las ramas. Ya sabe que a mí no me asustan sombras.

—Temo que la tome a mal... pero puesto que usté l' ordena le hablaré clarito. Mire, compadre, tuítas las chinas son de la mesma laya. La má mansita, patea. Soy má viejo que usté y las he experimentau.

Hizo un penoso esfuerzo y continuó:

—Pa' mí, la suya, mal aconsejada por la vieja, qu' es muy logrera, le anda jugando susio. Ansina tamién lo cré tuito el mundo en la estansia. Ahí está, compadre, lo que teniba en la garganta. No quería desírselo por no disgustarlo. Si l' ofendo perdone, lo hago por servirlo — y sus miradas pedían realmente perdón.

Florido palideció y sus ojos azules, ensombrecidos por la cólera, se clavaron en los de Viraqué como dos avispas. "A que le priendo fierro", díjose, pero la expresión triste del indio lo contuvo. Sin brusquedad, pero firmemente, contestó:

—Ha hecho bien en desírmelo y se lo agradesco. Mi aparsero y mi cuñau, ¿cren lo mesmo?

—Sí, hermanito. No queremos engañarte. Tuavía no tás casau. Tal vé podás ponerle remedio al mal. Pa' lo que sea contá con nosotros.

Más firmemente aún declaró Florido:

—Ustedes pueden equivocarse, ustedes la conosen menos que yo y yo sigo creyendo que Mangacha no es como las demás y que como Mangacha no hay otra. — Y luego, con el acento imperioso y breve que repentinamente empleaba para dar órdenes, añadió—: Vamos a montar, es hora de relevar a los rondadores.

Viraqué, al dirigirse a su caballo, murmuró, más compasivo que irritado:

—¡Bicho sonso el cristiano cuando se 'namora!

Pocos instantes después, Florido, con el gacho en la mano y al aire la revuelta melena, se perdía en las sombras. Esa noche dormitó sobre el caballo. Hasta la hora del relevo, oyeron su silbido triste los peones y lo vieron tornar alrededor de la tropa sin dirigirle la palabra a nadie. Pasaba silencioso, sin ruido, como un duende. Al salir el sol, una ampolla del horizonte grávida de sangre rutilante, que fué creciendo hasta quedar flotando en el espacio como una enorme guinda, entraron a Tablada. Media hora antes, en la orilla de una cañada donde hizo alto Florido para que bebiesen los novillos, echó pie a tierra y se mudó de ropa. Le dió un buen fregoteo con arena húmeda a los estribos de campana, los pasadores, las estriberas y las copas del freno, y *quebrándole* el marlo bien arriba al pingo volvió a montar, entrando luego a la cancha, donde se ofrecían los ganados, paquete, dicharachero y además ufano de llegar con su tropa llena y limpia. En esto de caer allí con la hacienda *enterita* y aseada, aunque fuese invierno, ponía Florido los cinco sentidos y la ciencia del gaucho rico en recursos y por añadidura travieso. Marchaba con la tropa tendida, dándole de comer siempre; la mantenía, cuando se presentaba la ocasión,

en campo abierto; no encerraba, rondaba, y si había poco pasto en los caminos abría por las noches el alambrado de algún potrero pastoso y dejaba que el ganado se regalase a gusto. De madrugada seguía viaje después de anudar y estirar prolijamente el alambrado de la propiedad violada.

—¿Qué dice el gaucho Florido? — le gritó a la pasada un comprador.— Parece que ha bañado la hacienda. ¿Están muy crecidos esos arroyos?

—Regular, a los patos les dá el agua pu' el pecho —contestó Florido, y después de esta chuscada, súbitamente, por una inexplicable ligazón de ideas, pensó: "¿Por qué me habrán dicho eso?, y cuando ellos lo asiguran..." Y empezó a bromear con los compradores y amigos que lo rodearon para buscarle la lengua.

Como la escasez de ganado era mucha, se vendió enseguida la tropa, y Florido quedó libre. Arregló cuentas con el vendedor del Tala Grande, y capataz y peones se dirigieron al Paso del Molino a gastar alegremente el dinero ganado en el viaje.

Pero esta vez el gaucho retozón y quiebra freno llevaba otras miras. Iba a comprar el regalo de bodas, y tal propósito lo llenaba de gravedad y parsimonia. Separóse de sus compañeros y se dirigió a la platería de El Turco, la más lujosa. Desde el primer momento lo sedujo una gargantilla de plata afili-

granada, que quería ser florentina. Regateó el precio, hizo dos o tres veces la comedieta de partir y por fin volcó el cinto sobre el mostrador y salió de la tienda.

"Le va' quedar que ni pintada", se dijo de vuelta a la fonda, mientras acariciaba mentalmente el cuello fino de Mangacha, pero al divisar a Viraqué parado en la puerta, y sobre todo al sentir el picotazo de su mirada escrutadora, le dió un vuelco el corazón y pensó:

"¿Y si me juega susio?...".

Y al preguntárselo lo acometió el vehemente deseo, el fortísimo antojo, la irresistible necesidad de regresar para verla, porque estaba seguro que ella, con solo mirarlo con aquellos sus ojos aterciopelados, lo curaría del come come que le roía las entrañas.

"Mangacha nunca me ha mentido. Mangacha me dirá la verdá. Si hay algo lo sabré", afirmóse dispuesto ya a creer lo que ella le dijera.

Cuando le manifestó a los otros troperos su decisión éstos quisieron acompañarlo, pero él se opuso tenazmente y partió solo.

—A mi compadre le ha hecho dañito la marca,— murmuró Viraqué mirándolo alejarse — pero ¡qué l' hemos d' haser! A todos nos pasa lo mesmo. ¡Malhayan sean las mujeres!

—Yo hubiera querido hablarle otra güelta, pero el

hombre no tá pa' sermones. Y estoy temiendo que va' haser alguna barbaridá. Voy a seguirlo — dijo Zabana.

El rubio, así que salió de entre el caserío, tomó el galope largo, recogió de un potrerito cercano a la Tablada su tropilla de ruanos y siguió viaje a media rienda. Las casas, las poblaciones, los caminos, resguardados por cercos de pita, alambrados o simples hileras de eucaliptus, desfilaban corriendo. Le habría sido difícil discernir si él entraba en las cosas o las cosas entraban en él. No veía nada, ni oía el cencerro de la yegua madrina, que junto con los ruanos galopaba adelante, volviendo la cabeza a un lado y al otro, cual si quisiera protestar contra aquella marcha forzada. De pronto Florido le cerró piernas a su flete, la alcanzó y le dió dos formidables arreadorazos.

—¡Yegua macaca! *¿Tamién vos* te me vas sentando en la retranca? — exclamó iracundo, y tornó a sus reflexiones sombrío y amenazador. Así pasó por La Paz, Las Piedras, Canelones y llegó, sin desarrugar el ceño ni disimular su actitud provocadora, hasta el río Santa Lucía.

—Despasito por las piedras. A este paso se te aplastan los mancarrones — y decidió dejarlos descansar y pastar un poco antes de atravesar el río.

Apeóse, soltó el caballo después de rascarle el

humeante lomo y dispuso el apero en forma de mullida cama, debajo de un sombroso viraró. Tendióse boca arriba mientras los ruanos verdeaban. Los miró pastar algunos instantes, admirando el pelaje verde y azul con que caprichosamente los vestía el sol. Sus ojos fueron cerrándose; pronto quedó flotando entre la vigilia y el sueño, como una tararira entre dos aguas. Cuando iba a dormirse de firme una punzada en el corazón lo despabiló.

"¡Ah, mi chinita!", se dijo, "lo que por vos estoy pasando. Yo créiba que el amor era puro retosar y aura veo que cuando dentra a las entrañas hase del criollo má crudo un gurí desamparau y llorón. Pero el gaucho Florido no nasió pa' que lo pialen ni manosén machos ni hembras. Si' habido engaño tengan por siguro que habrá castigo. ¿Pero será posible que Mangacha. . . ?".

Y lo atropellaron en tumulto los recuerdos dulces y caricìosos de las horas pasadas junto a ella. La boca carnal y pura a la vez era lo que más le impedía creer que fuese capaz de falsía.

Un lagarto, pintado como un polichinela, salió corriendo de entre las matas; trepóse ágil a un coronilla; azotó con la robusta cola al camoatí que ocultaban las ramas y descendió rápidamente llevando en alto aquélla toda embardunada de miel. Se de-

tuvo a poco trecho y contemplando el alboroto del avispero se lamía el rabo regaladamente.

—¡Bicho ladino! — musitó Florido, y luego, observando el ajetreo de una avispa que se hallaba por allí, libando de mata en mata, sintió la angustiosa opresión de antes y añadió—: "El gaucho debe picar de flor en flor y volar". Lindo pa' los ladrones, pero má linda es la justisia — y de un manotón la aplastó, e incorporándose y acercándose por detrás al lagarto, que se preparaba a llevarle otro ataque al camoatí, sacó la daga y de un revés le volcó la cabeza.

Al doblar la tarde atravesó el río a media barriga y emprendió el galope con el gacho en la mano. El relente parecía lavarle los sesos y aclararle las ideas. A media noche cambió de caballo, lo ató a soga, manió la yegua madrina y tendiendo el recado, con la daga debajo del basto, se durmió. De madrugada pidió un churrasquito en una estancia conocida y rehusando apearse fué a asarlo lejos del camino. Contemplando distraído, mientras ardía la leña seca, su bonito apero, se preguntó vaga e inconscientemente cómo había podido ganar bastante para adquirir aquellas valiosas prendas, y de rebote empezó a recordar borrosamente y pensando en mil cosas a la vez los muchos favores que le debía al mayordomo. Apenas le apuntaba el bozo y ya lo ponía a la par de los peones más camperos y le confiaba arreos de tropas ariscas

y hasta alguna compra de hacienda. Pero cuando lo protegió más decididamente aún fué luego del compromiso con Mangacha. En tres años ganó tanto como antes en toda su vida. Verdad que todo obedecía a las órdenes del patrón, pero no era menos evidente la buena voluntad del mayordomo. "No hay duda, Mangacha es mi güena estrella. Dende que me ennovié tuíto me cae como llovido del sielo. Hasta las promesas de Dn. Fausto y ño Froilán vienen del cariño que le tienen a ella". Luego, atando cabos, escudriñando cosas y hechos en los cuales jamás había pensado, se le enlutó la mirada e hizo duro el gesto. "¿Si será ño Froilán?", preguntóse, y siguió reflexionando hasta que, no con la sospecha, sino con el firme convencimiento de que Margara lo engañaba, agregó alto para oirse él mismo:

—Tuíto tá má claro qu' el agua. Les he servido de pantalla, juí un sonso — e incorporándose y pegándole un puntapié al churrasco, montó.

Pasaba por los ranchos donde solía apearse sin mirarlos siquiera. Cortando campo atravesó el Río Negro, lejos de Bustillos; al amanecer divisó el rancho de Mangacha, borroso y flotando en las brumas como una araña en la tela. Lo perdió de vista en un bajo y al tornarlo a ver sintió como un tirón que le arrancaba las entrañas: la última esperanza que moría. Bajo la ramada escarceaba desensillado el pan-

garé del mayordomo. Florido rechinó los dientes y enderezó corriendo al puesto. Al verlo Mangacha, que se dirigía a la pipa con la caldera en la mano, asustada, sin reconocerlo, lanzó un grito y quiso huir, pero él la volteó de una pechada, le puso el pie en el cuello, como hacía para cortarle la cola a los borregos, y sacó la daga. Don Froilán, salió de la casa, a medio vestir, corriendo en auxilio de la moza.

—No te aserqués, viejito, porque te voy a cortar —le gritó Florido, pero como el pacífico mayordomo lo cargó puñal en mano, le pegó tan recio planchazo en la frente que lo hizo recular trastabillando y caer de bruces. Después, encorvándose sobre la morocha, que gemía bajo su bota, le agarró las trenzas y se las cortó de raíz de un solo tajo. Atólas en la cola del caballo de modo que quedaran bien a la vista, y, sin apresurarse poco ni mucho ni mirar a los que quedaban en el suelo, montó y se alejó al trotecito en dirección a la estancia.

—Vengo de rabonar una reyuna — les dijo a los peones a tiempo que despojaba a su flete del valioso apero y le ponía el muy modesto que antes usaba. Mirábanlo sorprendidos los peones, comprendiendo por las palabras del tropero y las trenzas de Mangacha, que todos conocían gracias a las cintas celestes con que aquélla les adornaba las puntas, lo que había pasado.

—¿Ande va, hermanito? — le preguntó uno de ellos poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.

—Qué sé yo, a rodar por aí; el mundo es grande— por último, montando de salto y dirigiéndose a todos en general, añadió con voz redonda y firme— : Adiós, caballeros; ustedes son testigos de que el gaucho Florido se jué pobre, pero con el sombrero en la nuca.

Pancha llegó jadeando hasta él.

—¿Qué has hecho, cristiano? ¿Y te vení alabar de una fechoría? La judiaste no má porque sí. Como todos estos babiecas, creistes en las habladurías de Manduca y Laderecha. Andate, en mi fogón no te quiero ver má y que te coma el remordimiento de haber catigau' una santa. En cuanto al pardo Ramón, que vino con el chisme, yo lo voy' arreglar. Pedaso de bárbaro, ¡si juera hombre!... — y le metía los dedos por los ojos.

Abrojo y Barranca corrieron a sujetarla. Florido la apartó dulcemente. Su mirada se hizo más torva.

—¿Entonses jueron Manduca y Laderecha?

—A mí me juró y perjuró y creí como todos — declaró el pardo adelantándose — y aura el patrón va' crer que de mala fe hise correr la bola. Si he faltau castigue sin lastima — y se cuadró delante de Florido.

Lágrimas garrafales le corrían por la cara desencajada y de labios convulsos.

—A vos no; no tené la culpa, pero al que, adrede, me llevó a judiar a la que diba' ser mi mujersita querida, a ese le va' costar el cuero.

Metióle airado las espuelas al ruano, que pegó un salto, y partió.

—Aí se va el último gaucho de nuestra laya. ¡Pucha digo!, y rumbea pa 'l Rancho Viejo.

El Rancho Viejo era la destartalada vivienda a donde habían ido a refugiarse Manduca y sus dos satélites.

Ramón entró en su cubil. Hincóse de rodillas y abrió los brazos en cruz. Pancha, al cabo de un rato y encolerizada todavía, vichó por el agujero de la llave y quedó suspensa. Dos horas después tornó a hacer lo propio y vió al pardo en la misma postura sólo que la cabeza caía hacia atrás y las manos casi tocaban el suelo. ¿Fingía o no? Acaso él mismo lo ignoraba. La negra, muy turbada, volvió a la cocina. Saldivia, Abrojo y Barranca verdeaban en silencio. Pancha les contó lo que había visto. Nada respondieron, los tres estaban de mala *"güelta"*. Llovía, lluvia de alfileres. Abrojo se levantó, abrió la ventana y miró el cielo cebruno. El fogón parecía próximo a extinguirse, sólo una brasita fulgía y se apagaba como un corazón que da los últimos latidos.

—Si sabías algo, ¿por qué no nos anotisiastes? ¿Cómo no díbamos a crer? Tuítos los domingos aparesía atau en el ombú el pangaré de ño Froilán.

Pancha meditó algunos instantes.

—El patrón me dijo lo que había, respecto a ño Froilán, cuando perdió la mujer y me ordenó que no dijera nada. Con el casorio las cosas se aclararían de por sí no má. Y yo me réiba de la inosensia de ustedes. Pero siempre les dije que Mangacha sólo quería a Florido pa' casarse con él y que muchos mosos del pago ricachones le habían arrastrau el ala al ñudo, antes y dispués de ennoviarse con el rubio. De muchachita me confesó que le gustaba Florido y que sería de él o de naides. Y nunca la vide cambear. Una ves le dijo el padrino: "Si dieras un mal paso me causarías mucho pesar". "Eso nunca, padrino", le contestó sobre el pucho. "Madrina me enseñó los deberes de la mujer honrada, y me asiguró la pobresita que tanto usté como ella querían que juese señorita, no china. Yo sólo me entregaré al que, queriendomé, me lleve a la iglesia, y dispués de casada le seré más fiel que un perro". A mí el patrón me repetía siempre que la cuidara. Pero ella se cuidaba sola. ¿A ver si hay alguno que le haya faltau el respeto? Y eso qu' es muy dada con grandes y chicos, con negros y blancos. Al mismo Florido, si le hubiera ido con el cuento de la *pruebita* como él dise, l' hubiera

roto los dientes. Él mesmo me dijo un día que con ella ni cuando la carisiaba le pasaban malas ideas por la cabesa. Y eso que con él era como un almíbar. Yo la conosco como a mis manos. El que diga algo malo de ella miente. Lo que no compriendo es cómo Florido creyó en las habladurías de Manduca, cuando a él mesmo de mala fe lo hiso prender por ladrón y lo judearon con el cuñau de lo lindo, pero aura...

—Calláte, negra, y encomendálo a Dios, porque prontito no má se va' topar con los del Rancho Viejo, y lo achuran o los achura a los tres. Y vos hasiendolé colita como si le hisiera falta.

—Quiera Dios que no le pase nada malo. Lo que dije jué de boca ajuera no má — y sentándose en el rincón de Lucero se tapó la cara y empezó a sollozar.

—No te aflijás, Pancha; tené por entendido que si largan los va' ganar al freno — sentenció Barranca.



Cerca del Rancho Viejo apareció esa tarde Manduca, echado boca abajo sobre la panza y los intestinos salidos por la ancha puerta de una feroz puñalada que iba del bajo vientre al tórax. Tenía el revólver en una mano, la daga en la otra. Los ex-co-

misarios vagaban por allí, mirando al cielo. No veían. Dos tajos, hechos como por la mano delicada y experta de un cirujano, les partían las pupilas.

Al otro día temprano, al salir Mangacha, vió frente a la puerta una piltrafa de carne sanguinolenta que, por la forma, le llamó la atención. Cogióla con la punta de los dedos. Era una lengua humana. Abrió enormemente los ojos, reconstruyó de golpe, como si la estuviera viendo, la tragedia del Rancho Viejo y sólo murmuró:

—¡Mi Floro!!...

XVI

EL tupido y enredado monte del Rincón de Cabrera tenía algunos claros y abras donde sesteaba el sol. Difícil empresa penetrar en la maraña de plantas rastreras, arbustos como armados de garras y árboles achaparrados y espinosos. Allí no entraba el ganado y, en partes, ni la luz. Los matorrales ocultaban las escasas sendas que hacían los perros cimarrones, los zorros y los matreros. Sólo era accesible por el lado del Río Negro, pero había que andar un largo trecho por la orilla, caer al agua no pocas veces, subir pinas barrancas, seguir obscuros y retorcidos laberintos, interceptados aquí y allá por arroyitos traicioneros, pantanos o tembladerales.

En lo más huraño y recóndito del bosque, después de haber limpiado de yuyos el suelo, Florido asaba una boga clavada sobre cuatro palitos verdes cerca del fogoncito de matrero, ceniza y brasas. Allí, con Zabana y Lucero, se habían refugiado en la última

revuelta. Veíase aún intacto la especie de cobertizo de paja brava donde buscaban refugio cuando llovía fuerte, y más lejos el corralito de ramas, ahora secas, en el que estaba, recién ensillado, alegre y alerta uno de los ruanos. Los otros cinco pastaban en el abra cercana. El rubio yerbeaba tranquilamente, la mirada serena puesta sobre la boga. No pensaba en la terrible aventura del día anterior, ni sentía el agobio del remordimiento, al contrario, experimentaba, allá en lo más hondo de su intimidad, la satisfacción del deber cumplido y el secreto gozo de haber roto no sé qué grilletes de la vida civilizada. A veces, vagamente, recordaba las palabras de Pancha, pero no hacía por penetrar su misterio. "Y el pangaré atau en la ramada? ¿Y las habladurías de Manduca? Naides se rasca al ñudo. ¿Algo ha habido? Güeno, de una güelta o de otra el asunto tá arreglau. ¿Y si juera del todo inosente?" Entonces se quedaba con la bombilla en la boca entreabierta largo rato, inmóvil como si estuviera soñando con los ojos abiertos.

No había comido ni dormido. Devoró la boga y cayó como desde altísima torre en el pozo hondísimo del sueño. Al atardecer lo despertó un crujido alarmante de ramas rotas. Se incorporó de un salto. Alguien venía hacia él. Por el ruído se convenció de que era gente. "Si es uno solo o dos no va' ser ni carre-

ra", pensó. Se puso en jarras y esperó. El ruído leve se hizo cada vez más perceptible y cercano. "El que avanza es baquianaso, algún matrero viejo, dejuro". Cerca de él las ramas se abrieron y de golpe se encontró frente a frente de Mangacha. Se quedaron plantados mirándose. Nunca había visto Florido en el rostro de la morocha expresión más decidida y bravía. Vestía de hombre, como siempre para la ordeñada, y tenía las bombachas muy pegadas y arrugadas entre las piernas. "Ha galopau mucho", se dijo Florido.

Era así. Había ido del puesto a la estancia y de la estancia al puesto, de éste al monte: diez y seis leguas. La airada moza, después de haber concluído las tareas de la mañana sin cambiar palabra con sus padres, se recortó el pelo en forma de melena o trova, y pidiéndole el gachito al gurí se lo encasquetó, ensilló el pampa y partió para el Tala Grande. Llegó, ató el caballo en la ramada, y sin saludar a los paisanos que encontró al paso, que por otra parte no la reconocieron a causa de la indumenta y el ala del sombrero caída sobre los ojos, se dirigió pisando fuerte al escritorio del patrón. Éste estaba enterado por Saldivia de lo acontecido en el puesto y de la partida de Florido. Después de besarla como de costumbre y de hacerla sentar, le dijo mirándola de abajo a arriba:

—Lindo gauchito; vos, no sé cómo te las arreglás, pero de todas maneras estás siempre bien. Así me gusta. No sé cuántas ahijadas tengo, pero ninguna se te aserca ni como cara, ni como cuerpo. ¿Te das cuenta de lo que vale eso?

Ella sonrió tristemente.

—Sí, ya sé que tu novio se ha portado mal contigo. ¡Qué bárbaro!, pero obró enseguesido por los selos. No le arriendo las ganansias al que lo llevó a cometer tan mala asión. Debés perdonarlo, esperar tranquila y ver el modo de ponerle remedio al mal. Afligirse, desalentarse, no sirve de nada. Me disen que rumbeó en diresión al rancho viejo. Quiera Dios que no lo encuentre a Manduca, de no... Ayer mismo mandé a Sabana en busca de él. Se había venido del Paso siguiendoló, pero no pudo alcansarlo. La tropilla del rubio es de mi flor y a Sabana se le aplastaron los caballos. Es el único que puede haserse oir de Florido, se quieren como hermanos... y después, en caso de nesesidá, es capás de sacarlo en ancas de un apuro. Me extraña que no haya vuelto todavía.

Mangacha desenvolvió lentamente un rollo de papel y le mostró la lengua que había encontrado frente a su puerta:

Don Fausto apenas la miró, dijo:

—Esta lengua parese de gente.

—Sí, padrino, es la lengua del que me calunió; es

la lengua de Manduca. Dejuro Floro lo ha matau.

—¿Y cómo sabés vos...?

—Colijo... estoy sigura.

El patrón palideció y guardó silencio. Miró al techo, rugó el ceño, apretó los labios, iba a decir algo y se contuvo. Al fin murmuró:

—Sería una desgrasia sin remedio, ¡pobre Florido! Después de todo, ¿quién le iba' haser justisia de la fechoría que hiso con vos por culpa del maldito Manduca? Para eso no hay justisia, sin embargo era un crimen. De ser jefe político lo había mandado al pueblo con una barra de grillos. Hay que ser bueno y suave con los humildes, que casi siempre son buenos, y duro con los malos y los cogotudos, que casi siempre son malos. ¡Qué amolar! Pero eso de matar a un prójimo... sólo en defensa propia, y aun así — y como la morocha lo mirase angustiada, continuó—: Lo persiguieron sin rasón, lo humillaron, lo vejaron... Con tal que haya sido en buena ley.

—De eso tamién estoy sigura — replicó ella vivamente.

Don Fausto sonrió.

—¿Vos lo seguís queriendo?

—Sí, padrino.

—¿Aunque hubiera cometido un delito?

—Lo mesmo... no podré olvidar nunca de los jamases que jué por vengarme.

—Sos de ley.

—Sí, padrino.

Golpearon a la puerta, entró Zabana.

—¿Qué hay? — interrogó Mangacha irguiéndose.

El patrón la hizo sentar de nuevo.

—Si no tenés valor y te estás quietita te mando retirar.

—Disculpe, padrino, pero...

—¿Traés buenas o malas notisias?

—Güenas, sí señor...

—¿Y Florido?

—No lo vide. Dejuro les ha sacau el cuerpo a las levas y a los melicos y ganau el monte. Tenemos rigüelta, patrón; andan agarrando gente y arreando caballadas. Por eso tardé tanto, meta gambetear. Y dispués me costó Dios y ayuda llegar hasta ande' taba el capitán del Gobierno con sincuenta hombres. Tropa e línea. Susede que venían persiguiendo a Manduca y su gente. No son blancos ni coloraus, ni pertenesen a nengún ejérsito. Son ladrones no má. Habían saqueau dos estansias y matau gente a granel y se preparaban pa' pegarle un golpe a ésta y juir al Brasil, sigún se supo dispués. Pero mi cuñau solito les atajó el pasmo a tiempo. Antes de llegar al ranchito ande estaban Manduca y los entenaus se topó con la indiada. Llevaba la tropilla por delante y les dijo que su patrón, amigaso de Manduca, le manda-

ba aquellos pingos de regalo y que debía entregarselós a él mesmo y a naides má. Tragaron el ansuelo hasta la boya y lo dejaron pasar. Cuando llegó al rancho, Manduca y los entenaus le estaban quemando los pies a un pobre hombre pa' que confesase ande teniba la plata en el boliche, porque era el pulpero. El mesmo y ño Inasio, el cura, que lo teniban estaqueau con dos má, me hisieron la rilasión. Mi cuñau había enderesau pa' el ranchito al galopito, miren si será ladino. Lo vieron venir sin desconfear. Traiba el gacho de ala caída, diba hasiendosé el chiquito sobre su caballo, mordiendo el pañuelo de golilla blanco que le tapaba la carretilla y caía sobre el pecho como si juese una barba larga de viejo. Ni el mesmo cura lo reconosió. Ya serquita le serró piernas al flete, les echó los caballos ensima y estuvo con ellos. Manduca alcansó a serrajarle dos tiros. El rubio le dentró gambeteando y lo vasió. De un salto estuvo con los entenaus, que los caballos habían revolcau y se le venían en yunta medio tambaleando. No los dejó resollar. Amenasó a uno que había sacado el regüelver y se lo sacó al vuelo y le acomodó dos chirlos al otro y enseguida otros dos al del regüelver pa' dejarlos parejos tal vé. Y todo esto en un abrir y serrar de ojos. Si es ligero que da fiebre. Teniban dos mulatos cuidando los presos y tamién se le jueron al humo, pero el cura, que había reventau la soga, es jor-

sudo el hombre, le pegó un puñetaso en la nuca al que encontró má serca y lo dejó quietito. El otro disparó fiero.

"Esos bárbaros nos van a degollar", clamó porque los malevos se venían.

"De ande, van a disparar... Pero desate a los compañeros y armensé".

—Y montó, arreó la tropilla qu' estaba allí no má, la tiene enseñada, ande él se apea la tropilla para, y volvió pa' atrás a todo meter.

"Manduca es muerto", les gritó, "se vienen los melicos del gobierno, disparen, muchachos, dispersensé, de no los van a jusilar", y tuítos salieron matando. A Florido lo vieron en punta, dispués torsió pa' aquí y no lo vieron má. El comisario d' aura me dijo que mañana vendría por aquí. Le pregunté por los entenaus de Manduca y me contestó que el capitán, apenitas habló con el cura y el pulpero, les hiso pegar cuatro tiros. En el ranchito encontraron algunas priendas robadas. Además teniban lo sintos llenos.

Luego, haciendo girar el gacho entre las manos cual si estuviese examinando la cinta, añadió:

—Yo, patrón, voy a matreriar. No quiero servir ni con los blancos ni con los coloraus.

—Basta que digás que eres uno de mis capatases para que te respeten.

—Si, señor... aquí en las casas, pero campo ajuera...

—Tenés rasón. Hasé lo que te paresca. Cuando se acabe el batuque, volvé. Tengo algo que ofreserte, que creo te va a convenir. ¿Sabés si el rubio iba herido?

Zabana contestó que no, dióle las gracias al patrón y salió.

Guardaron silencio. Él sentía la respiración acelerada de ella. Los latidos del corazón le levantaban la blusa. La miró, tenía los ojos desmesuradamente abiertos y extáticos y los labios crispados como los del niño a punto de llorar. De pronto refrenóse, tomó una expresión resuelta y dijo:

—Y aura, ¿qué debo haser, padrino?

—Lo que te diga el corasón, Mangacha — respondió él al punto.

Ella, agradecida, intentó sonreir, pidióle de nuevo la bendición, lo que no hacía nunca al despedirse, y se encaminó a la puerta derechita y pisando firme.

"¡Qué mujersita!", se dijo el patrón, y se quedó mirando la puerta por donde había desaparecido su ahijada.



La mirada de ella no era cariciosa como de costumbre, sino dura y airada. En la cintura tenía las dos pistolas que le había dado a guardar Florido

murió ña Juanita, la mujer, hase lo mesmo. Antes venía tuítas las semanas, pero como a escondidas, y se diba con el sielo estrellau tuavía.

—¿Y por qué no llegaba cuando estaba yo?

—Vos sos mi novio, te dejaba el lau.

—Entonses a las calladas, mientras yo andaba tropiando... Yo lo voy a arreglar.

—Pero cristiano, si es mi tatita — exclamó ella sonriendo en vez de indignarse.

—¿El qué?...

—Mi tatita, yo créiba que padrino te lo había dicho la última güelta que habló con vos. Tatita no quería que naides lo supiera a causa de la mujer, que era medio falta, ideosa y lo teniba dominau. Vos sabés qu' el pobre es débil de puro güeno. Saldivia y Pancha sabían tamién, pero tatita les había prohibido que dijeran nada a naides y padrino lo mesmo, no sé por qué, alguna rasón debía tener, él no da puntada sin ñudo. Yo no he querido má que a uno, y ese sos vos.

Florido palideció, recordando las palabras y la furia de Pancha. Sus ojos fulguraron.

—No estar vivos pa' achurarlos de nuevo — exclamó.

Después miró el cielo. El tupido ramaje apenas lo dejaba entrever, y añadió:

—Debes dirte antes que dentre el sol. Voy' acompañarte hasta la salida del monte.

Ella se acercó y le puso las manos sobre los hombros. La mirada de sus ojos de venado eran como una caricia realmente carnal.

—He venido pa' quedarme y no pa' dirme.

Estas palabras le parecieron a él que tenían el peso material de las cosas que pueden agarrarse y palparse.

—¿Te das cuenta de la parada que tás jugando aquí en el monte con rigolusión y con un matrero?...— y bajando de tono prosiguió cada vez más sorprendido:—... y vos sos capás de quererme tuavía.

—Soy... y má que de nantes porque compriendo qu' estabas seloso y que me queré.

Un sollozo le cortó la palabra. Sacudida por la emoción se abrazó a él cuyo bombado y musculoso pecho le pareció seguro puerto como un remanso de la torrentada que la traía dando vertiginosas vueltas desde la madrugada fatal.

Luego se sentaron muy juntitos y le echaron leña seca al fogoncito, poca, para que no hiciera humo ni llama. De su maleta de tropero sacó Florido un pedazo de queso, nueces e higos secos. Puso la caldera en el fuego y otra boga a asar.

—¡Si pudiéramos estar ansina tuíta la vida!— exclamó ella.

—Mientras dure la rigüelta... dispués... Bien pensau má sigura tás aquí que en el rancho. Las partidas sueltas no rispetan nada. ¿Aguantarás? La vida de matrero es muy trabajosa.

—Con vos hasta los mesmos infiernos. Dende que me pusiste en el dedo el anillo de tapita, que bendijo el cura, y nos comprometimos, me consideré tuya. Voy a bajarle el basto al pampa. Te traigo una muda de ropa y un churrasquito — añadió riendo.

—A güenasa no tenés quién se te aparé, torcasita; a linda tampoco — y la miró con una ternura difícil de sospechar en aquel gaucho que acababa de vengarse tan cruelmente y que estaba dispuesto a levantar en la daga cuanto se le pusiera por delante.

—Ansina no má — respondió haciéndole una guiñada — y desapareció entre el ramaje.

Florido también desensilló y soltó el caballo.

Matearon, comieron con grande apetito y volvieron a matear.

—¿Y cómo jué eso de dejarte venir al monte sola?

—Tatita no queriba, teniba miedo que me pasara algo, pero la vieja se enfuresió y le dijo: "Calláte, viejo, vos no sabés nada d'estas cosas. Vaya, mi'jita, 'acompañar a su novio y a curarlo, si está herido.

Todos los días voy a mandar al gurí". Y me vine no má. Desconfié que tabas aquí porque la otra güelta aquí matreriaste. A veses en las noches de luna vengo a pescar con el gurí. Pero aura que anda gente pa'abajo y pa' arriba es otra cosa.

—¿No tenibas miedo que te asaltaran?

—¿Con estas?... — y señaló las pistolas — qué diba a tené.

Tendieron los recados uno junto al otro. Hacía fresquito. La luna llena plateaba el monte quieto y mudo. Ni chispa de viento. El pajonal cercano no se plañía. La soledad pesaba y parecía anunciar el alumbramiento de algún grande misterio. Miles de ojos de luz fulgían en el cielo violeta mirando a los novios, que se besaban. Los bichos nocturnos celebraban, sin ruido, sus festines sangrientos o sus negras bodas.

Florido se sacó las botas con espuelas y todo. Mangacha lo imitó y se acostaron cubriéndose con el mismo poncho.

—Tomáme, mi rubio querido, no quiero que te quede ni la menor dudita de que te juí fiel.

Él le tapó la boca con un beso, le pasó el brazo por debajo del cuello y la atrajo hacia sí.

—Duermáse como aquella noche, con la cabesita puesta en mi pecho, ajá...

—¿Ansina? — musitó ella, cerrando los ojos.

—Ansinita mesmo — murmuró él.

—Entonse, ¿me queré mucho?

—Muchito...

Sonó una descarga cerrada. Debajo del poncho hubo un estremecimiento. Nada más.

XVII

HAN transcurrido muchos años, los años pasan veloces, apurados, poniéndoles una máscara de cenizas a los hombres y a las cosas. Sin embargo el Tala Grande no ha envejecido, se ha transformado y sigue transformándose, pasando por distintos avatares al impulso de los designios de un espíritu que permanece mientras todo lo viejo cambia o muere. Apagáronse muchos fogones en la estancia, pero brillan otros nuevos en los puestos flamantes, las cabañas, los tambos, la grande quesería, cuyos edificios se divisan a lo lejos. Ahora sólo hay un mayordomo, un capataz y seis peones de campo. La principal tarea estriba en vigilar el trabajo de los puesteros y ayudarlos cuando el caso lo requiere. A cada instante hablan por teléfono para pedir órdenes al mayordomo o al patrón, el patrón nuevo. Estos no necesitan salir de las casas para mandar y estar al corriente de todo. Los rodeos, las majadas, las ma-

nadas son de razas selectas. Los ganados criollos, las novilladas chúcaras, los franqueros guampudos, el pasto duro, las boleadoras, el lazo han desaparecido, y con ellos también han desaparecido los gauchos de casta brava con sus problemas resueltos y sus funciones cumplidas. En la puerta del escritorio, abierta para el lado de afuera como otras de la casa desde que terminaron las revoluciones, está siempre pronto un magnífico auto, que se traga las distancias y las suprime con el teléfono. Con él todo está al alcance de la mano. No se ve el hijo, como el padre, obligado a dormir al raso cuando trabaja lejos. Por lejos que vaya vuelve en su pingo de metal. El motor, la velocidad, es como un ritmo más acelerado del viejo Tala Grande. Mantienen alto el pulso de la estancia transformada los bretes, las esquiladoras, el auto, el teléfono, en fin, las máquinas. El fogón de Pancha hase convertido en espaciosa y clara cocina. Junto a ella está el amplio comedor de los galponeros. No se oyen por ninguna parte las rotundas carcajadas ni el rodar de las lloronas ahincando sus ásperos dientes en la tierra dura. Los troperos no hacen falta. La estación de embarque queda cerca. Los peones usan bombachas angostas y espuelas chicas; el patrón espolines y pantalón de montar. No es tan alto y garrido como el padre. Pero sus proporciones son justas, musculoso y de una agi-

lidad felina. Maneja todas las armas, practica todos los deportes, ha viajado mucho y anda siempre con algún libro, que lee en los bretes, mientras se marca, o en los rodeos, esperando el ganado, o en la casa, reformada y amueblada a la inglesa. Durante el día, si no escribe, trabaja. Dicta las cartas paseándose y de un tirón. Tiene dos dependientes y un dactilógrafo. El plácido escritorio de Dn. Fausto es ahora oficina. Continuamente se oyen repicar las letras de la máquina sobre el papel blanco. Todo lo hace de prisa y bien; frecuentemente se le oye decir: "Ligerito, muévanse". Ha heredado la nerviosidad de misia Carlota y la voluntad afilada de Dn. Fausto. A la legua se ve que es gallo de riña, presa de extraña inquietud.

Lo que no ha cambiado es el cuarto de Florido y Zabana. Se conserva intacto, pero deshabitado, sin alma. Lucen todavía los malvones y los claveles en la ventana. Las manos flacas y piadosas de Micaela los cuidaban. Un día la encontraron arrollada como una gatita y dura en la cama de su antiguo chino, el único. Desde entonces riega las plantas el jardinero. La familia de las Gatas se ha disuelto. La sorda vieja, después de pelearse con las tres hijas mayores, rumbeó a pie para Río Negro y no se supo más de ella. Aquéllas, ya machuchas, se fueron junto con los bailongos y las farras. Se baila en los puestos

al son del fonógrafo. Es otra cosa. Faltan los guitarreros, la alegría gaucha y las chinas libres y querendonas. No se ve ningún rancho. Su sitio lo ocupan nuevas construcciones. Los domingos suele recobrar la estancia el bullicio gozoso de antaño; màs no se juega a la taba, ni hay grandes carreras, ni paisanos rumbosos. La mozada es pacífica, económica, civilizada. Nadie viste de chiripá, ni bota de potro, ni vuelca el cinto en una parada. Los viejos servidores de Dn. Fausto se han ido, algunos otros están en lo que siguen llamando la Tapera, incluso el patrón viejo, que duerme allí el eterno sueño sin sueños, rodeado de su gente. Deshauciado, sintiendo próximo su fin, se vino de Montevideo a la estancia, acompañado de Faustito, un médico joven y el pardo Laderecha. Aunque magro y muy débil, conservaba la inteligencia lúcida y el ánimo entero. No quería que le hablasen de su estado ni lo oyeron lamentarse nunca. Al contrario, parecía menos grave y reservado que antes. Hablábale al mayordomo, hijo de inglés, de los asuntos de la estancia; tenía largas encerronas con el escribano y discurría largamente con su hijo sobre lo que convenía hacer en el futuro y otros muchos temas. Era lo que le placía más. A veces, en medio de la conversación, se detenía. La mirada de los cavados ojos dejaba de ver lo exterior y se hundía hacia adentro. Entonces el mozo callaba,

respetaba aquel silencio, preñado de cosas, y permanecía inmóvil a fin de no interrumpirlo. Y así pasaban largos ratos y hasta horas.

Durante el primer mes el patrón se levantaba por las tardes, subía lentamente a la azotea en compañía de Faustito y contemplaba el campo y las haciendas de raza que pastaban la hierba fina de lo que fueron híspidos espartillares; los montes de eucaliptus, sauces, álamos; las casitas níveas de los puesteros; las grandes poblaciones de la estancia, y toda su vida le corría por la mente como sobre la pantalla un film pasado a toda velocidad. Aquello lo regocijaba y enorgullecía. Mas la cocina de Pancha, callada, casi desierta; la desaparición paulatina de los gauchos, la tristeza de la estancia comparada a lo que había sido antes lo llenaban de secretas añoranzas.

—Aquéllos podrían ser bárbaros, pero eran más enteros, más hombres — le oyó Faustito murmurar una vez.

Desde que le faltaron las fuerzas para subir la escalera o caminar un ratito apoyado en el brazo membrudo de su hijo — al sentir aquel vigor joven de la carne de su carne, experimentaba hondo gozo — se hacía sacar la cama afuera, al aire libre, y disponerla ya en una dirección, ya en otra, con el objeto de divisar cada vez un paisaje distinto. Y permanecía largas horas ensimismado o contemplando al

mocito largamente, mientras éste leía cerca de él. Cada vez hablaba menos, pero apetecía oir hablar, sobre todo a las gentes que le recordaban el tiempo pasado. Un cáncer en el estómago lo iba comiendo vorazmente. Poco a poco le entregaba a su hijo, sin amargura ni celos, las riendas del gobierno de aquel imperio que él había formado y gobernado con espíritu inventivo y omnímoda voluntad. Al mayordomo y los puesteros los atendía Faustito, asimismo se encargaba de oir las voces plañideras de los parientes o ahijados o protegidos, que llegaban hasta Dn. Fausto con el objeto de hacerse presentes para que les diera algo o no los olvidase en el testamento. El heredero los escuchaba, permitía pasar algunos y los hacía partir sobre tablas. El patrón sonreía.

Doña Justa venía a verlo todas las semanas, acompañada de Dn. Froilán. Aunque entrados en años, habían tenido otra chica y eso los consolaba de la pérdida de Mangacha, a quien la gurisa se parecía extraordinariamente. La cháchara varia y retozona de la china entretenía al patrón. Don Froilán sólo sabía hablar de vacas y bueyes perdidos. Estando una tarde conversando con ellos le anunció Faustito:

—Papá, vienen a saludarte dos personas que te van a causar grata sorpresa, Florido y Zabana.

Y apareció Micaela, que ejercía las funciones de casera, seguida de los dos gauchos. Vestían como

antes, de chiripá, bota de potro, culero, cinto con broche de plata y oro y mayúsculas espuelas de hierro. Les tendieron a todos la diestra tiesa y dijo Florido:

—Sabíamos que estaba enfermo y veníamos a saludarlo y a desearle mejoría.

—Sí, aquí estoy muriéndome de hambre, yo que tengo tantas vacas, — contestó esforzándose por sonreír — y a ustedes, ¿cómo les vá?

—Rigular no má, patrón, siempre medio a monte... Cuando nos persiguen en un lau nos vamos a otro. Hemos estau seis años en el Brasil y crusao la república no sé cuántas veses.

—Manduca y los entenados eran tres fasinerosos. Vos no tenés delito; la polisía venía persiguiéndolos para fusilarlos. Salvastes al cura y a tres más; impedistes que saquearan esta estansia. Estabamos en plena revolusión. Aquellos asesinos no pertenesían a ningún ejérsito, eran sólo asesinos y ladrones. Te hisiste matrero al cuete.

—Sí, patrón, pero cuando concluyó la guerra y supe que Banega era el que me había baleau y matau a mi Mangacha, aquel tesoro, patrón, sólo pensé en castigarlo. Dispués, sin mi Morocha, ¿pa' qué diba a trabajar? Supe tamién que le habían traido una carga a l' estansia y matau a Gregorio y Barranca, que dejaron un tendal. No haber estau aquí

pa' ayudarlos. Por defenderlo, creamé, patrón, que nos hubiesemos hecho achurar...

—Dejuro...

—... y que usté había dicho: "No tener aquí mis gauchos". Ese ricuerdo, patrón, no lo olvidamos. Los peones de aura habían ganau la cosina, menos los de nuestro fogón.

—Así fué, estaba casi toda la gente en el campo. Pero Faustito, Ramón, Bautista y el hijo empesaron a menearles bala y los dispersaron. Yo anduve medio lerdo; no atiné a agarrar las pistolas, no sabía de qué se trataba, de no, probablemente les salvo la vida a Abrojo y Barranca. Todo susedió en menos que canta un gallo. ¿Quién iba a esperarlos de día claro?

Calló como rememorando la escena y añadió:

—Entonses el indio Banega... Lo recuerdo, tenía cara de Judas. Pancha lo echó de la cosina por barullento.

—Es verdá, era taimau y de mala entraña. A éste lo quiso madrugar, pero mi cuñau lo muñequió lindo y le hiso saltar el facón. Usaba un facón machaso y un cuchillito pa' churrasquear.

—¿Y diste con él?

—Sí, señor. Dispués que ña Justa, aquí presente, me curó de las heridas junto con la vieja sorda.

—¿Y?

—Cuanto me vido coligió a lo que venía. Nos atracamos... y allí quedó estirau. Tenía dos compañeros y de ellos se encargó mi cuñau. Yo le dí una manito a lo último, puro planchaso y dos tajitos. Eran flojos. Y ya juimos los gauchos perseguidos, obligaus a peliar pa' defender el cuero. Emigramos a Río Grande. Trabajabamos en lo que salía. Aura naides se acuerda de nosotros fuera d' este departamento.

—Han tenido desgrasia... Ustedes tan camperos, buenos gauchos, derechos y liberales. Y la pobre Mangacha, ¡qué injustisia!

—Sí, señor; qué le vamo' haser.

—Si me hubieran encargado del pleito yo los habría sacado en ancas.

—Hubieramos tenido que dir presos, y con la polesía ni a bañarnos.

—Eso es lo malo, haberse resistido a la justisia. ¿Y nunca sienten ganas de volver a la querensia?

Zabana interrumpió:

—A veses hemos solido matreriar por el Rincón de Cabrera pa' visitar a ña Justa y ver la estansia... de noche. Y no l' hemos carniau ni una oveja, patrón, ni a naides. ¡Pero tá esto tan cambiau! Los gauchos de nuestra laya no tienen cuasi qu' haser en las estansias grandes d' aura. Ya no se volea, el laso poco se usa, los apartes se hasen en los bretes, no hay que

lidiar con hasiendas chúcaras, las tropas las lleva el tren, los baguales se doman d' abajo. Hay que agringarse pa' vivir.

—Y nosotro, a la que te criaste no má. Qué le vamo' haser... tal vé eramos demasiau gauchos, enemigos de tuita sujesión.

—No, no es eso; la mala suerte los llevó por otro camino que el bueno. A guapos y mañosos para el trabajo a caballo y a pie nadie les ganaba la punta. Habilitados en los puestos hubieran hecho lo mismo. Miren al Mellao, a Mansilla, a Esquivel, todos tienen su capitalito. Son ellos los que han desterrado a los gringos. Y ustedes eran la flor de mi gauchaje.

—Sí, la suerte, patrón, y dispués no supimos cambear, qué le vamo' haser. Aura por Serro Largo y Minas trabajamos por nuestra cuenta; conchabaus no queremos estar. Arreos de tropa, doma de baguales, trabajos por día, alambraus, lo que salga. Ganamos pa' los visios.

Entró el médico. Los paisanos se despidieron.

—Si algún día quieren ganar la vieja querensia, deseo haserles saber que aquí siempre tendrán buen acomodo. No he querido ocupar el cuarto de ustedes; está como lo dejaron, esperándolos, y seguirá así. Mi hijo los apresia tanto como yo. Adiós, Florido; adiós, Sabana.

Florido retuvo la mano huesosa del patrón entre las suyas, quiso decir algo, pero no pudo.

Luego de haberse despedido de las personas que allí había, salieron erguidos y cimbrándose, esbeltos como diez años atrás. Micaela, agarrada del brazo de Florido, los acompañaba. Aunque mucho más delgada no había perdido sus encantos, al igual que los tiene una flor marchita. El fuego de los ojos verdes amarillosos habíase velado, la sonrisa tenía como un dejo de tristeza. Zabana se adelantó discretamente.

—Dies añitos sin verte y siempre pensando en vos, lo mesmito que cuando nos queríamos, ¿t' acordás?

—Ya te creo. Mangacha y vos son las personas que má ricuerdo.

—Yo la lloré a la pobresita má, mucho má, que a una hermana, por ella mesmo y porque era cosa tuya. La queriba a pesar de que me diba' dejar sin mi chino.

—Y ella tamién te queriba; no le paresía mal que yo tuviera dos mujeres, siendo vos la otra. Y yo las queriba a las dos, de distinta manera, siguro. ¡Pobresita mi torcasa!, ni siquiera llegó a ser mi mujer. Pero es al ñudo hablar, pa' qué... ¿Y vos, t' hallás aquí sola?

—Tamos cuasi tuíto el día juntas con Pancha. Y hablamo. Aura tá convensida que juí y que soy güena.

Vení, te voy a mostrar tu cuarto. Pancha jué a la Tapera y no ha güelto. Los domingos, por orden de los patrones dende que tá allí la finada patrona, llevamo una carrada de flores pa' ella y pa' los otros. Siempre tenés florida tu novia y cuasi lo mesmo la tumba de Juan — te acordás, pobre negro, con sus dos reló—, de Lusero, Abrojo, Barranca, Genaro, de esos nos encargamos nosotros, pero hay otros má, ño Bautista, el maestro... que cuidan las mujeres de ellos y las hijas. Saldivia suele acompañarnos.

Desde que los cercos de ligustrum y las plantas crecieron y los árboles dieron cumplida sombra, las mujeres de la estancia iban los domingos a pasear por las calles y callejuelas del cementerio, que más bien parecía deleitoso jardín. A veces llevaban los adminículos de matear y se pasaban allí toda la tarde, particularmente después que se construyó el sepulcro de Dn. Fausto y que éste quiso que estuviese siempre cubierto de flores. Las ramas pendientes de los coposos sauces llorones eran de un verde tan suave y grato a los ojos que no entristecían. A los hibiscus, ni el invierno ni el verano los despojaba de su blanco o lila poncho florido. Los cipreses disparaban al cielo sus puntas nerviosas y vivas como la llama. Hasta las cruces blancas ponían notas alegres en el cementerio.

Mientras pudo subir al coche, el patrón, acompaña-

do de su hijo, solía dar su paseíto por la Tapera. Depositaban buena porción de rosas te y violetas, las flores preferidas de ella, en el sepulcro donde reposaba misia Carlota; se detenían silenciosos aquí y allá, frente a una cruz, y partían.

—Tu cuarto tá lo mesmito que vos lo dejaste. Quasi todos los días lu abro pa' que se airé y dentre el sol.

En la pared colgaba la guitarra. Fué lo único en que se detuvo la mirada indiferente de Florido. Estiró la mano y le arrancó a las cuerdas un gemido.

—Sí, tá afinada. A ocasiones venimos aquí con Pancha y toco y canto aquellas désimas y estilos que me enseñastes vos.

—¿Entonse me seguís guardando consecuensia? ¿No te has amigau nunca con naides?

Lo miró sorprendida; guardó silencio algunos instantes y luego:

—No, sólo juí de vos, y aura no lo sería porque tá la finadita entre los dos — afirmó—. Ni con el pensamiento t'he faltau nunca. Dende que te juistes empesé a enflaqueser; dise el médico que es pasión de ánimo. No sé... me voy consumiendo, pero no me importa. Soy dichosa a mi modo. Tengo como un chiche la casa del patrón; cuido tus plantas y resamo bastante con Pancha, que se ha güelto má religiosa

de lo que era tuavía. Dise ño Faustito que soy una santa. ¿Seré?

Florido la miró un instante como si no comprendiera.

—Dejuramente, pero vos sos muy joven pa' dejarte dir. ¿Quién diba a pensar?

—Qué queré, ansina es la vida. ¿Y vos?

—Yo soy el mesmo. ¿Y el patronsito es güeno como el patrón viejo?

—Es otra cosa. Güen corasón, pero poca pasensia. Manda derecho viejo. Con él no valen agachadas ni güeltas. Te mira fijo y te deja helau. Antes que hablés, sabe, no sé cómo, lo que vas a desir. Escribe y estudea tuíto el día. ¿Pa' qué será? Pa' manejar esto sabe de sobra. Nos tiene en un puño, hasta el mesmo pardo Ramón, que y' anda arrastrando las chancletas. Quiere que cada uno cumpla sus obligasiones como Dios manda. "Nada de champurreos", dise. Juera d' eso es generoso y habla má con la gente qu' el mesmo patrón. Explica, asigura que hay que saber por qué se hasen las cosas pa' haserlas bien. Si alguno pega un resbalón reniega, pero se le pasa pronto. No te dise serenito como padrino: "Siento desirte que no me servís, andá a la pulpería y que te arreglen el vale". Y se acabó. Y sin embargo el patrón viejo se hasía queré má y eso que el hijo es meno reservau. ¿Quedrás crer vos que a veses se

viene a la cosina y matea con nosotras y Saldivia? Le gusta que le hablen de la finada patrona, de vos, de la farra de los troperos y nos curte a preguntas. Hasta de mi pobre vieja si acuerda. Respeto a las divinasiones y las luses malas habló largo y nos dejó de boca abierta. A nosotros, porque sabe que lo queremos, nos trata como a iguales. A Pancha suele besarla y ya ves si es negra. A mí en dos acasiones me habló al alma. No se le puede ocultar nadita, y me dijo que hasía bien en guardarte consecuensia, que tuítos vivimos soñando y que mi sueño era muy lindo. Compriende, porque me ha visto perseguida por muchos paisanos acomodaus, que pa' los otros soy loba y pa' vos sólo cordera. Y me apresea. Entiende má que el cura de esas cosas. El cura quiere que me arrepienta de haber sido tu china pa' dentrar al sielo derechita, y yo má bien que arrepentirme siento orgullo. A los mesmos infiernos me llevarían antes de renegar de aquello. ¡Jué lindo, rubio!, ¿no? ¿T' acordás cuando salimos caminando pa' el arroyo? No, nunquita me arrepentiré.

—Güelta a güelta ricuerdo cómo juistes conmigo y no compriendo.

—Tenía apenitas veinte años y era, no tan linda como la finadita Mangacha, pero cuasi, cuasi, y vos eras como te dije, un gaucho má florido qu' un rosal. Aura estoy flaca y avejentada. Hasta me aver-

gonsaría besarte, porque mi boca no es la mesma.

Se habían sentado en la misma cama de Florido y departían amigablemente. Ella le tenía agarradas las manos, pero él sentía muy bien que aquellos labios, antes carnosos y sensuales y ahora finos y prietos; aquel cuerpo venusino, antaño todo fuego y al presente despojado de toda morbidez, pedían cariño y no amor.

Así los encontró Pancha, que llegó jadeante. Lo abrazó varias veces gozosa, lo examinó otras tantas de abajo a arriba y lo hizo pasar para la cocina. Había perdido la mitad de las pulpas, el rostro ajado conservaba, empero, la donosura de la edad juvenil.

—Te voy a sebar un mate. Tengo yerba paraguaya de la que te gusta a vos.

Allí encontró a Saldivia, la barba y el cabello nevados. Y más tarde cayó Mansilla, muy gordo, a quien le habían avisado que Florido y Zabana estaban en la estancia. Formóse alegre rueda junto al fogón, aquel fogón encendido de recuerdos, añoranzas y *saudades*. Por última vez se oyeron las carcajadas gauchas. No hablaron de cosas tristes, ni se lamentaron de nada. A Florido le chocó el buen humor de Pancha y Micaela. Creía, después de saber la existencia monacal que ambas llevaban, verlas melancólicas, afligidas. Ignoraba que el recuerdo vivo, adobado por la religión, es presencia y posesión

más apacible, si no gozosa, que el adueñamiento del mismísimo objeto real. Pero a ellas las sorprendió lo mismo el contento y la despreocupación de ellos. Les pidieron que les contaran las andanzas y pellejerías en que habían andado y lo hicieron sin alarde ni vergüenza. No habían robado, ni menos asesinado, ni derramado sangre, sino en extrema necesidad. *Algún tajito que otro por defender el pellejo,* esto aparte de las muertes de Manduca y Banega, que nadie reprobaba.

—Mi negro y Barranca murieron en güena ley— dijo Pancha cuando Florido y Zabana terminaron de relatar sus aventuras—. La peonada estaba en el campo. Después de matarte a tu prienda y herirte a vos se vinieron en fija con el sol alto. Nos agarraron mansitos. Los portones estaban abiertos. Saltaron de los caballos y se vinieron derechito al cuadro unos, los otros enderesaron pa' la pulpería. Tabamos en la cosina Saldivia, Gregorio, Barranca, ésta y yo. Gregorio casó el asador y yo la cuchilla grande, Micaela la chica, Saldivia y Barranca pelaron las dagas. No nos dieron tiempo a buscar armas de juego. Salimos y nos topamos en el portón mesmo. Eran como dies; a las primeras de cambio mi negro desmayó a dos. Cuando veíamos alguno medio asonsau le dentrabamos Micaela y yo. El asador sumbaba en el aire como un mangangá, ¡ah, mi negro lindo!

A veses lo metía de punta. Ande atropellaban Saldivia y Barranca abrían cancha. Ansina mesmo nos traiban reculando. En esta el pardo Laderecha, de facón y regüelver, les entró por detrás, pero no podía tirar por no herirnos a nosotras. Pa' mejor se vinieron los de la pulpería, porque ño Bautista y el hijo los habían chumbeau. Y ya nos llevaron de calle hasta la mesma puerta del patrón. Y él sin oir. Aí la vimos feo. De un repente la puerta se abrió de par en par y aparesió de espada, esa espada que tiene pa' no sé qué en la cabesera de la cama. Sin duda creyó que era alguna pelea entre los peones. Y empesó a relampaguear la chusa. Gregorio y Barranca cayeron cuasi juntos. Nos creímos perdidos. Ramón, que se había puesto junto a nosotros, les meneó bala. Pero le casaron el regüelver y lo hirieron. Ño Bautista y el hijo tiraban medio de lejitos, eran escopetas de cargar por la boca y sólo allá, a las perdidas, sonaba un tiro. Genaro disparó dos y le quitaron el arma y lo churrasquearon. Yo me conté entre los muertos, pero, amigo, de la sotea empesó a venir un jusilerío que daba fiebre. Saltaban las canillas y caiban de rodillas aquellos hombres. Uno, que le había casau el arma al patrón y lo diba atravesar, de un repente pegó un salto pa' atrás y cayó de espaldas con un balaso en la cabesa que le entraba por una sien y le salía por la otra, y aí arremoliniaron y los car-

gamos firme. De la sotea seguía el jusilerío a las patas no má. El día anterior, hablando de los ataques a la estansia, preguntó el niño:

"Y si atacan a ésta ¿yo qué hago?".

"Te subís a la sotea y les tirás a las canillas", contestó el patrón en broma. Cuándo diba a malisear que al otro día... Y el patronsito cumplía la orden. No haberles tirau a partirlos. A mí me sacó dos de ensima. La espada de ño Fausto seguía relampagueando. Barranca se había levantau y tamién arrempujaba. El primero que disparó jué Banega, ¡hijo e' perra!, cara la pagó, enseguidita los otros. Muchos quedaron allí muertos, heridos o quebraus. La sorda, a última hora, había cáido al baile. Habían de ver cómo cargaba, pior que un hombre. Yo me abrasé a mi negro, que estaba espirando y queriba peliar tuavía. "Aura... Aura...", desiba. Teniba a uno ensartau en el asador, pa' sacarseló tuve que meterle la pata y tirar juerte porque lo teniba sumido en las caderas, tal vé. El patrón salió chato pa' la sotea a sujetar a Faustito; seguía meniandolés bala a los que juían y tuavía alcansó a quebrarles dos caballos y dejar dos hombres de a pie. Dispués bajó trayendoló de la mano. Parau en la puerta le desía:

"Mire, amiguito, cómo hay que defender los intereses en esta tierra, y todo por causa de los políticos. Nos convierten en salvajes. Lavá, Micaela, eso".

—Y tiró la espada con asco, se agachó junto a Gregorio y le puso la mano en el corasón. Me palmeó a mí y se jué ande 'taba la sorda y Clara vendándole un braso a Laderecha. Teniba ademá un hachaso en la cabesa y la sangre le dentraba por los ojos y la boca. Ansina mesmo tuvo juersas pa' desirle a ño Fausto:

—Ha estau mi linda la junsión...

—El patrón le hiso señas pa' que se callara y siguió dando güeltas por allí con el hijo, que diba rompiendo una sabana pa' haser vendas. Saldivia, ¡cristiano suertudo!, ni siquiera ligó un puntaso, desarmó a los forajidos. Tamién los vendaron y les arreglaron las patas como Dios les dió a entender, al ñudo, porque llegó el capitán, el comisario y los melicos y a pesar de qu' el patrón y Faustito pidieron por ellos los llevaron a la manguera, los pusieron contra los postes y aí mesmo los hisieron sonar...

—¿Y Barranca? — preguntó Zabana.

—Salió conmigo del cuadro — respondió Micaela — llevaba las tripas en el sombrero y se diba en sangre. De mulato qu' era se había güelto blanco. Yo lo sostenía. Queriba ver el parejero que 'taba en el potrerito 'e las lecheras y mirar el campo.

"La corri... mos lindo y la gana... mos medio obligaus — pudo desir augandosé—. Vamo a espichar al... gunos, pero sal... vamos al patrón. Gre-

gorio y yo tabamos demasiau pesaus, de no... Dame un traguito, en el bolsico tá el frasco.

—Teniba poca caña y se la volqué tuíta en la boca. Los ojos turbios, rigüeltos, se le alegraron al pobre. Ya diba tambaleando. Las gallinas nos seguían picoteando la sangre que le caiba, y aquel cristiano empesó a tirarles peasitos de sebo, que se sacaba de la herida.

"Tá lindaso"—dijo apenitas, mirando el parejero.

—Agarrau a la portera se le jueron doblando las piernas hasta que quedó echau con la cabesa güelta pa' el caballo. Yo le metí las tripas en la barriga, le dí aire y le grité enloquesida: "No t' entregués, Barranca".

"No me entriego", tartamudeó, y estiró las patas...

Por la noche — estando en Tacuarembó sólo caminaban por la noche — las colas atadas, los fletes armaditos, prontos para arrancar, los gachos de alas requintadas sobre los ojos, partieron al son campero de las coscojas. Florido llevaba entre los dientes un clavel que le había dado Micaela.

—Es el último que te doy, mi rubio, mi chino, mi vida. Ya no te veré má — le había dicho ella.

Los miraron alejarse lentamente, hasta que las siluetas gauchas fueron achicándose, borrándose, desvaneciéndose, y se hundieron en las sombras.

FIN